

NOE CASADO  
NADA ES  
PARA SIEMPRE



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Biografía

Referencias a las canciones

Notas

## Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Ser la protagonista involuntaria del cuento de la Cenicienta no tiene ninguna gracia.

Hermenegilda se ha criado con una madrastra mala, una hermanastra aún peor y un padre indiferente, así que está acostumbrada a arreglárselas por sí misma.

Y como todo cuento que se precie ha de tener un príncipe, que resulta ser un caradura y que termina liándose con su hermanastra.

Así que cuando, por obligación, tiene que asistir a la boda, acepta la sugerencia de su mejor amiga y va acompañada de un desconocido con el que por lo menos pasará una noche entretenida.

El problema es que elige al hombre equivocado, pues el tipo tiene un pasado a cuestras y una misión que llevar a cabo, la cual afecta a la familia de Hermenegilda.

Entonces, cuando ella cree haber encontrado a alguien medio decente, se da cuenta de que va a tener que elegir entre traicionar a su familia y hacer lo correcto o seguir como hasta ahora y no sacar a la luz los trapos sucios. Haga lo que haga, sin embargo, nunca podrá estar con él.

NADA ES PARA SIEMPRE

Noe Casado

zafiro 

## Capítulo 1

*El hedor procedente de la sangre, orines y otros desechos humanos hacía el aire irrespirable y se adhería a la basta tela del hábito. La ventilación de las celdas era insuficiente y la paja, que debía cambiarse cada diez días, se hacía cada treinta, porque el alguacil y los carceleros estaban conchabados con el paisano que debía ocuparse de que las condiciones de los reos fueran aceptables. Un negocio fraudulento que daba beneficios a quienes cobraban una miseria por trabajar; no era el único negocio en el que se falseaban las cuentas. Todos en aquella prisión tenían algún que otro chanchullo para meterse unas monedas extra en la bolsa.*

*A pesar de que las ventanas de las celdas no disponían de cristal ni de ningún otro elemento que las cubriera y de que el aire atravesaba los barrotes, jamás se respiraba aire limpio. Ni siquiera en invierno, cuando soplaba el cierzo.*

*Aquel olor tan nauseabundo no se iba nunca. Un olor que, por mucho que las lavanderas se empeñaran y dejaran durante días las prendas oreándose, nunca terminaba de eliminarse de la ropa. Aunque era superado por otro quizá menos habitual, el de la desesperación de los que iban a morir tras sufrir tormento, pues, culpables o no, su destino estaba sellado desde que se había formulado la acusación.*

*El último interrogatorio al que me había visto obligado a asistir como inquisidor fue el de un hombre acusado de judaizante, porque una vecina aseguraba que no lo veía echar tocino en el puchero.*

*Acusaciones como ésa eran comunes y la razón esgrimida por el reo era que no disponía de recursos para comprar tocino.*

*Lo fácil hubiera sido hacer las comprobaciones, sin embargo, resultaba más ejemplarizante detenerlo y arrancarle una confesión bajo tormento. Y ahí lo había dejado, desangrándose, con una pierna rota, esperando ser ejecutado, aunque, dado su estado, lo más probable es que fuera una ejecución en efigie.*

\* \* \*

Bip... bip... bip...

El maldito zumbido avisando que entraba un mensaje hizo que se sobresaltara. Por poco el móvil no acabó estampado contra la pared. Odiaba los adelantos tecnológicos, porque, a pesar de que hacían la vida más fácil a muchas personas, para él eran sin duda sinónimo de esclavitud.



Incluso los avances médicos, que tantas vidas salvaban, no eran de su agrado, pues mucho hijo de puta se beneficiaba de ellos. Ya nada quedaba al azar, todo estaba contaminado.

LM se incorporó maldiciendo. Se notó sudado y puso cara de desagrado. Tenía la espalda dolorida, ya que llevaba unos días durmiendo sobre un delgado colchón. Por alguna razón que prefería no analizar, se había impuesto un castigo que consistía en prescindir de ciertas comodidades. Intentaba que los malditos sueños no regresaran. Eran como una enfermedad que no se ha curado bien. De vez en cuando lo atormentaban impidiéndole dormir o, peor aún, haciendo que su humor, ya de por sí agriado, se agriara todavía más.

Apartó la áspera sábana de un manotazo y se levantó para ir al baño. Ni siquiera se molestó en encender la lamparita que había colocado a un lado del colchón para leer de noche. Qué manía tenía la gente de abusar de la luz. Por la claraboya se filtraba la suficiente como para no tropezar con nada.

Siempre que finalizaba una misión, buscaba un lugar apartado en el campo, donde por la noche la única luz fuese la del reflejo de la luna; y hasta ésta descansaba algunos días, proporcionándole oscuridad total.

Tras orinar, regresó al desván que utilizaba como dormitorio y miró la hora. Apenas eran las cinco. Maitines, algo a lo que por mucho que pasaran los años seguía acostumbrado. Desechó la idea de volver a dormir, así que buscó algo con lo que cubrirse. En ese aspecto los avances sí le gustaban, con un pantalón y una camiseta estaba listo y la comodidad del algodón era muy de agradecer.

Llevaba en esa vivienda poco más de un mes, lo justo para preparar la misión que le habían encomendado. Una de tantas. Ya no le importaban nada ni el motivo ni el posible beneficio, nada. Le daba todo igual, sólo cumplía con su parte del trato.

Le habían enviado un maldito artefacto, tableta lo llamaban, en el que encontraría toda la información, sin embargo, él había insistido en que hubiese también documentos impresos. La tableta era otro cacharro que, igual que el teléfono móvil, evitaba.

Lo primero que miró fueron los datos del compañero que le habían asignado y arqueó una ceja al ver la fecha de nacimiento, 1905. Eso no tenía sentido según las normas.

Unas normas que todos, incluido él, habían aceptado sin cuestionarlas cuando se les ofreció una forma de redimirse.

Cuando estaba a punto de morir, una mujer a la que no pudo ponerle rostro ni edad, le habló de la posibilidad de vivir para siempre a cambio de servirla. Cuando la acusó de bruja, sufrió unos dolores infernales, mucho más insufribles que las heridas que llenaban su cuerpo. Desde entonces, había sido tan necio y tan cobarde que nunca planteó la pregunta que se formulaba desde hacía siglos: ¿aquello acabaría alguna vez?

No, no acabaría nunca. Sus misiones habían sido numerosas. Sólo cambiaba el país, la gente, las costumbres. El tiempo avanzaba, pero él no, él seguía siendo el mismo, eso sí, mimetizado con el ambiente para no llamar la atención.

Debió cerrar los ojos, aguantar el dolor producido por aquellas cuchilladas que lo desangraban poco a poco y esperar la muerte en aquel camino embarrado a la salida de Medina del Campo. No lo hizo y ahora estaba harto, aunque resignado, y a punto de empezar otra misión con un «jovenzuelo».

Según la norma, tras aceptar servir indefinidamente a cambio de salvar la vida, cualquiera de ellos debía pasar oculto en un monasterio al menos cien años desde su «muerte oficial», para que nadie pudiera reconocerlo.

LM tuvo que sobrellevar los primeros años de su obligado retiro en la abadía de Hautecombe. No podían correr riesgos y por eso, cada pocos años, diez a lo sumo, se trasladaban a otro monasterio, siempre antes de que alguien se percatara de que no envejecían y comenzaran las preguntas incómodas. Por ese motivo se sorprendió al leer el expediente de quien iba a ser su compañero en aquella misión, porque el tal Bastien von Hayek, sólo llevaba setenta y cinco años recluido. Su última estancia había sido en el priorato de Silverstream, en Irlanda.

LM frunció el cejo al seguir leyendo; no le hacía mucha gracia aguantar a un novato nacido en Hallstatt, Austria, y que en el momento de su «muerte oficial» tenía cuarenta años.

El niño, como lo llamaba ya mentalmente, había sido piloto de la Luftwaffe y, tras ser derribado, había conseguido escapar, pero debido a sus lesiones ya no le permitieron volver a pilotar, así que lo premiaron con un buen destino: el gueto de Terezín, en Checoslovaquia, con un alto rango dentro de las SS.

Bueno, iban a formar una pareja sin igual, un inquisidor y un nazi. Tendrían mucho de que hablar, sin duda, pensó LM no sin cierta ironía.

La misión consistía en acceder a los archivos de la familia Alcázar de Virrey. Era el primer paso para averiguar qué pasó con los cuadros expoliados en Austria a una importante familia judía tras la invasión nazi de 1938 y que, por diferentes motivos, acabaron en manos de un militar español.

No se trataba del primer encargo de esa índole. Por desgracia, a lo largo de la historia habían sido innumerables los casos de arte robado, por lo que no suponía ninguna novedad. Además, casi siempre, por desgracia, se repetía el mismo patrón. O por suerte para él, porque así la tarea se simplificaba.

Aunque ya hacía mucho que nada lo emocionaba, a veces agradecía que se complicaran las cosas, de esa forma se aburría un poco menos.

LM llevaba ya un rato concentrado en la lectura y el día clareaba. Miró de reojo y con desconfianza la moderna cafetera. Odiaba ese brebaje traído de las Indias, que la humanidad tomaba cada día. Él prefería un sencillo cuenco de avena con miel, aunque los cereales de ahora sabían a tierra y la miel era una mierda adulterada.

Como no disponía de avena, buscó algo de pan ya duro del día anterior, calentó leche en un cazo y lo fue partiendo en trozos irregulares. Echó una cucharada de azúcar y esperó a que el pan absorbiera la leche, mientras lo removía a fuego lento.

Cuando se disponía a desayunar, sonó otro de los insufribles inventos que tanto le crispaban los nervios. ¿Por qué había que poner chicharras en todos los artilugios? A veces se confundía y en vez de descolgar el teléfono abría la puerta.

Se quedó quieto en la cocina, esperando a oír de nuevo el sonido, para estar seguro de qué era. Para más inri, todo pitaba, hasta la maldita fresquera.

Al deducir que era el timbre, caminó descalzo hasta la entrada principal y, precavido como era menester, fue a mirar por la mirilla, pero no la encontró.

El timbre volvió a sonar y LM frunció el cejo, porque junto a la puerta en la que se suponía que debía estar la mirilla había una pantalla pequeña, como la del teléfono, ese maldito trasto que, invento de satanás, era una auténtica tortura, y que todo el santo día tenía que llevar a cuestras.

A pesar de su naturaleza prudente, y en contra de la más elemental de las precauciones, optó por abrir sin ver antes la cara del visitante, eso sí, asomándose apenas por la rendija y apoyando su peso en la puerta por si debía tomar medidas, como por ejemplo cerrar de golpe.

—¿Jugamos un poco más al escondite o abres ya de una maldita vez? —preguntó una voz un tanto burlona y LM identificó el acento.

—El alemán, supongo.

—Austriaco, si no te importa —puntualizó el recién llegado con cierto aire altivo, cercano incluso a la arrogancia.

Durante la reclusión forzosa tras la «muerte», era obligatorio aprender idiomas, con el fin de que pudieran pasar inadvertidos en cualquier parte del mundo, pero el austriaco aún no había perdido el acento y por tanto su castellano era más bien forzado.

También se los sometía a un rígido entrenamiento militar, que, por supuesto, iba adecuándose a los avances de cada época. De igual modo, se estudiaban diferentes costumbres para pasar desapercibidos en cualquier sociedad.

LM se hizo a un lado para dejarlo pasar. El tipo, vestido como un figurín, con traje y corbata, algo que LM odiaba por ser la prenda más asfixiante de cuantas había tenido que usar a lo largo de su vida, y eso que durante el siglo XVIII pensaba que terminaría asfixiado con tanta chorrera, arrastró dos enormes maletas y, una vez en el recibidor, observó con atención la casa antes de preguntar:

—¿Cuál es mi habitación?

El anfitrión señaló la escalera, aunque no hizo amago de ayudarlo con el equipaje.

—Cualquiera de la primera planta, yo duermo en el desván —le dijo en tono áspero.

—De acuerdo.

—Ni se te ocurra poner un pie allí, ¿entendido? —le advirtió, antes de regresar a la cocina dispuesto a tomarse el desayuno.

LM terminó su cuenco de leche con pan y, tras dejarlo en el fregadero, retomó la lectura del informe. Se le presentaba una misión complicada, en realidad como siempre, pues rastrear los errores y tropelías del pasado nunca era sencillo. Además, los protagonistas estaban muertos y los

descendientes siempre escurrían el bulto, porque no querían perder las prebendas obtenidas con los atropellos llevados a cabo por sus antepasados.

A medida que leía, hacía anotaciones en los márgenes con su extraña y anticuada caligrafía, algo que no había podido corregir. Aunque en aquellos tiempos ya nadie se fijaba en esos detalles.

—Me gusta esta casa —dijo el austriaco entrando en la cocina—. Es agradable en comparación con el anodino monasterio del que vengo.

LM lo miró de reojo.

—En teoría, los monasterios son lugares de recogimiento, silencio y, por tanto, de paz.

—Ya, bueno, pero podrían adecuarse a los tiempos, digo yo —lo contradujo el otro—. Con la de maravillas tecnológicas que hay ahora. No me canso de ellas. ¡Internet es la hostia!

—No es oro todo lo que reluce —refunfuñó LM, porque, como solía reflexionar, si bien algunos adelantos facilitaban la vida de las personas, estaba convencido de que muchos otros la esclavizaban.

—No es de extrañar que la fe católica se esté quedando sin fieles, no es nada moderna y si encima seguís prohibiendo la diversión...

—Hace mucho que perdí la fe.

—En eso estoy contigo.

—Si no he leído mal, tú no fuiste católico.

—Protestante poco o nada practicante, pero a pesar de los matices, es la misma mierda.

LM prefirió no entrar en un debate teológico, así que se limitó a preguntar en tono seco:

—¿Por qué te han asignado a esta misión?

Bastien sonrió de medio lado y cruzó los brazos. Era de prever que cuestionara su participación, al fin y al cabo, su periodo oficial de internamiento no había concluido.

Observó al que iba a ser su compañero en su primera misión y no le sorprendió su aspecto descuidado, así como su actitud distante.

—Supongo que siempre ha habido clases —le respondió en tono arrogante y, tal como preveía, LM frunció el cejo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Joder, una de esas cafeteras de cápsulas! —exclamó Bastien, obviando la pregunta de su compañero—. Las ganas que tengo de tomar un buen café y no esa mierda que nos daban en el monasterio.

LM resopló, otro adicto a aquel brebaje del demonio.

—No compro café —le informó y ocultó cierto regocijo al ver su cara de desilusión—. Aunque creo que en un armario hay algo de achicoria.

Un producto que encontró al mudarse a la casa y que debió de olvidar el anterior inquilino, así que a saber cuánto tiempo llevaba allí.

—No, gracias —murmuró Bastien y, sacando un teléfono de última generación, como el que LM evitaba usar a toda costa, dictó un par de órdenes en alemán, entre ellas, comprar café.

—Todavía no has respondido a la pregunta —le recordó LM.

—Dime qué significa LM —replicó el otro, y él negó con la cabeza.

—No hace falta entrar en asuntos personales —respondió.

—Pues entonces, supongo que explicarte el porqué de mi presencia aquí también se puede considerar personal, por tanto, no hace falta mencionar las razones —alegó el austriaco—. Bien, pongámonos a trabajar.

Pero cuando hizo amago de coger los documentos que estaban esparcidos por la mesa, LM colocó una mano sobre ellos impidiéndoselo.

—No. Antes dejemos las cosas claras —dijo a continuación en un tono bajo y severo—. Aquí todo se hace según las normas y en tu expediente se ve que no las cumples. Así pues, por última vez, ¿por qué te han asignado a esta misión?

Bastien no se amilanó. Aunque la mirada de LM era como poco para pensárselo, no iba a dejarse amedrentar por un tipo que tenía fama de cascarrabias. Y, qué coño, él había sido siempre el gallito del corral.

—Tu tonito de inquisidor te lo metes por el culo —le espetó, y LM, que no estaba acostumbrado a que nadie le replicara, frunció el cejo—. El hecho de que lleves siglos metido en esta mierda no significa que yo te tenga que aguantar.

LM agarró de malos modos los papeles, impidiendo que Bastien pudiera verlos.

—Esto se acaba aquí —sentenció, dispuesto a actuar solo si era preciso.

Una situación anómala, pues en todas las misiones actuaban en pareja para cubrirse las espaldas, pero estaba decidido a que esa vez no fuese así, con tal de pararle los pies al bravucón austriaco.

Bastien, en vez de entrar al trapo, sacó su móvil y, con cierta chulería, buscó los documentos que su compañero se empeñaba en ocultar. Acto seguido, empezó a leer en voz alta, para cabreo de LM.

—Leopoldo Alcázar de Virrey, hijo y nieto de militares, coronel del ejército de Tierra en la reserva, casado en segundas nupcias con Lourdes... Da igual el apellido, ella importa una mierda. Dos hijas, una de cada mujer. La segunda, Enriqueta, que tampoco nos sirve de nada, se casa con un niño bien y ésa será nuestra excusa para acercarnos a la hija mayor, funcionaria de Hacienda, la que debe de ser la oveja negra, dado lo sonados que han sido sus desencuentros con su padre. — Bastien hizo una pausa para mirar al gruñón de su compañero y disimuló una sonrisa antes de proseguir—: La familia Alcázar de Virrey, ahora atraviesa serios problemas financieros. El abuelito de Leopoldo amasó una fortuna durante la dictadura y su hijo la conservó, pero el nieto ha sido un desastre, así que planea vender parte del patrimonio artístico. Cuadros que obtuvieron de manera cuestionable y que han permanecido ocultos para evitar reclamaciones, esperando que el tiempo borrara las huellas de su origen. Desconocemos si han logrado legalizarlos. Y ahí entramos nosotros. Necesitamos pruebas para que los herederos de Etta Wagensberg puedan reclamar su

propiedad antes de que expire el plazo. Ya han sufrido diversos reveses judiciales, porque en teoría sus alegaciones se basan en pruebas circunstanciales.

LM gruñó al darse cuenta de que su reacción no había sido más que una pataleta y que el austriaco, con su maldito dispositivo electrónico, tenía acceso a toda la información.

—¿Sigo? —preguntó con retintín Bastien—. ¿O vamos a continuar perdiendo el tiempo con tus estupideces?

## Capítulo 2

—¿Cuál es la mejor forma de estropearle la boda a tu ex y de paso a la hermanastra mala?

—He prometido portarme bien —le recordó Gilda sin mucha convicción.

—Joder, tía, no sé cómo estás ahí, tan tranquila, viendo cómo tu exnovio, ese con el que te ibas a casar hace apenas un año, ahora se exhibe feliz con su mujercita, que, para más inri, es tu hermana.

—Hermanastra —puntualizó Gilda, mirando de reojo a la feliz parejita, que bailaba acaramelada siendo el centro de atención de todos los invitados.

Ganas de tirar un plato de la fina vajilla o cualquier otro objeto para llamar la atención y jorobar, no le faltaban.

—Eso da igual. Enriqueta es una cursi y él un gilipollas y espero que antes de un año se tiren los trastos a la cabeza —sentenció su amiga.

—Digamos que son tal para cual —añadió Gilda con aire de resignación, porque no le quedaba otra.

Si ya había sido un duro golpe cuando Benigno le dijo:

—Gilda, nuestra relación no avanza. Vamos a darnos un tiempo para reflexionar y ver si los dos queremos lo mismo.

Fue aún peor cuando Enriqueta, llorosa, aunque Gilda siempre sospechó que fingía, se justificó:

—No hemos podido evitar enamorarnos, ha sido un auténtico flechazo. No queremos hacerte daño y, si tú me lo pides, rompo con Benigno.

Al oír esas palabras, su lado rabioso hizo acto de presencia y le contestó a su hermanastra que sí, que rompiera con Benigno, pero su padre tomó cartas en el asunto e impidió la ruptura.

El golpe definitivo fue cuando anunciaron su compromiso a bombo y platillo, como corresponde hacer en las familias de postín.

Gilda no era amiga del drama, bastante había sufrido ya durante su niñez y adolescencia; sin embargo, estalló, porque ya era mucho choteo el que se traían su hermanastra y su ex. Además, terminó enterándose de que antes de romper con ella, el imbécil de Benigno ya se la estaba pegando con Enriqueta.

Pero de nuevo intervino el padre de ambas, Leopoldo Alcázar de Virrey, al que no se le podía replicar nada, y dijo la última palabra. ¿Qué importaban unos cuernos? Nada, la relación seguía

en pie y el bodorrio en marcha; todos estaban encantados con el enlace y si a Gilda se la llevaban los demonios, bueno, siempre podía mirar hacia otro lado.

Como se hace en las familias de postín.

Podía ser que Benigno fuera un impresentable, que lo era, no obstante, a Gilda quizá le dolía aún más el pragmatismo de su padre y, por supuesto, el de su madrastra, que no perdía ocasión de afianzar su lugar dentro de la familia. Por lo visto, pasar de ser la amante a la esposa legal no era suficiente para Lourdes, que se había casado con su amante, y encima embarazada, apenas seis meses después de morir la primera esposa de Leopoldo, la madre de Gilda.

Casar a la niña, Enriqueta, podía considerarse la guinda del pastel.

—Ya sé cómo puedes hacer que esta boda sea memorable y no acabes con cara de acelga recocida —insistió Maya, su mejor y única amiga.

—Sea lo que sea, olvídalo. No puedo montar un escándalo —respondió Gilda e hizo el gesto de vomitar cuando oyó que empezaba a sonar *Colgando en tus manos*, una pastelada que no podía faltar en la boda, porque a Enriqueta le encantaba.

—Blablablá —se burló Maya—. ¿Desde cuándo eres tan correcta?

Gilda puso los ojos en blanco, resopló y replicó con una mueca, tras darle un buen trago a su cóctel:

—Desde hace una semana. ¿Por qué?

Siempre había tenido enfrentamientos con su padre, en primer lugar, por no seguir sus dictados, traducido, incorporarse a la empresa familiar, una sociedad financiera que fundó allá por los años cuarenta el bisabuelo de Gilda.

Y esos enfrentamientos habían ido en aumento porque Lourdes se encargaba de meter cizaña. Desde pequeña había soportado las intromisiones de su madrastra y, por supuesto, sus desplantes. Y ya estaba hasta el moño de ser la cenicienta del cuento.

—Míralos, ¿no te jode que sean tan felices?

—Un poco sí.

Decir eso era quedarse muy corta. El asunto la jodía en lo más profundo, porque había querido a Benigno con toda su alma. Le había contado sus sueños, confiado sus secretos y él la había traicionado con su hermanastra, con la que además Gilda no mantenía una relación muy cordial por culpa de la madre de la chica.

Y llevaba ya demasiado tiempo mordiéndose la lengua ante las estupideces de su madrastra. Desde que se hizo oficial el compromiso de Enriqueta y Benigno, la buena señora, además de gastar sin control, se había dedicado a dar por el culo a la organizadora de la boda, a la familia, en resumen, a todo el mundo, incluida ella, que no se plegó a sus indicaciones y, por supuesto, tampoco permitió que eligiera su atuendo. Tentada había estado de acudir con un traje inapropiado, aunque al final había elegido un vestido caro, un capricho, algo que, en su caso, se daba muy de vez en cuando.

—¿Sólo un poco?



—No, mucho, pero no voy a jorobar la boda —se obstinó Gilda.

—Vale, de acuerdo. Si no puedes estropearles el gran día, al menos haz que sea memorable para ti.

—Ya, claro..., memorable... —repitió con desdén.

—Vamos a buscar al tío más impresionante, te lo vas a llevar a tu *suite* y, cuando tu familia me pregunte dónde estás, les responderé: «Follando a lo bestia». ¿Qué te parece?

Gilda inspiró hondo y sonrió. Su amiga era así, espontánea, leal y tirando a loca.

—A lo bestia...

—Veo que la idea de follar te gusta...

—La teoría está muy bien, pero mira a tu alrededor. —Ambas hicieron un barrido visual de la sala—. Todos me conocen, no va a ser posible. Y además no veo nada interesante.

—Hummm... ¿Y ese rubiales de allí? —sugirió Maya señalando la barra.

Gilda miró en la dirección que le indicaba y vio a dos tipos, uno de ellos con cara de pocos amigos, aburrido, y el otro, el rubio, sonriente y arrogante.

—¿Quién?

—El que acaba de levantar la copa —puntualizó Maya, porque el tipo, al verse observado, además de sonreír aún más, había hecho un brindis, dándose por aludido—. Míralo bien, anda.

Gilda lo hizo, no con mucha precisión debido a la distancia, pero lo cierto era que no parecía que se le pudiese poner una sola pega. Alto, un metro noventa por lo menos, rubio y peinado de manera clásica, un pelín repelente; ahora bien, eso le daba un toque de chico formal de día y pervertido de noche. Llevaba un traje gris oscuro sin corbata, con un botón desabrochado de más, una actitud peligrosa y sobre todo arrogante.

—¿Qué? ¿Te gusta? —inquirió Maya.

—Hummm... —murmuró ella sin apartar la mirada del susodicho, que parecía encantado. En cambio, el acompañante del rubiales seguía malhumorado y no dejaba de rotar los hombros y de tirarse del cuello de la camisa.

—Tu mejor amiga siempre te busca lo mejor, querida —se piropeó a sí misma Maya.

—No los conozco... —murmuró Gilda, cada vez más proclive a seguir su consejo.

—De eso se trata, guapa.

—Pero si están entre los invitados... —dijo ella. Una cosa era hacer una locura y otra lanzarse a la piscina sin comprobar antes la profundidad—. Después...

—¿Y? Joder, Gilda, lánzate. De cabeza —la animó Maya y, para ser más persuasiva, abrió su *clutch* de imitación comprado en un mercadillo y sacó tres condones que, sin mucho disimulo, le puso en la mano—. Gástalos todos, yo invito.

—Oye, que no me voy a pasar el rato follando. ¿Y si es de un único disparo?

—Hay que ser optimistas. Además, siempre es mejor que sobre que no que falte —aseveró y las dos se echaron a reír.

—Tienes razón —dijo y se guardó los condones en su bolso.

—Joder, otra pastelada —se quejó Maya al oír *You're Beautiful*—. Se han pasado mucho con el azúcar.

Gilda asintió.

—Pues espera, que luego vendrá *Solamente tú* —dijo, porque había tenido que soportar una cena familiar, en la que la novia los había aburrido hasta la saciedad con la selección musical.

—Puaj, son cursis hasta decir basta. En fin, olvídate de la parejita feliz y a follar a lo loco —le recomendó Maya y ella inspiró hondo.

¿Qué podía salir mal?

\* \* \*

No tenía ganas de moverse ni de abandonar la cama, sin embargo, hizo un esfuerzo porque tenía que ir al baño. Se movió despacio para no molestar, ya que la noche anterior no había llegado sola a la habitación y quedaba feo eso de despertar al amante de turno y menos por cuestiones como ésa.

Se sentó en el borde de la cama y, aunque la necesidad apremiaba, miró por encima del hombro. Pese a la penumbra, se dio cuenta de que ya no estaba acompañada. Bueno, tampoco importaba que el tipo se hubiera marchado. Mejor, de esa forma se evitaba el momento incómodo de despedirse.

Gilda caminó desnuda hasta el aseo y ni se molestó en cerrar la puerta. Cuando terminó, aprovechó para asearse un poco. No pudo evitar sonreír al mirarse en el espejo.

Al final, seguir el consejo de Maya había sido todo un acierto, pues además de darse un revolcón, que buena falta le hacía, se había evitado ver a los tortolitos posar delante de los invitados, sonreír sin ganas para las fotos, escuchar *Solamente tú* más de una vez y a saber cuántas estupideces más típicas de un bodorrio, incluida la más que probable conversación con Benigno, en la que él, rastrero como siempre, intentaría justificar su decisión y así no sentirse culpable.

Sin olvidar a la controladora de Lourdes, su madrastra, pavoneándose por la fiesta, hinchada de satisfacción y con su cara paralizada por el bótox. Dios, con el paso de los años era cada vez más insoportable. La idea de que hubiera llegado a sus oídos su escarceo la ponía aún más contenta. Había prometido no sabotear la boda, pero nadie había dicho que no pudiera tirarse a un invitado.

Abandonó el baño canturreando y se dirigió hacia la pesada cortina para descorrerla. Cuando por fin la *suite* quedó iluminada, vio su ropa de fiesta tirada en el suelo. Se agachó para recogerla y al incorporarse pegó un grito de auténtico terror.

Y no, el motivo no era que su vestido de tres mil euros estuviera arrugado, sino que había un tipo sentado en la butaca, con expresión seria, actitud arrogante y ya con la ropa puesta.

—Buenos días —murmuró él en tono seco, poniéndose en pie.

Gilda tragó saliva y, aunque ya fuera un poco tarde, se cubrió con la ropa arrugada.

—Buenos días —respondió cohibida y frunció el cejo.

El hombre que la miraba no era con el que había coqueteado la noche anterior, sino el otro, moreno y con cara de poco amigos, que acompañaba al rubio simpático y amable.

—No quería marcharme sin despedirme, me parece de muy mal gusto —añadió el tipo con la misma sequedad.

—Ehmmm, vale, sí —dijo Gilda en tono vacilante, y él le tendió la mano.

Gilda miró esa mano y apretó aún más el vestido contra su cuerpo, una reacción ridícula, pues además de haber follado con él, se había paseado desnuda delante de sus narices. Y, por Dios, había hecho pis sin cerrar la puerta del baño.

El gesto de él le parecía fuera de lugar, más propio de un acuerdo de negocios.

—Ha sido un placer —prosiguió el hombre, sin mostrar ninguna emoción.

Ella, todavía desconcertada, le estrechó la mano y después del apretón un tanto seco, igualito que su tono, el tipo se dirigió hacia la puerta, dejándola confusa y avergonzada.

Gilda se sentó en el borde de la cama dispuesta a recapitular.

Que buena falta le hacía.

Recordó que estaba soportando como podía, y con una copa, la boda de su ex, acompañada de Maya y resignada a aguantar, cuando su amiga sugirió que se enrollara con un rubiales que la miraba desde la barra con descaró y chulería.

Espoleada por su amiga, se acercó hasta el tipo contoneándose un poco, por aquello de ir dejando claras las intenciones, y, tras presentarse, se tomaron un par de chupitos de Sloupisti, el whisky que estaba tomando él. Intercambiaron las frases típicas y luego él confirmó su ascendencia germánica.

Maya, con su habilidad innata, le preguntó el nombre y, después de enterarse de que se llamaba Bastien, desapareció, dejándola con él. Una maniobra que ya habían llevado a cabo unas cuantas veces.

La velada prometía, pidieron otra ronda de chupitos y, aunque el amigo del rubiales seguía allí, más tieso y silencioso que un poste de teléfono, ella se animó bastante, en especial cuando a los novios les dio por coger el micrófono y ponerse a decir estupideces. En ese momento tomó la decisión de llevarse al germano a la cama.

Hasta ahí todo cuadraba, entonces, ¿qué ocurrió para que no fuera Bastien quien acabara en la habitación con ella?

Gilda miró de reojo la mesilla y vio dos envases de preservativos abiertos, por lo tanto, había tenido sexo. ¿Bueno o malo? Eso ya no estaba tan claro.

Debía hacer un esfuerzo para unir todas las piezas.

A los cinco minutos le dolía la cabeza y seguía sin entender qué había pasado para que se hubiese ido a la cama con el tipo equivocado, pues a ella el que le gustaba era el otro.

Sólo había una persona que se lo podía aclarar.

Cogió el móvil y marcó el número de Maya.

## Capítulo 3

Bastien estaba emocionado mientras abría la caja que le acababa de entregar el repartidor: una selección de los mejores cafés en cápsulas. Adoraba el servicio a domicilio y su rapidez, y todo desde su teléfono. En definitiva, adoraba los adelantos de aquella época; nada de tener que ir a la tienda a comprar.

Estaba indeciso entre dos variedades, aunque pensaba probarlas todas, cuando oyó el ruido de la puerta al abrirse. Su compañero de correrías ya regresaba de su noche loca.

Sonrió. Con un poco de suerte se le habría dulcificado el carácter, que buena falta le hacía. En los dos días que llevaban viviendo juntos no le había visto ni un amago de sonrisa. Se limitaba a preparar la misión, a hablar lo justo y a pasear de noche por la casa, despertándolo.

Y a hacer sólo Dios sabía qué en el desván.

Tentado había estado de husmear, dado que LM había pasado la noche fuera, aunque al final mantuvo su palabra y no metió las narices, porque cada uno tenía derecho a mantener sus secretos.

—Buenos días —lo saludó de buen humor y LM respondió con una especie de gruñido, lo normal en él, al tiempo que dejaba la americana del traje tirada de malas maneras sobre el taburete de la cocina—. ¿Un café?

—No me gusta ese brebaje —respondió con sequedad y hasta puso cara de asco.

Tampoco es que tuviera muchas ganas de tomar nada, pues llegaba demasiado cabreado consigo mismo como para que se solucionara con un desayuno.

Bastien murmuró «Tú te lo pierdes», encendió la máquina y esperó a que el café estuviera listo, antes de decir en tono de guasa:

—Debes de ser el único tipo que, tras echar un polvo, regresa a casa amargado.

—Es que se supone que no debía ser yo el elegido —protestó LM—. Ahora todos nuestros planes al carajo.

—No exageres —contestó Bastien y se dispuso a saborear el café—. Hummm, qué bueno. De verdad, esto es ambrosía pura.

—Vamos a lo importante, la cagada monumental de anoche.

—Joder, LM, cómo te gusta estropearme el desayuno.

—Deja esas bobadas. ¿Cómo vamos ahora a sonsacarle información a la chica?

Bastien arqueó una ceja.

—Te has portado mal con ella, ¿me equivoco? Has sido desagradable, como si lo viera. Maldita sea...

—No hables de lo que no sabes y céntrate —le espetó LM—. Tenemos que acceder a los archivos de la familia Alcázar de Virrey, eso es lo que importa. Tú eres el simpático, el que tiene don de gentes.

—Pues espero que te hayas lucido —se medio guaseó Bastien—. Porque es evidente que tú le hacías más gracia que yo y eso que al principio te mostraste insufrible, como siempre.

—Era tu cometido, seducirla y engatusarla, no el mío.

—Deja ya de quejarte —le soltó Bastien, riéndose entre dientes—. Has follado y encima protestas. Respecto a la misión, tranquilo, vuelves a quedar con ella y listo.

LM lo fulminó con la mirada.

—No me gusta.

—Ah, vale, no te gustan las mujeres. Haber empezado por ahí...

—Yo no he dicho semejante estupidez, maldita sea.

—Oye, que la sodomía ya no es delito, según me han dicho —apuntó Bastien con retintín.

LM inspiró hondo, porque ése era uno de los cambios que más le había costado asimilar. Él creció tachando a los sodomitas de pecadores y a unos cuantos había condenado a la hoguera sin temblarle el pulso. Incluso a más de uno sin pruebas. Algo habitual entonces, pero por lo que seguía torturándose siglos después.

—Vamos a centrarnos —refunfuñó, hastiado del cachondeo que se traía el austriaco.

—Si el que se tiene que centrar eres tú. Has tenido sexo y me vienes insoportable. ¿Tan malo ha sido? Porque la chica era agradable a la vista. Después de hacer eso, ¿en tus tiempos no la habríais quemado por bruja o algo así?

«En mis tiempos —pensó LM—, no hubiera salido de la mancebía en caso de ser una mujer de clase baja, y en caso de ser de buena cuna, su destino habría sido un matrimonio rápido con algún viudo o el convento.»

—En los míos... —prosiguió Bastien—, bueno, seguramente nosotros nos hubiéramos conformado con llamarla ligerita de cascos y poco más. Aunque nada de casarnos con chicas así, por supuesto.

—Ah, sí, las tonterías esas de la raza aria —comentó LM, aprovechando para lanzarle un dardo.

—Es que tú no te haces una idea de cómo quedó Alemania tras la primera guerra mundial, joder. El Tratado de Versalles fue una humillación. Aquello era un caos y cualquier «tontería», como tú dices, servía para que la gente tuviera algo en lo que creer.

—Ya, bueno, eso puedo entenderlo, sin embargo, os lucisteis eligiendo al líder. Ni alto ni rubio ni ojos azules, porque el Führer era feo, bajito y de ario tenía más bien poco.

—¿Eso me lo dice un cristiano viejo o un converso? —replicó hábilmente Bastien, aunque en el fondo estaba de acuerdo con aquella opinión.

—Volvamos a lo que importa —replicó LM.

Bastien sonrió satisfecho y dijo:

—Por ejemplo, tu noche de desenfreno, sus consecuencias, tus gustos sexuales y cómo afectan a esta misión.

LM no iba a hablarle sobre sus intimidades o sus gustos respecto al sexo. Hacía tiempo que los tenía bien definidos y por eso evitaba relacionarse con personas «normales». Prefería satisfacer sus necesidades con mujeres menos inocentes, mujeres a las que pudiera pedirles cualquier práctica y que no lo rechazasen y eso sólo se conseguía pagando. Algo que le repugnaba, pero para LM el sexo era ya sólo un medio de escape, un castigo, sin apenas placer.

Evitaba a toda costa cualquier lazo emocional para así no sufrir.

De ahí que la noche anterior hubiera sido tan extraña para él y se hubiese sentido tan desubicado. Y sí, había pasado una noche increíble e inesperada con Hermenegilda Alcázar de Virrey, sin embargo, él no estaba allí para acostarse con mujeres, sino para llevar a cabo una misión, que era acceder a los archivos de la familia.

—Según nuestros informes, la mujer en cuestión trabaja en la delegación de Hacienda como funcionaria —le recordó Bastien, aparcando por un rato las ganas de pinchar a su compañero; ya lo había hecho bastante por ese día y tampoco era cuestión de encabronarlo.

—Deja ya ese maldito cacharro —dijo LM señalando el móvil.

—Este «cacharro», como tú dices, es una puta maravilla. Dispongo de toda la información y, si algo me falta, lo busco.

LM vio una oportunidad de jorobar al austriaco por sus comentarios sobre su actitud con las mujeres.

—¿Sabes a quién se considera el padre de la informática?

—Espera, ahora lo busco —replicó Bastien sin ver por dónde venían los tiros.

—Pues al que descifró el funcionamiento de Enigma, esa «maravillosa» máquina nazi de encriptación y que, mira por dónde, ayudó a que Alemania perdiera la guerra.

Bastien torció el gesto, pero no se iba a quedar callado.

—Sí, conozco la historia. Alan Turing, el mismo al que el gobierno británico agradeció su trabajo condenándolo por maricón —replicó con ironía.

—Cuidado, ahora ya no se dice «maricón», mejor utiliza la palabra gay u homosexual —le recomendó LM.

—Vaya, qué tolerante te has vuelto. Pues si mi conocimiento del castellano es correcto, en tu idioma hay otros términos mucho más despectivos. Como bujarra, sarasa, afeminado, sodomita, barbilindo...

—Muy gracioso —gruñó LM.

—Y a esa gente los encarcelabais, si mal no recuerdo —añadió, para que aprendiera a no tocarle la moral.

—Vosotros los llevabais a campos de concentración, así que tampoco te cuelgues medallas.

Ambos se quedaron en silencio, porque continuar retándose con pullas de semejante tipo sólo acabaría en una confrontación mayor.

El primero en volver a hablar de lo importante, es decir, la misión, fue Bastien:

—Así que tendrás que ir a ver a Hermenegilda y pedirle que te haga la declaración de impuestos.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Hombre, si ahora aparezco yo queriéndomela ligar, después de haber pasado la noche contigo, va a resultar sospechoso, ¿no te parece? Además, Hermenegilda, por Dios qué nombre tan largo, te eligió a ti, vete tú a saber por qué, así que, venga, a seducirla de nuevo.

LM inspiró hondo para no darle un buen mandoble a aquel impertinente. A él el nombre de la chica le parecía precioso, como los de antes.

—Yo no sé seducir a nadie —contestó, mintiendo a medias.

Cuando superó su periodo de reclusión obligatorio y por fin pudo mezclarse con la gente corriente, habían pasado cien años y la sociedad que él había conocido ya no era la misma, pese a que algunas cosas seguían vigentes. No es que existieran muchas libertades, sin embargo, había algo a lo que no pudo resistirse. Para él, criado en un ambiente represivo en el que todo era pecado, poder disfrutar de los placeres mundanos fue una revelación y se lanzó en picado a las mayores perversiones que los diferentes tiempos le iban ofreciendo. Placeres que durante su vida de mortal siempre le estuvieron vedados, ya que, siendo un niño, y como tercer hijo de un noble, su destino fue ingresar en una orden religiosa.

Allí le grabaron a fuego los preceptos católicos, que procuró seguir a rajatabla, pese a que a su alrededor muchos los desobedecían y mantenían concubinas con mayor o menor disimulo.

LM no, él siempre observó la regla y mantuvo a raya sus instintos sexuales con instrumentos como las disciplinas, que aún utilizaba. Mucho tiempo después comprendió que parte de ese deseo insatisfecho lo compensaba con la crueldad de su comportamiento dentro del Santo Oficio.

—Pues anoche no te fue tan mal —apuntó Bastien con cierto regocijo, ganándose otra mirada de advertencia—. En fin, no se hable más, te toca conquistar a la chica.

—¿Y tú que vas a hacer?

—Ser tu Cyrano, porque muy predispuesto no te veo.

\* \* \*

Otra de las cosas que LM odiaba desde lo más profundo de su ser era el ruido. Le era imposible caminar por la calle sin sentirse abrumado por la cantidad de sonidos desquiciantes de su alrededor; lo irritaban y lo dejaban con dolor de cabeza, además de agriarle, aún más, el carácter.

Y ahora allí estaba, a media mañana, incómodo metido en aquel maldito traje azul marino de un fulano llamado Hugo Boss que se había puesto por recomendación de Bastien, ya que, según éste, era el mejor diseñador de todos los tiempos. LM no estaba muy seguro de ello, pero el austriaco sentenció:

—Confeccionó los uniformes nazis y, créeme, íbamos mucho más elegantes que los aliados.

Su estrategia consistía en encontrarse «por casualidad» con Hermenegilda. Para ello la habían estado siguiendo durante una semana y sabían que desayunaba en una determinada cafetería con su compañera de trabajo. Así pues, LM debía fingir que pasaba por allí y entablar conversación con ella.

Un asunto que para Bastien era pan comido,, pero a él le parecía un auténtico disparate y eso que la chica en cuestión le gustaba. Aunque no lo admitiría ni muerto delante de su compañero, fue una especie de orgullo que Hermenegilda lo hubiese elegido a él, porque era simpática, divertida y sobre todo directa.

Ahora bien, aquella elección ahora se volvía en su contra, porque, además de no saber seducir a una mujer, tal como le había dicho a Bastien, no quería involucrarse emocionalmente con ninguna. De ahí que en las misiones siempre eligiera estar en segundo plano, actuar en la sombra.



## Capítulo 4

—Gilda, un poco más despacio, porfa, que con estos tacones me voy a matar —le pidió, más bien le suplicó Maya, mientras iban a desayunar.

—Es que, de verdad, ¿cómo te pones esos zancos para venir al curro? Si estamos sentadas detrás de un mostrador. No tiene sentido.

—Por eso mismo, sentada no me canso y así me los pongo, que estilizan una barbaridad.

Gilda resopló ante la «aplastante» lógica de su amiga.

Para que no se cayera de morros en medio de la calle, le ofreció el brazo y juntas fueron caminando a paso de geishas hasta la cafetería. Podían desayunar en una más cercana, pero allí siempre iban la mayoría de sus compañeros funcionarios y a ambas les gustaba perderlos un poco de vista, sobre todo a Anselmo, su superior, que tiraba los tejos a diestro y siniestro, es decir a cualquiera que se le pusiera delante. Y por lo visto ese mes Gilda era la elegida.

Cuando ya habían pedido y estaban acomodadas, Maya reconoció a LM y, claro, fue incapaz de callarse.

—Oye, ¿ése no es el tipo que te tiraste el sábado? —preguntó, alzando la voz más de lo prudente.

Gilda miró en la dirección que le señalaba su amiga y notó un leve aguijonazo en el estómago, porque se sentía un poco estúpida. Además de aquella despedida tan extraña, no pudo completar el rompecabezas hasta que Maya le contó que, en la boda, mientras charlaban con el rubiales, ella, en vez de tirarle los tejos a éste, se centraba en el tipo malhumorado, parco en palabras y que no dejaba de tocarse la corbata.

Después, entre las palabras y los retazos que aparecieron en su memoria, Gilda pudo rellenar las lagunas y por tanto entender por qué había cambiado de opinión.

—Ahora te comprendo —murmuró Maya, refiriéndose al tipo—. El rubiales era demasiado perfecto, simpático y guapo. Y sí, ese acento alemán que se gastaba desde luego pone perraca a cualquiera, sin embargo, creo que el moreno, con su aire de «no me toques los cataplínes», tiene más morbo.

—Hija mía, tienes respuestas para todo —comentó Gilda y torció el gesto.

Fingir que no lo había visto era ya imposible, así que no le quedaba más remedio que comportarse con naturalidad y saludarlo. La pregunta era: ¿cómo?

—A ver, es lógico —replicó Maya—. Vivo una relación estupenda con el mejor tipo del mundo desde hace años y, como no tengo problemas propios, soluciono los ajenos aplicando las

chorradas del *mindfulness* y todo eso a los demás,

Era verdad y Gilda alucinaba con la relación de Maya y su novio John, un afroamericano que ocupaba lo mismo que un armario ropero de dos cuerpos y al que sólo veía seis meses al año, porque al tipo, militar de profesión, lo destinaban a misiones por todo el mundo. Y Maya, en vez de seguirlo como una devota novia, lo dejaba a su aire, porque, según ella, así se reencontraban con mayor pasión.

Y de esa forma llevaba ya con el chico más de cinco años y sin visos de cambiar. Ella era feliz y él también.

—Vale, tú que todo lo sabes —murmuró Gilda—, ¿cómo me aproximo a él? ¿Finjo un ataque de tos para que se acerque a interesarse por mi salud?

Maya puso los ojos en blanco y, a pesar de sus tacones, se puso de pie y tiró de su amiga en dirección al tipo, que se esforzaba por sonreír sin conseguirlo.

—Hola, ¿cómo te va? —dijo Maya resuelta, pues si esperaba a que Gilda espabilase, les daban las uvas.

—Muy bien, gracias —respondió él un tanto desconcertado por el desparpajo de la chica.

—Por cierto, me quedé con la duda...

«Ay, Dios», pensó Gilda. A saber qué se le ocurriría preguntar.

—Si no recuerdo mal, el rubiales te llamó LM. ¿Qué significa?

Él se aclaró la garganta. No le gustaba hablar de sí mismo, y evitaba en la medida de lo posible dar datos personales, pero la chica le había formulado una pregunta y si no respondía quedaría más bien raro.

—Lesmes —murmuró y se dijo que para futuras misiones elegiría un nombre más común. Al fin y al cabo, nunca establecía relaciones duraderas, así que lo mismo daba llamarse Pepe o Juan.

—Ay, por favor, qué nombre tan *cool* —exclamó Maya, y Gilda detectó cierto choteo.

Eso sí, gracias al descaro de su amiga, había averiguado algo más sobre el tipo y, al no estar hablando ella, había podido mirarlo bien y, pese a aquella situación tan extraña, notó cierta excitación.

¿Quizá fue lo mismo que le pasó la noche que acabaron follando?

O, ya puestos, ese repentino acaloramiento tal vez significara que deseaba repetir y esa vez a ser posible sin chupitos de por medio.

Pero Maya tenía que poner la guinda y, antes de dejarles solos e irse a la barra, añadió:

—Como no vamos a fingir que el sábado por la noche no follasteis, yo me voy a tomar mi cafecito y, si queréis, podéis quedar para más tarde y darle otra vez al asunto.

Gilda puso cara de disculpa ante la brutal sinceridad de su amiga y se quedó allí de pie, a la espera de que él tuviera el gesto de decir algo que relajara el ambiente.

—No, no tenemos por qué fingir —dijo finalmente, mientras ella esbozaba una sonrisa y se fijaba en su atuendo.

Llevaba un traje que le confería un aire muy formal, a pesar de haber prescindido de la corbata.

Seguía pareciendo el típico tío aburrido que de vez en cuando echa una cana al aire.

—¿Tomamos algo? —le preguntó, sin tener muy claro si quería recibir una respuesta afirmativa.

Él asintió y le hizo un gesto para que fueran a una mesa, pero Gilda dijo:

—Mejor vamos a otro sitio. —Lo dijo en parte por prudencia, pues no quería que Maya interviniera de nuevo.

Si al final aquel conato de excitación no desembocaba en algo más consistente, quería poder despedirse del tipo sin sentirse observada. Y, en caso de que tuviera ganas de repetir, en esa ocasión cien por cien consciente, para luego acordarse de todo, mejor hacerlo sin amigas cotillas a la vista.

Quería a Maya como a una hermana, pero a veces era tan meticona que prefería tenerla un poquito lejos.

Caminaron calle abajo, el uno junto al otro, en silencio, sin tocarse. LM había estudiado la zona, pero prefería dejar en manos de Hermenegilda la elección.

\* \* \*

—¿En qué has quedado con el rarito buenorro? —le preguntó Maya a última hora de la mañana, cuando estaban a punto de acabar la jornada de trabajo.

—¿Rarito buenorro?

—A ver, querida, está de buen ver, eso es evidente, y algo raro sí es. Tiene pinta de haber cumplido ya los cuarenta, aunque se conserva bien, lo que nos evita tener que lidiar con treintañeros inmaduros e insatisfechos. O, lo que es peor, con tíos que cuando se acercan a la cuarentena se ponen filosóficos.

—Esa teoría no la veo muy fiable...

—Yo sé lo que me digo. Este tuyo habla lo justo y lo mira todo como si quisiera examinarlo a fondo. Tiene una mirada de desconfianza brutal, no lo niegues.

—¿Ahora eres psicóloga, además de filósofa? —replicó Gilda, porque hasta el momento no se había parado a analizar al tipo con tanto detalle.

—Siempre lo he sido —presumió Maya y, de repente, su sonrisa se esfumó—. Mierda, mira quien viene.

—Joder, qué plasta es el pobre —contestó Gilda, mientras recogía a toda mecha sus cosas para escabullirse, aunque su superior fue más rápido.

—¿Habéis leído el correo sobre la fiesta que le estamos organizando a Fuensanta por su jubilación?

Sí, claro que lo había leído y borrado un segundo después, para no tener que ir a la fiesta de una señora con la que apenas tenía trato.

—No, no he visto nada —respondió Gilda y se puso en pie para que Anselmo no le babeara

más en el escote, uno bastante discreto, pero su jefe no perdía ripio.

—Yo sí —dijo Maya y su amiga arqueó una ceja, porque eso la dejaba como la mala de la película—. Pero no podemos ir, va a volver mi novio y hemos quedado con él.

—¿Las dos? ¿Con el negro? —preguntó Anselmo suspicaz.

—Sí, ¿qué pasa? —replicó Maya molesta y añadió—: Y ya sé que es negro, de la cabeza a los pies.

—Ay, hija, no te sulfures, que no lo he dicho con mala intención. El chico es café solo y aquí no somos racistas.

A Gilda le entraron unas ganas tremendas de darle un tortazo a ese imbécil.

—Pues te ahorras lo de negro, ¿estamos?

—El caso es que no podemos —intervino Gilda y, por si acaso, añadió—: Viene con un amigo y...

A Anselmo se le puso cara de hiena hambrienta a la que los leones no le van a dejar ni un hueso.

—De acuerdo. Os dejo —se despidió.

—Este tío me crispa los nervios, de verdad, no lo soporto —se quejó Maya.

—Pasa de él, sólo quiere provocarte porque lo mandaste a paseo y además John ya le puso las pilas una vez. Ahora, por desgracia, se ha fijado en mí.

—Tienes razón, venga, volvamos al rarito, porque, hasta donde yo sé, mi chico no te va a presentar a ningún amiguito. Sé que no os habéis dado ni un magreo, porque has vuelto a tu hora, así que, adelante, desembucha —exigió Maya.

Gilda inspiró hondo.

—He quedado con él.

—Oh, oh, oh. *Danger*, peligro.

—No seas boba. Este viernes iremos a cenar.

Ambas se dirigieron a la salida y, tras despedirse del guardia de seguridad, caminaron hasta la parada del autobús, otra vez a paso de geishas, para que Maya no se rompiera un tobillo.

—A cenar dices... pues peor me lo pones. Porque después... seguro que... ya sabes... Porque a ti ese tío te pone cachonda.

—No te pases —dijo Gilda buscando la tarjeta del autobús.

—Eh, que te comprendo, no te estoy criticando, sólo hago una apreciación. ¿Y adónde vais a ir?

Gilda se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que al Cienfuegos.

—Uy, tú vas a por todas, cacho perra —dijo Maya en tono de vieja crítica, haciéndola reír.

—Mira que te gusta exagerar —contestó divertida.

—Espera, un momento, ¿este viernes no tienes cena familiar?

—Ay, joder, sí. ¡Mierda!

Los tortolitos, antes de marcharse de viaje de novios, habían organizado una cena para presumir de su amor ante los más allegados y Gilda no había encontrado el modo de escaquearse.

—Pues lleva al rarito buenorro contigo. Hale, que flipe tu ex y su mujercita color pastel.

—Hummm. No. Mejor no, es muy pronto para eso.

—A ver, pensemos detenidamente...

—Primero subamos al autobús, que al final lo perderemos.

Tras acomodarse en el vehículo, Maya volvió a la carga.

—Todos los tíos con los que has salido...

—No he salido con ninguno, sólo he follado con ellos.

—Jesús, María y José —murmuró un hombre detrás de ellas y ambas giraron la cabeza, dispuestas a dejar su reputación intacta. Lo que no esperaban era que el tipo, de unos setenta años, sonriera y dijera—: Con las chicas de ahora da gusto, no como antes. Seguid así, guapas.

—Bien, vale, por eso mismo —prosiguió Maya hablando con Gilda—. Esos tíos han sido comida rápida, no valían para otra cosa. —En ese momento hizo una pausa y se volvió para aclararle al señor de antes—: Perdone, no estamos criticando a los hombres, yo, sin ir más lejos, estoy enamorada de uno estupendo, pero es que mi amiga, la pobre, ha tenido mala suerte.

Gilda puso los ojos en blanco.

—Te comprendo, hay mucho idiota suelto —contestó el hombre.

—Gracias —dijo Maya, antes de seguir hablando con Gilda—. A lo que vamos, el rarito no es un imberbe sin dos dedos de frente. Se ve que tiene personalidad y, como habla poco, dudo que te deje en evidencia. Y ya, la razón definitiva es que tu ex, Benigno *el Impresentable*, se dé cuenta de que puedes estar con un tío mejor que él.

—A ver, que te pierdes, Maya. Me da igual qué piense mi ex, que lo zurzan.

—Eso dices, sin embargo, yo sé que Enriqueta es una «porculera» y que va a estar presumiendo de marido. Y más delante de ti, porque te lo ha robado.

—Ya, pero es que yo no busco marido.

—Eso ya lo sé, pero ella considera un fracaso no tenerlo, así que hay que vencerla con sus propias armas. Llévate al rarito y punto. No seas tú también una «porculera».

—¿Puedo sugerir algo? —preguntó el hombre y ambas se volvieron de nuevo para mirarlo.

—Faltaría más —dijo Maya.

—Yo haría caso a su amiga. A veces los celos, aunque parezcan una reacción infantil, son mejores que una patada en el culo. Además, usted sabe la verdad, pero su ex rabiará un poco. Los hombres somos posesivos por naturaleza.

—Caballero, eso es un poco machista —lo corrigió Gilda.

—No lo niego, por desgracia nos educaron así.

—Lo pensaré —murmuró Gilda.

—Lo harás —aseveró Maya.

## Capítulo 5

—Si lo llegamos a planear no nos sale tan bien —comentó Bastien entusiasmado, tras escuchar a su compañero, que, aparte de mantener una expresión enfurruñada, para no variar, le había tenido que sonsacar la información.

—No estoy tan seguro, me expongo demasiado. Como es tu primera misión no lo sabes, pero es recomendable actuar con la mayor discreción, que no recuerden tu aspecto y, si no queda más remedio, que éste resulte olvidable.

Bastien puso los ojos en blanco y no le hizo una pederreta de milagro.

—He investigado, señor antiguo, y ahora hay tanta información que es casi imposible retener algún dato. La gente está sobreestimulada y es incapaz de prestar atención a un solo aspecto. Tú límitate a ser el acompañante perfecto y a colocar algunos de estos chismes por la casa —le recomendó y señaló unos pequeños dispositivos.

—Estoy hasta los mismísimos de que todo se quiera solucionar con la maldita tecnología —se quejó LM.

—Me he enamorado... —dijo Bastien examinando los transmisores del tamaño de un botón—... Si nosotros hubiéramos tenido estas preciosidades, a los aliados los habríamos jodido a base de bien.

—Ya, como los aliados eran tontos y no hubieran tenido algo similar —replicó LM frunciendo el cejo.

—Déjame soñar un poco, joder, que eres capaz de amargar a cualquiera —protestó Bastien—. Por cierto, ¿dónde estabas entonces? ¿Refunfuñando por Australia, por ejemplo?

—Quedamos en no hablar de nuestra vida personal.

—Dame el gusto —insistió.

—Dime por qué te han asignado la misión.

—Qué pesado te pones con eso... Está bien, te lo diré.

—Durante la segunda guerra mundial estuve en México —explicó LM—. Tu turno.

—Te podrías haber playado un poco más... Da igual. En fin, si me han elegido para esta misión es por un motivo bien sencillo. Tras ser dado de baja en la Luftwaffe, formé parte de la comisión que se encargaba de clasificar las obras de arte.

—Tras expoliarlas, claro.

Bastien torció el gesto, aunque acabó asintiendo.

—Bueno, algunas simplemente se requisaban por inmorales, o, como decía la consigna oficial,

porque eran «arte degenerado».

—Pero eran obras de arte de muchísimo valor.

—No creo que tú seas el mejor ejemplo de permisividad creativa —se defendió Bastien—. Se empezó purgando los museos alemanes y, bueno, muchos oficiales no éramos tan tontos como para quemar cuadros de Matisse, Klimt, Van Gogh o Picasso y nos las ingeniamos para sacarlos del país. Otros se vendieron en subastas a precio de saldo.

—Una venta entiendo que amañada...

—Se podría decir que sí —le confirmó Bastien—. Después, con la anexión de Austria en 1938 se organizó un saqueo de propiedades judías y, joder, allí fue alucinante lo que encontramos.

—Parece que te divertiste expoliando...

—No te creas —contestó—. Yo hubiera preferido seguir en la Luftwaffe, eso sí que era emocionante. Pilotar un Henschel Hs 123 era increíble. Muchos pensaban que tenía un diseño obsoleto, sin embargo, era fiable al cien por cien...

—Resumiendo —lo cortó LM para que no se pusiera nostálgico—, que te las ingeniabas para ser un nazi ejemplar, pero por detrás hacías negocio.

—¿Hablamos ya de la evangelización de América? —replicó Bastien, cansado de las críticas; todos tenían mucho que callar.

—No, aquello también fue una vergüenza.

—Gracias por admitirlo.

—Pero según tu informe, te destinaron a Checoslovaquia.

—Ya, bueno, eso fue una tapadera; sólo fui en la última época, por asuntos burocráticos y, mira por dónde, me pillaron los rusos.

—Normal, mucha *blitzkrieg*,<sup>1</sup> mucha *blitzkrieg*, pero al final os dieron por el culo a base de bien —le recordó LM.

—Ya, claro, a ver si te suena. Imagina que te tienen sin comer tres días y cuando te traen una sopa asquerosa, resulta que está hecha, entre otras cosas, con purgantes... Qué hijos de puta, qué vengativos y qué sádicos.

LM arqueó una ceja ante los calificativos, aunque decidió no lanzarle una nueva pulla, pues el austriaco siempre tenía a punto un dardo con el que responder, aprovechando el pasado, nada honorable, de cierto imperio y cierta institución.

—Así que te pilló el Ejército Rojo... Interesante.

—Me pillaron por culpa de un subordinado imbécil que se emborrachó y estampó el coche con el que tenía que largarme contra un árbol, de modo que no tuve tiempo de escapar.

—Desertar está muy feo —le recordó LM con cierto tonito.

—Lo que tú digas...

—¿Y cómo te metiste en esta mierda de servir a Astarté?

—Me molieron a palos. Los vigilantes rusos animaban a los pocos supervivientes del campo de concentración a que se desquitaran y yo, al llevar uniforme de oficial, tenía más papeletas que

nadie —explicó en tono apagado mientras recordaba—. En aquel momento cerré los ojos confiando en que alguno de aquellos infelices me asestara el golpe de gracia, sin embargo, estaban demasiado débiles para eso. No sé cuándo perdí el conocimiento.

A LM aquella historia le sonaba mucho, pero decidió no interrumpir.

—Al recobrar el conocimiento no me dolía nada, a pesar de que mi cuerpo estaba hecho una piltrafa, y una mujer, bastante ordinaria, me propuso un trato. La mandé a paseo, por supuesto, y acto seguido empecé a sufrir dolores inhumanos, como si un incendio me devorase por dentro, de modo que acepté y firmé sin siquiera preguntar dónde me metía.

—Y nada más aceptar sentiste un alivio inmediato —murmuró LM, sabiendo a la perfección de qué hablaba.

—Joder, sí —contestó el otro—. ¿A ti te pasó lo mismo?

—Ya hablaremos de eso otro día —lo cortó LM con sequedad—. Entonces, eso te ocurrió en 1945...

—Tenemos que trabajar un poco más la confianza entre compañeros, ¿no te parece? —le espetó Bastien tras sincerarse, porque el hermetismo de LM le jodía bastante.

—Es decir, que pese a no haber cumplido el tiempo estipulado... —prosiguió LM, sin importarle lo más mínimo el comentario.

—Soy sin duda el mejor para esta misión —lo cortó Bastien orgulloso—. Conocí en persona al bisabuelo de tu querida Hermenegilda. Era nuestro contacto aquí para poder mover obras de arte y que los aliados no se enterasen. También ayudó a que más de un nazi pudiera huir a Argentina.

—¿No es correr un riesgo absurdo? Podrían reconocerte.

—¿Setenta y cinco años después? —preguntó Bastien negando con la cabeza—. Toda esa gente lleva unos cuantos años bajo tierra. No hay peligro. Por otro lado, mi aportación como testigo...

—Testigo o cooperante, no se te olvide —lo corrigió LM.

—Como quieras llamarlo, no voy a entrar en esa cuestión. El caso es que tengo información de primera mano, sé muy bien cómo se tramitaba todo aquello y podré interpretar cualquier dato sin problemas. Podremos cotejarlo con lo que tú averigües en cuanto asistas a esa cena de los Alcázar de Virrey y te comportes como el acompañante ideal.

—Dudo que tengan a la vista los cuadros que nos interesan. Y ya de los documentos ni hablamos.

—O puede que sí, a esa gente acostumbrada a hacer y deshacer a su antojo les gusta presumir. Pero tienes razón, de ahí que debas apañártelas para entrar en el despacho de Leopoldo y colocar allí un aparatito de éstos —le indicó, mostrándole el pequeño dispositivo de escucha—. ¿Te he dicho ya que adoro la tecnología actual?

—¿Es la primera vez que pongo un pie en esa casa y ya quieres que me dejen entrar hasta la cocina? —inquirió LM con retintín, porque no veía nada claro el asunto.

—Te pones... digamos... romántico con la chica. Sí, ya lo sé, antes tendrás que ensayar la cara de romántico delante del espejo, porque mira que te gusta fruncir el cejo. Menos mal que no



envejecemos, porque tú estarías arrugado de pies a cabeza.

—*Domine, patientia* —murmuró LM.

—Así que, además de buscar el atuendo perfecto, te toca ensayar. Y después, por supuesto, podrás disfrutar con la dama, que no todo va a ser trabajo.

—No pienso escuchar tus consejos —protestó LM.

—Pues te vendrían de puta madre, empezando por el dormitorio, porque, en serio, sospecho que tu carácter huraño no entusiasma a las mujeres.

—O sí. ¿Te recuerdo quién pasó la noche con ella?

—El primer consejo —prosiguió Bastien, haciendo caso omiso de sus palabras, porque le escocía ese dato—, serás educado, galante, empezando por ir a buscarla a su apartamento con un coche.

LM hizo una mueca.

Bastien arqueó una ceja.

—No me jodas... ¿No sabes conducir?

—Sí, aprendí hace años, aunque...

El austriaco se pasó las manos por el pelo sin apenas despeinarse.

—No te comprendo, de verdad que no. ¡Con las maravillas que hay ahora sobre ruedas! En fin, buscaremos una alternativa, un coche con chófer, eso te dará un aspecto de hombre rico, que tampoco viene mal para impresionar a una familia de postín.

Justo en ese instante llamaron a la puerta. Bastien se sobresaltó, pues no esperaban ninguna visita, en cambio LM, con toda la tranquilidad del mundo, dijo:

—Ve a abrir.

—¿Ahora soy tu asistente?

Sin embargo, se acercó a la puerta, miró quién era en la pequeña pantalla, frunció el cejo y regresó al salón.

—Una vagabunda y encima negra. No pienso abrir —le dijo a su compañero en tono despectivo, pero nada más pronunciar la última palabra, sintió un dolor agudo en la sien, como si se la hubieran atravesado con un punzón.

—Eso te pasa por racista, que no aprendes —le dijo la vagabunda, que, misteriosamente, estaba de pie en el salón sin que le hubiesen abierto la puerta.

—Mierda, haz que pare —suplicó el austriaco agarrándose la cabeza con las dos manos.

LM le hizo un gesto a la mujer, que sonrió y, acto seguido, Bastien por fin pudo respirar aliviado.

—Te presento a tu jefa, Astarté —añadió LM, regocijado por la metedura de pata de su compañero.

—¡Ay, maldita sea! —se quejó éste, no por el dolor de antes, sino porque, en esta ocasión, Astarté le había propinado una patada en la espinilla, sin tocarlo, por supuesto.

—¿La jefa? —acertó a preguntar luego, aún molesto.

—La misma —confirmó ella y se sentó en el sofá de piel.

—¿Nuestra jefa es una vagabunda y...? —Bastien se detuvo antes de hacer referencia al color de su piel—. Joder, sí que somos modernos.

LM, que la conocía bien, prefirió no aclararle a su compañero que la divinidad adoptaba la forma humana que le apetecía, según el día. E intuyó que ella sólo había pretendido poner a prueba al austriaco.

—He venido a comprobar en persona cómo te va —dijo ella señalándolo—. De él —añadió, refiriéndose al más veterano—, ya sé que refunfuñará como siempre, nada de que preocuparme.

Bastien no salía de su asombro mientras observaba a la mujer con aquel chándal andrajoso, el pelo con toda la pinta de necesitar un buen lavado y, sobre todo, el hecho de que fuera negra. Eso último era lo que más lo sorprendía.

—La próxima vez vendré de valquiria, para que puedas sentirte mejor —dijo ella en tono de guasa.

—Sería agradable, sí —murmuró Bastien cohibido.

LM sabía que eso no ocurriría. En caso de que decidiera reaparecer, Astarté buscaría otro disfraz aún más sorprendente.

—Todo va a las mil maravillas. No te tienes que preocupar de nada —comentó LM.

—Eso es discutible —terció Bastien, ganándose una mirada de advertencia de su compañero.

—No me mientas, Lesmes —lo reprendió ella.

—¿Lesmes? ¡No me jodas! ¡Lesmes! —exclamó el austriaco, sonriendo por fin.

—Lesmes de Esgueva y Argüelles, sí, ése es su nombre —le confirmó Astarté—. ¿No lo sabías?

Y Bastien empezó a comprender que su jefa, además de negra, era sin duda una cabrona de cuidado, pues los puteaba a ambos sin piedad.

—Nacido en Medina del Campo, año del Señor de 1560. Tercer hijo del marqués del Alto Roble. Licenciado en Derecho canónico y civil por la Universidad de Salamanca y, en el momento de su defunción, inquisidor apostólico del Santo Oficio de Valladolid. Ah, y por si te interesa, perteneció a la orden de los dominicos. ¿Algo más?

Bastien silbó.

—Vaya currículum.

—¿Podemos ir ya a lo importante? —inquirió ella.

—¿Cómo murió?

—Eso ya te lo contaré otro día —le despachó Astarté y le hizo un gesto al más veterano para que hablara.

LM, sin hacer el más mínimo comentario tras escuchar aquellos retazos de su vida, le relató en tono aburrido más o menos lo sucedido hasta entonces, omitiendo la noche que había pasado con Hermegilda. Bastien aprovechó para meter cizaña y ganarse el apoyo de Astarté sugiriendo que su compañero debía modernizarse un poco más.

Ella no se dejó engañar. La rivalidad entre ambos por llevar la voz cantante era palpable, ninguno estaba dispuesto a dejarse mandar por el otro y eso a veces complicaba las misiones. No obstante, en aquel caso podía resultar beneficioso.

—Reconozco que Lesmes en el papel de seductor me deja ojiplática —se guaseó ella, y el aludido puso los ojos en blanco. Ni loco iba a replicar.

—Yo me encargo de que cumpla sus objetivos —intervino Bastien—, en especial los de alcoba.

Astarté arqueó una ceja y miró a LM.

—Hasta donde yo sé, nunca ha fallado —replicó ella saliendo en su defensa.

—Pues nadie lo diría, porque no veas las pegas que pone —insistió Bastien—. Por cierto, ya que estamos, ¿puedo preguntar sobre un aspecto... personal?

—A ver, ¿qué necesitas saber? —respondió ella con exagerada paciencia.

—Respecto a... —Bastien hizo una pausa un poco avergonzado—... las mujeres.

—¿A tu edad todavía tienes que preguntar? —se burló LM y sintió un latigazo en la espalda y una mirada de advertencia de su jefa.

Bastien inspiró hondo antes de plantear la cuestión.

—Según me explicaron antes de salir del monasterio, nuestro cuerpo no envejece, no sufrimos enfermedades ni las transmitimos...

—Ve al grano —lo apremió Astarté. Sabía lo que quería preguntar, no obstante, disfrutaba pinchando a los novatos.

—Vale. Sé que sexualmente funcionamos con normalidad, pero ¿es cierto que no podemos reproducirnos?

LM, que rara vez sonreía, esa vez disimuló una sonrisa. Cruzó los brazos y miró con cierta arrogancia al austriaco por haber puesto en duda sus habilidades amoratorias y por verlo en ese momento tan apurado, aunque no iba a ser tan tonto como para decir nada.

—En resumen, que lo tenéis más o menos controlado —cambió de tema Astarté sin aclararle la cuestión—. ¿Necesitáis algo más? —preguntó luego, poniéndose en pie.

—Sólo una —dijo Bastien, resignado a quedarse con la duda—. Un Mercedes Maybach S 560 4 Matic.

—¿Perdón?

—En negro, por supuesto —puntualizó él.

—¿Y tiene que ser Mercedes? —inquirió LM.

—Por supuesto. Nadie fabrica coches como ellos. Ah, la tecnología alemana...

—¿Y para qué lo quieres, teniendo Lesmes un Lexus nuevo en el garaje?

Bastien frunció el cejo.

LM disimuló su regocijo y Astarté se mantuvo callada.

—¿Qué Lexus? —inquirió al fin, achicando la mirada.

—Un 500 F sport —respondió LM—. ¿Algún problema?

En ese mismo instante, Bastien se dio cuenta de que su compañero le había tomado el pelo.

—Veo que, en efecto, lo tenéis todo controlado. Os dejo, que si no llego pronto hay una rumana que me quita el sitio en la puerta de la iglesia del Carmen.

—¿Perdón? —preguntó el austriaco sin comprender.

—¿Cómo crees que consigo financiación para vuestros caprichos? —replicó ella en tono de guasa—. El dinero no cae del cielo ni crece en los árboles.

LM, poco proclive a reírse, en esa ocasión sí lo hizo ante la estupefacción de Bastien. ¡Cuántas cosas tenía que aprender el expiloto de la Luftwaffe!

—¿Mendigando se saca tanto? —inquirió éste para asegurarse.

—Hay días que recaudo una pequeña fortuna —respondió ella tomándole el pelo, porque en realidad los ingresos, nada despreciables, se obtenían por el pago de los servicios prestados. Puede que fuera una diosa, y ellos, inmortales, sin embargo, los asuntos monetarios siempre eran terrenales.

—Joder, sí que hay almas caritativas por el mundo...

LM, que conocía bien a su jefa, sabía que Astarté usaba diferentes disfraces para camuflarse entre la gente. Y que el de vagabunda mendigando a la puerta de una iglesia era idóneo para que nadie se fijara en ella.

O también podía ser que algún cliente potencial quisiera establecer contacto y ésa fuera su forma de seguirlo sin levantar sospechas, para observar a placer antes de aceptar la misión.

Si durante todos aquellos siglos había permanecido en el anonimato y sólo unos pocos habían logrado contratar sus servicios, era precisamente por su extremo cuidado a la hora de seleccionar a los clientes. No sólo hacía falta mucho dinero, sino también otros valores que Astarté requería.

LM sabía que había llegado a rechazar auténticas fortunas porque no la convencieron los argumentos. Y también hubo casos en los que se actuó de forma altruista. Sólo ella tenía ese poder de decisión, lo mismo que a la hora de elegir quiénes iban a ser sus «empleados».

Por lo que LM sabía después de más de cuatro siglos a su servicio, quienes entraban a formar parte de su organización eran siempre personas que habían cometido las mayores atrocidades contra la humanidad, y la inmortalidad no era un premio, sino un castigo para reparar de alguna manera ese daño.

—¿Me acompañas a la puerta? —le preguntó Astarté al austriaco, y éste, solícito, se comportó como un perfecto caballero acompañando a su jefa, a la que hasta besó la mano al despedirse.

—Te lo has pasado de puta madre, supongo —masculló al regresar al salón.

—Pues sí, ¿para qué lo voy a negar? —repuso LM.

—Y deduzco que sabes conducir...

—Mi primer coche fue un Berliet de 1910. Y, si te soy sincero, los Mercedes nunca me han gustado. La ingeniería alemana no me convence.

—Muy gracioso. ¿Algún secreto más que quieras contarme, para que en el futuro evite hacer el ridículo?

—Deja de ser tan clasista y te irá mejor.

—Vale, pero me podrías haber avisado de la visita de la jefa.

—¿Y perderme la diversión? —replicó LM.

—Al menos he averiguado algo sobre ti, compañero. Aunque el asunto de la vagabunda... joder, qué poca elegancia. Podría... ¡Oh, mierda! —exclamó al sentir un pinchazo en la sien.

—No aprendes, ¿eh?

—De acuerdo, a partir de ahora daré limosna —prometió gruñendo y el dolor fue aminorando.

## Capítulo 6

—Estás... para comerte de arriba abajo...

—Gracias, se agradece el cumplido —contestó Gilda complacida, posando delante del espejo.

—Hazme caso, Benigno se va a caer de culo, este vestidito azul te sienta de puta madre. Y, si no recuerdo mal, te lo regaló él en vuestro tercer aniversario.

—Pues sí, con lo agarrado que es, se gastó un dineral. En fin, lo luciré con gracia y salero.

—Y que se joda —apostilló Maya—. ¿A qué hora viene el rarito?

—No lo llames así...

Justo en ese instante oyeron el timbre del portal. Gilda frunció el cejo, habían quedado a las ocho y eran las ocho menos un minuto.

—¿Ves ahora las ventajas de salir con un hombre hecho y derecho? Para empezar, son puntuales.

—Sí, ahí le tienes —canturreó Maya tras responder al telefonillo.

Gilda cogió su *clutch* y el chal de gasa a juego con el vestido y le lanzó un beso a su amiga.

—Deséame suerte.

—Quítate las bragas.

Riéndose por el alocado consejo, que no pensaba seguir, Gilda abandonó el piso que compartía con Maya. Un modesto apartamento que ambas, como funcionarias, podían pagar. Nada que ver con la ostentosa y recargada casa, decorada por su madrastra, en la que Gilda había crecido, situada en una urbanización exclusiva.

Salió a la calle y buscó con la mirada a su acompañante. Le costó localizarlo, pues no esperaba que apareciera con un impresionante Lexus. De acuerdo, no tenía pinta de ser uno de esos que pagan a plazos hasta la ropa, no obstante, aquel coche costaba un dineral.

Él se acercó y Gilda notó que sonreía de forma forzada. Bueno, ya sabía que no era la alegría de la huerta y lo cierto era que el hermetismo del tipo la excitaba.

—Hola —lo saludó, y LM le abrió la puerta del copiloto, sujetándola hasta que ella se acomodó.

Con rapidez, se puso tras el volante y al arrancar la miró de reojo, haciendo que se removiera inquieta en el suave asiento de piel. Puede que fuera un hombre parco en palabras, sin embargo, sus miradas eran muy reveladoras.

—No te he dado la dirección —dijo Gilda cuando llevaban cinco minutos circulando.

—Todo el mundo sabe dónde viven los Alcázar de Virrey.

Gilda frunció el cejo y no porque en el coche estuviera sonando canto gregoriano. El comentario delataba la posibilidad de que, como muchos otros, quisiera acercarse a ella por sus apellidos y los contactos de su familia. Estaba hasta la peineta de decirles alto y claro que vivía de su sueldo de funcionaria, en un piso compartido, que su padre la había dejado fuera de la herencia hacía años y que probablemente nunca la incluiría de nuevo, pues no pensaba cambiar su forma de proceder.

Y, en el supuesto de que el padre cambiara de idea, ya estaría Lourdes al quite para que jamás recibiera un céntimo.

Respecto a la herencia de su madre, estaba a buen recaudo, y no pensaba gastar ni un céntimo, salvo que fuera absolutamente necesario.

Decidió concederle el beneficio de la duda, podía ser que el comentario fuera inocente. Al fin y al cabo, eran una familia muy conocida y él había estado en la boda.

—Si no te gusta esta música, puedes elegir otra —dijo, y Gilda, que adoraba el canto gregoriano, negó con la cabeza y le sonrió.

Era lo único que había dicho en quince minutos, así que se podía considerar todo un detalle.

Mientras seguían circulando sin intercambiar ningún otro comentario, ella le dio vueltas al asunto de la música escogida, porque en aquellos tiempos nadie escuchaba cosas así. Ciertamente, su acompañante no tenía pinta de que le gustasen cosas demasiado modernas, aunque esperaba otro tipo de preferencia, quizá clásicos del rock.

Estaban a punto de entrar en la urbanización y Gilda puso mala cara. Demasiados recuerdos, en su mayoría desagradables. Durante los años que vivió en la casa familiar, tuvo que morderse la lengua ante las estupideces (y maldades) de su madrastra, que se encargó de borrar cualquier recuerdo de su madre y de generar conflictos entre ella y su padre.

Apenas quedaban fotos de su madre y cuando, ya con dieciocho años recién cumplidos, exigió sus pertenencias, vio que Lourdes se había deshecho de ellas y sólo pudo llevarse unos discos de vinilo, que Gilda guardaba como oro en paño y que escuchaba en momentos de nostalgia.

Su madrastra fingía preocuparse por ella, pero en realidad su intención no era otra que tenerla controlada. La apuntaron a todas las actividades extraescolares habidas y por haber y, claro, su padre sólo veía que su antigua amante, convertida en esposa, se desvivía por su hija mayor, cuando en realidad lo que Lourdes pretendía era tenerla ocupada y fuera de casa la mayor parte del tiempo.

Gilda se rebeló a los doce y salió perdiendo, porque la trataron como si fuera una niña consentida y rencorosa. Acabó interna en un colegio femenino conservador, en el que estuvo hasta cumplir la mayoría de edad.

En ese momento, se enfrentó a su padre, mandó a la mierda a su madrastra y se fue de casa. Para subsistir tuvo que recurrir a parte del dinero que le había legado su madre, porque su padre le dejó bien claro que no iba a pagarle nada si no volvía al redil.

Estudió Historia, algo que siempre la había apasionado; no obstante, esa carrera tenía muy

pocas salidas profesionales, así que terminó presentándose a oposiciones para una plaza en la Agencia Tributaria.

Allí conoció a Maya y poco a poco se hicieron amigas hasta convertirse en inseparables y buscaron un piso juntas para ahorrar gastos.

Una vez que tuvo su vida más o menos organizada, Gilda fue olvidando el rencor y buscó un acercamiento a su padre. Éste también cedió un poco y retomaron la relación. En una de las reuniones familiares le presentaron a Benigno, que, aunque era el típico niño rico y a su padre le parecía el yerno ideal, a ella también le gustó y empezaron a salir.

Benigno siempre intentaba que Gilda renunciara a su puesto como funcionaria y, como máximo, trabajara en la empresa familiar hasta que se casaran, sin embargo, ella no cedió. Aun así, la relación fue avanzando y, cuando estaba convencida al noventa y nueve por ciento de que Benigno era el hombre de su vida, él le propuso aquella estupidez de darse un tiempo y se dedicó a follarse a su hermanastra. No necesariamente en ese orden.

—¿Tiene autorización para entrar? —le preguntó un guardia de seguridad a LM, que había detenido el coche junto a la garita.

—Sí —respondió Gilda y le enseñó su pase. Odiaba tanta gilipollez, pero en las urbanizaciones exclusivas eran imprescindibles los controles de acceso.

Guió a LM por las calles de la urbanización hasta llegar a la verja de la impresionante mansión de los Alcázar de Virrey. Una vez allí, salió uno de los empleados de su familia y, al reconocerla, abrió los portones. LM condujo despacio hasta la entrada principal.

Cuando paró el motor, ella lo sujetó del brazo y le dijo:

—Te pido disculpas.

—¿Perdón?

—Por adelantado. Mi familia es... un tanto peculiar. Espero que se comporten.

Él agradeció sus palabras con una sonrisa bastante forzada. Acto seguido, y llevado a saber por qué impulso, se inclinó hacia ella y buscó sus labios. Gilda no esperaba ese gesto pues, desde que la había recogido en su apartamento, se había comportado con educación y distancia. No se apartó, por supuesto y respondió con más entusiasmo del que habría imaginado.

—Será mejor que lo dejemos aquí —susurró él, y ella asintió un pelín decepcionada ante el súbito arranque de responsabilidad.

Besarse con un tipo al que apenas conocía delante de la casa familiar tenía un componente muy morboso al que le resultaba difícil resistirse.

—Vale —dijo y se bajó del Lexus sin esperar a que él le abriera la puerta.

A LM no le quedó más remedio que seguirla y, de paso, observó su trasero. Se quedó embobado mientras su cuerpo, mejor dicho, una parte muy concreta de su cuerpo, reaccionaba, desde luego en el peor momento. Debía ser el acompañante perfecto y presentarse con una erección no era muy apropiado.

Además, tenía que llevar a cabo una misión, por lo que lo mejor era evitar tentaciones.



Levantó la vista hacia el cielo y se concentró. En el bolsillo de la americana llevaba aquellos cacharros que tanto apasionaban a Bastien y que, según su compañero, iban a ayudarlos. Ahora sólo tenía que entrar en el despacho del padre de Gilda y colocarlos con disimulo. Dudaba que el señor de la casa confiara en un extraño la primera noche y decidiera presumir ante él de sus posesiones.

Nada más llegar junto a Gilda, le ofreció el brazo y ella arqueó una ceja.

—¿Ocurre algo? —inquirió LM.

—Ehmmm, no —murmuró y optó por no decirle que aquel gesto estaba un poco desfasado, aunque no la molestaba.

Les abrió la puerta Aurora, la mujer que llevaba toda la vida al servicio de la familia y que conocía todos sus secretos. Una vez dentro, LM intentó fijarse en todos los detalles posibles sin parecer un cotilla.

—Hola, Hermenegilda, no te esperábamos tan pronto.

—Gilda, si no te importa —le dijo a su madrastra y ésta mantuvo la sonrisa tensa que siempre se esforzaba en mostrar delante de extraños para hacer el paripé, aunque lo más probable era que por dentro estuviera deseándole lo peor.

—Como quieras —respondió—. Veo que al final has venido acompañada. Y sin avisar, para no perder la costumbre.

Para alguien ajeno a la familia, aquella conversación podía parecer de lo más cordial, sin embargo, ambas se estaban lanzando puñales con la mirada y cualquier comentario iba cargado de segundas intenciones.

—Algunas sabemos conquistar a un hombre sin robárselo a otra —replicó Gilda en tono pedante, sólo para molestarla.

LM permaneció callado.

—Hola, hija, por fin estás aquí —dijo Leopoldo acercándose a ellos. Besó a Gilda en la mejilla y después le tendió la mano a LM—. ¿No vas a presentarme a tu acompañante?

—Te presento a... —Se detuvo al darse cuenta de que iba a quedar en evidencia, pues sólo sabía su nombre. Joder, qué fallo.

—Lesmes de Esgueva y Argüelles —se presentó él mismo. Lo hizo con aplomo y estrechó la mano que el padre de Gilda le tendía.

Por lo general odiaba sus apellidos, porque eran una reminiscencia de su pasado, ese que, aunque intentaba olvidar, se empeñaba en reaparecer en forma de sueños para atormentarlo, sin embargo, en esa ocasión era diferente. A aquellos pedantes había que impresionarlos.

Leopoldo lo miró y preguntó:

—¿Tiene alguna relación con los Esgueva de Medina del Campo?

—No —respondió él con sequedad.

—Perdone la pregunta. Tengo allí un buen amigo con sus mismos apellidos, de ahí mi curiosidad.

—Encantada —intervino Lourdes ejerciendo de anfitriona—. Si es tan amable de acompañarme, pasaremos al comedor.

A LM no le quedó más remedio que separarse de Gilda y seguir a la mujer, algo que no deseaba en absoluto, de modo que, justo antes de entrar en el comedor, se excusó para ir al aseo. No tenía la más remota idea de la distribución de la casa y no iba a arriesgarse a buscar el despacho, sólo quería estar un momento a solas para relajarse.

Claro que tenía que ver con quienes llevaban sus mismos apellidos en Medina del Campo. Incluso los había visto de lejos, en uno de esos inexplicables momentos de flagelación en que había viajado a su localidad natal.

Una vez pudo encerrarse en un cuarto de baño, donde daba miedo moverse por si se rompía algo, LM no entendía cómo alguien ponía dos candelabros de cristal tallado en un sitio así, sintió que todo aquello lo podía sobrepasar. Él prefería estar siempre en segundo plano y no tener que actuar, como en aquel momento. Seguro que iba a fracasar, a meter la pata hasta el corvejón y a mandar toda la misión a la mierda.

Se miró al espejo. Puede que llevara un traje carísimo, sugerencia del austriaco, y que su aspecto fuera el de un hombre de cuarenta y cuatro años al que le iban bien las cosas, pero a sus espaldas cargaba demasiado equipaje.

Ensayó un par de sonrisas para no parecer tan serio y huraño, pero se dio cuenta de algo que ya sabía, que forzar una sonrisa era aún peor que permanecer serio.

Puede que fuera una estupidez, sin embargo, colocó uno de aquellos aparatitos tras el espejo. Bastien se lo pasaría en grande escuchando las ventosidades de los invitados, pero otra cosa no podía hacer.

Caminó tranquilo hacia el comedor, que no le fue difícil de localizar, ya que se limitó a seguir a dos sirvientas que llevaban bandejas con comida. Colocó otro dispositivo en la parte trasera de una silla.

Le presentaron a la hermanastra de Gilda, una chica menuda, teñida de rubia, otra de las modernidades incomprensibles para LM, que no entendía por qué alguien quería estropear su cabello natural, y con carita de ángel. Un porte demasiado habitual en los últimos tiempos, nada que ver con Gilda y su aspecto natural, aunque para LM el maquillaje, en cualquier mujer, siempre era excesivo. Lo odiaba, como tantas otras moderneces de su lista de cosas incomprensibles.

Le presentaron también a Benigno, el marido de Enriqueta, correcto, algo pomposo y de pelo pobre, al que LM estrechó la mano sin mucho entusiasmo, al fin y al cabo, su presencia era irrelevante.

Había leído la información sobre el susodicho y, si bien había muchas posibilidades de que estuviera al tanto de los tejemanejes de su suegro, de momento era sólo un peón.

Cuando sirvieron los aperitivos, LM disimuló su disgusto por aquella manía de poner cosas raras sobre el pan y se limitó a probar el vino. Hasta el segundo plato todos se comportaron con corrección, aunque a él no le pasaron inadvertidas las miradas de rencor entre Gilda y su

madrastra. Pero las más curiosas fueron las que Benigno le dedicaba a Gilda. ¿Por qué el cuñado la miraba de aquella forma tan... pasional?

La manera en que la trataba, con una confianza excesiva, lo indujo a pensar que aquellos dos habían tenido algo en el pasado. Hipótesis que confirmó cuando Enriqueta, al más puro estilo malcriada, le espetó a su hermana, mientras agarraba el brazo de Benigno con aire posesivo:

—Nunca pensé que sería tan feliz a su lado. No sé cómo lo pudiste dejar escapar.

El padre se mantuvo impasible, Lourdes sonrió a su hija con orgullo de madre, el tipo fingió una sonrisa de idiota complacido y Gilda, sin perder la sonrisa, replicó:

—Que te dure, hermanita, porque tiene tendencia a liarse con la que le pillas más cerca.

—¡Hermenegilda! —exclamó Benigno, molesto con la acusación.

—Aún te escuece, por lo que veo —la pinchó Enriqueta.

—Tengamos la fiesta en paz —intervino el padre.

—¿Qué pensará nuestro invitado? —murmuró Lourdes.

—Lo normal —respondió Gilda—, que somos una familia atípica por los cuatros costados y que Benigno me ha hecho proposiciones deshonestas cuando me ha dado dos besos.

—¡Eso es mentira! —estalló Enriqueta y miró a su marido, que tragaba saliva.

«Y yo en el baño colocando aparatitos de escucha», pensó LM.

—No inventes —le advirtió su madrastra—. Siempre te ha gustado malmeter.

Gilda sonrió de oreja a oreja.

—He aprendido de la mejor —replicó y levantó su copa en un brindis de lo más burlón—. De ti, por supuesto.

—Ya está bien, Hermenegilda, compórtate.

—O sea, vengo a esta casa dispuesta a cenar en paz, mi exnovio me dice que se la pongo dura con este vestido, ¿y me tengo que callar?

Benigno se aclaró la garganta.

—No seas ordinaria —la regañó Lourdes.

—Disculpe a mi hija, señor —intervino Leopoldo mirando a LM—. A veces es imprevisible.

LM tenía dos opciones, comportarse como el perfecto invitado y sonreír como si la conversación no hubiera tenido lugar o mandarlo todo a tomar por culo.

Elegió un término medio.

—Le comprendo —dijo mirando a Benigno—, yo he experimentado la misma reacción al verla.

Gilda sonrió ante el cumplido.

A Enriqueta en cambio se le borró la sonrisa angelical.

Lourdes no habló mucho más en toda la velada.

LM no pudo colocar más dispositivos.

## Capítulo 7

—Menos mal que te he pedido disculpas por adelantado —murmuró Gilda al abandonar la casa sin despedirse; no veía el momento de poner fin a aquella surrealista reunión familiar. Y encima el baboso de Benigno se había vuelto a insinuar. Había estado tentada de preguntarle si su queridísima esposa no lo satisfacía en la cama, pero al final la prudencia hizo que cerrara el pico y, además, ¿a ella qué le importaba? Enriqueta y su ex eran tan para cual, así que allá ellos.

LM caminó a su lado en dirección al coche. Le abrió la puerta del copiloto y la miró de una forma que a Gilda le pareció demasiado intensa como para desaprovechar la ocasión.

—Esto no tiene por qué acabar aquí —susurró y se humedeció los labios.

LM inspiró hondo. Él tampoco tenía ganas de llevarla a casa y dar por finalizada la noche.

Al ver que no hacía ningún movimiento, Gilda tomó la iniciativa y lo besó, allí, delante de la casa de su padre, con todas las luces del jardín encendidas, lo que podía significar que podían verlos. Lo besó otra vez y LM respondió agarrándola del culo y aplastándola contra la carrocería del Lexus.

A Gilda le importaba un pimiento dar el espectáculo ante su familia, de manera que gimió sin contenerse cuando él metió la mano por debajo del vestido y la fue subiendo hasta acariciarle el trasero. En ese momento se acordó del consejo de su amiga y lamentó llevar las bragas puestas.

—Estoy por montármelo contigo en el asiento trasero —ronroneó, mientras le toqueteaba la hebilla del cinturón, dispuesta a abrirle los pantalones.

Nada más oírlo, LM se dio cuenta de la estupidez que estaba a punto de cometer. Cielo santo, se había dejado llevar. Perder el control en situaciones como aquélla era la mejor forma de quedar en evidencia. Él estaba allí por un motivo, uno solo, y no era meterle mano a la chica, aunque eso fuera lo que deseaba, y mandar al carajo la misión. Maldita fuera, de vez en cuando se merecía un aliciente.

No obstante, su sentido de la responsabilidad prevaleció y desechó cualquier idea de actuar llevado por un impulso. Respirando agitadamente y con una erección de mil demonios enjaulada en sus pantalones, dio un paso atrás. Tenía que actuar con sensatez, aunque lamentó no seguir tocando su suave piel.

—No, no podemos —acertó a decir.

—Tienes razón —convino ella, pese a que torció el gesto un tanto desilusionada, le apetecía hacer una locura—. Llévame a tu casa.

A LM no dejaba de sorprenderlo el hecho de que una mujer tomara las riendas. Lo entendía y

no lo criticaba, sin embargo, eran demasiados años funcionando con el sistema antiguo, el de los hombres llevando la voz cantante.

Era difícil borrar de su mente la injusta asociación de mujer decidida igual a pecadora, como se decía en su época. Después evolucionó a algo todavía peor: mujer de mala vida. Y luego vino el eufemismo que había utilizado Bastien: ligerita de cascos.

—¿A mi casa?

Gilda le sonrió seductora y estiró el brazo para acariciarle el pecho y bajar la mano hasta detenerla justo en su cintura. Lo miró y suspiró. Se sintió atrevida, excitada y decidida, por lo que bajó un poco más la mano hasta posarla sobre su bragueta.

—Te invitaría de mil amores a mi apartamento, pero no vivo sola.

«Yo tampoco», pensó LM.

De nuevo ante una disyuntiva. Buscar una excusa razonablemente creíble para no invitarla a pasar la noche en su casa o, por el contrario, deshacerse del austriaco.

—Sube al coche —ordenó, y ella obedeció, encantada ante aquel tono tan imperativo.

Lo que no imaginaba era que él, en vez de ponerse al volante y conducir como un loco, se quedase fuera. Lo vio sacar el móvil y... ¿estaba enviando mensajes? ¿En aquel momento?

—¿Algún problema? —le preguntó abriendo la puerta.

Él murmuró algo que ella no llegó a entender.

LM odiaba aquel engendro del diablo y, si bien había recibido un curso de cómo usarlo, evitaba siempre que podía recurrir a él.

—Sólo estoy... —se detuvo en busca de una excusa razonable.

—¿Avisando a tu mayordomo de que esta noche tienes una invitada? —sugirió ella medio en broma y LM pasó por alto el sarcasmo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no tuvo que fingir una sonrisa, sino que le salió espontánea al imaginarse a Bastien, con toda su arrogancia aria, ejerciendo de mayordomo.

—Sí —contestó y ella arqueó una ceja.

Él recordó cómo se enviaban mensajes y se puso a ello.

Métete en tu cuarto y no salgas hasta nuevo aviso.

El austriaco respondió a los tres segundos.

¿Quién eres?

LM puso los ojos en blanco y escribió:

Voy a llegar acompañado.

No metas la pata.

¿Bromeas?

Haz lo que te digo. Mañana te lo explico.

¿Acompañado significa con una mujer?

Sí.

Tranquilo. Te prepararé el escenario.

Gracias.

¿De verdad eres tú?

LM frunció el cejo al caer en la cuenta de que él dormía en el desván, y allí no podía llevar a ninguna mujer... No al menos a una como Hermenegilda.

—¿Todo arreglado? —le preguntó ella cuando LM se sentó al volante.

—Más o menos —respondió evasivo y arrancó el coche.

Estaba impaciente por volver a tocarla, sin embargo, condujo con más prudencia que un abuelito miope para darle tiempo a su compañero. Gilda no dejaba de mirarlo y provocarlo; si no recordaba mal, en el viaje de ida la parte inferior del vestido no era tan corta y le tapaba más las piernas.

Unas piernas entre las que tenía intención de perderse esa noche. Porque si la primera vez disfrutó, la segunda sería aún mejor. Ya no era sólo un medio para alcanzar un fin, ahora entraba en juego otro componente: el deseo.

Además de observar sus piernas, también se fijó en su respiración y en cómo se movía en el asiento. A él también se le estaba haciendo eterno; no obstante, debía ser previsor.

—¿Te has perdido? —inquirió ella frunciendo el cejo.

—Llevo poco tiempo viviendo aquí y todas las casas son iguales —se justificó, porque ya había pasado dos veces por la misma calle.

Odiaba las ciudades, lo agobiaba ver cemento cada día al abrir la puerta, y algún árbol raquítrico rodeado de más cemento. Otro invento moderno que lo desquiciaba. Ya no se disfrutaba del olor de la hierba tras la lluvia. ¿Por qué la gente se agolpaba en las ciudades, donde ni se oía el canto de los pájaros ni se contemplaban las estrellas?

Cierto que ahora se limpiaban y desinfectaban las calles, la gente no tiraba sus orines por la ventana y no se acumulaban desperdicios, sin embargo, el olor del asfalto en verano era peor que el de un excusado.

No podía perder más tiempo, así que enfiló la calle en la que se había instalado. Su casa estaba situada al final, haciendo esquina. Nada más acercar el Lexus, se levantó la puerta del garaje y estacionó dentro.

Cuando apagó el motor, se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Estás segura?

—¿Tú no, señor Esgueva y Argüelles? —replicó Gilda y estiró el brazo para acariciarlo por encima del pantalón y comprobar su grado de excitación.

—Sólo preguntaba —respondió él en voz baja, procurando no gemir ante el contacto.

Gilda se apartó y, con decisión, se bajó del coche. Esperó a que la guiara y accedieron a la casa a través de una pequeña puerta que comunicaba con el garaje.

Nada más entrar, LM frunció el cejo, el «mayordomo» había dejado las luces del pasillo encendidas, eso sí, atenuando la intensidad y se oía de fondo una pieza clásica.

—Hummm... qué ambiente —comentó ella—. *Tristán e Isolda*. Wagner no es uno de mis preferidos, pero me gusta.

Cómo no, pensó LM, Wagner. Debería haberle indicado a Bastien que sus gustos musicales estaban más cerca de los compositores italianos del XIX que de los germánicos, que a buen seguro su compañero idolatraba.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó señalando la cocina.

Gilda negó con la cabeza y se acercó a él para quedar frente a frente.

—Le habrás dado la noche libre a tu mayordomo...

—Sí, por supuesto —respondió LM, esperando que a Bastien no le diera por aparecer.

En esa ocasión fue él quien se inclinó para buscar sus labios y Gilda gimió en cuanto entraron en contacto. Un contacto que no iba a limitarse a unos cuantos besos más o menos incendiarios, porque le metió las manos por debajo del vestido y la arrinconó contra el sofá y ella se las ingenió para desabrocharle el cinturón.

LM jadeó y echó la cabeza hacia atrás cuando sintió su curiosa mano agarrarle la polla y comenzar a masturbarlo. Gilda aprovechó para acercar los labios a su garganta expuesta y recorrerla con la punta de la lengua.

—No te imaginas lo excitada que estoy —le susurró, antes de mordisquearle la barbilla—. O sí, porque estás a punto de descubrirlo.

«Me encanta la sinceridad de las mujeres del siglo XXI —pensó él—; y también me desconcierta.»

Le apartó las bragas y coló una mano entre sus piernas. Todavía se quedaba perplejo al acariciar a una mujer y no encontrar rastros de vello púbico. En su época eso era considerado una tara, porque lo más probable era que la mujer sufriera alguna enfermedad venérea. Pero de un tiempo a esta parte, casi todas se depilaban.

—Espera un segundo —rogó y recurrió a toda su fuerza de voluntad para apartarse.

—Ni hablar —replicó ella—. Llevas toda la noche excitándome con tus miradas, tus gestos y ese comportamiento de hombre silencioso y recto que me vuelve loca.

LM parpadeó.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, sorprendido ante aquella confesión.

—Muy en serio, porque seguro que bajo esa fachada se esconde un perverso —añadió y le agarró la muñeca para que volviera a meter la mano entre sus piernas.

—¿Perverso? —repitió LM en voz baja. Le resultaba inevitable asociar ese término a algo despreciable, aunque en la actualidad tuviera un significado más erótico.

—Mira cómo me tienes.

Su susurro provocador lo hizo apartarse de nuevo del camino de la prudencia y la acarició entre las piernas, volviéndose más atrevido a medida que oía los jadeos cada vez más excitados de ella.

—Mejor vamos a la habitación —sugirió gimiendo, cuando Gilda volvió a agarrarle la polla por encima del pantalón, mientras se humedecía los labios. Pensaba llevarla a un dormitorio que no fuera el desván.

—Tranquilo, iremos enseguida...

Él tragó saliva. No se sentía muy seguro allí, en el salón, donde podían tener testigos, bueno, un testigo; no le apetecía nada ver aparecer a su compañero de repente.

A LM no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia y dejarse llevar, así que aparcó sus reticencias y la besó. Ella, ante aquel ímpetu, se quitó las bragas para que no acabaran rotas.

Ambos sabían que a ese ritmo todo iba a precipitarse y aun así ninguno de los dos podía echar el freno.

El borde del sofá no era lo bastante estable como para que ella se sentara y él pudiera penetrarla, así que Gilda se volvió y dejó su retaguardia expuesta.

—Tengo condones en el bolso —le dijo por encima del hombro, cuando vio que él se bajaba los pantalones.

Se las ingenió para alcanzar su bolso, que había caído en el sofá, abrirlo y sacar un preservativo de los cuatro que llevaba. LM se lo arrebató de las manos con impaciencia y masculló:

—Ni te imaginas cuánto odio estas putas mierdas.

—Ya, colega, pero si no te lo pones, no follamos —afirmó ella.

Él no podía explicarle que, por mucho que quisiera, era incapaz de dejarla preñada. Fue una de las consecuencias de su pacto con Astarté. Podía yacer con quien quisiera, porque jamás engendraría un hijo ni transmitiría ninguna enfermedad. Situación que le vino de perlas, pues se entregó al fornicio en cuerpo y alma en cuanto tuvo libertad para ello. Sin embargo, un idiota, en el siglo XIX, tuvo que inventar los malditos condones, porque hasta aquel momento las «protecciones», como las que se vendía cerca de los lupanares, tenían una fiabilidad cuestionable.

—¿Te ayudo? —propuso Gilda, al verlo batallar con la maldita funda.

LM suspiró, negó con la cabeza y acabó de colocárselo.

Ella movió el trasero en una clara invitación.

—¿Lista?

—No te imaginas cuánto... —dijo y su voz quedó entrecortada debido a que LM la penetró de un empellón, haciendo que se doblara sobre el respaldo del sofá y su cabeza quedara colgando.

Él apretó los dientes ante las sensaciones que experimentaba, pese a llevar puesto aquel puto condón que le impedía sentir al cien por cien el calor y humedad del cuerpo femenino. Además, le encantaba aquella postura tan erótica, en la que ella estaba a su merced.



Sin dejar de embestir, le subió cuanto pudo el vestido para dejar a la vista también parte de su espalda y comenzó a recorrérsela con la yema de los dedos. Resiguió la columna vertebral y, al llegar al final, dejó que un dedo se colara entre aquellas nalgas tan blancas.

—¡Oh! —exclamó Gilda, sorprendida pero no molesta—. ¿También quieres jugar ahí?

LM tragó saliva. Esperaba un rechazo, como mínimo, no tanto entusiasmo.

Él, que había considerado la sodomía como un pecado y mandado a la cárcel a gente por ello, descubrió el placer de aquella práctica cuando, tras su retiro obligatorio, decidió entregarse a cualquier placer mundano.

Y entendió por qué muchos y muchas, aun sabiendo la condena que implicaba, se dejaban llevar.

Continuó acariciándola entre las nalgas, pero por si acaso no adelantó acontecimientos. Quería acabar cuanto antes, no porque estuviera a disgusto, sino porque no veía el momento de estar con ella de forma más segura e íntima, es decir, con una puerta de por medio.

Gilda, ajena a sus tribulaciones, no dejaba de gemir con cada embestida y se agarraba como buenamente podía al borde del sofá. Estaba punto de correrse, tan excitada que llegó a pensar que resultaba vergonzoso.

«¿Vergonzoso? ¿Qué gilipollez es ésa?», se dijo.

Quizá ese pensamiento fuera producto del momento, de lo extraño que era sentirse atraída por un hombre que, además de ser parco en palabras, también lo era en gemidos. Se controlaba demasiado. Ahora bien, la réplica que había dado en su casa antes de la cena, admitiendo con sutileza que se le había puesto dura al verla, era sin duda el mejor de los cumplidos.

Y sólo por eso merecía la pena follar con él.

Bueno, y también porque estaba imprimiendo un ritmo desquiciante.

Hacía mucho que no se topaba con un tipo tan potente y eso que desde su ruptura con Benigno lo había intentado.

Si ella estaba a punto, él se encontraba en una situación muy similar. Para no perder impulso, la agarró de las caderas, clavándole los dedos, y embistió de forma un tanto brusca, haciéndola gritar a pleno pulmón:

—¡Joder, sí, me corro!

Quiso silenciarla, pero le fue imposible. Pese a la música de fondo, dudaba mucho que su compañero no la hubiera oído. Y no tenía ganas de soportar sus más que probables burlas al día siguiente.

Era imperativo que acabaran y se metieran en el dormitorio, así que tensó todo el cuerpo y, ayudado por la presión de Gilda en su polla, apenas tardó medio minuto en unirse a ella.

Le hubiera gustado quedarse así, enterrado en el cálido cuerpo femenino, pero si algo le habían explicado con claridad era que, si usaba condón, debía retirarse cuanto antes para evitar que su simiente, aunque inútil, se desperdigara.

Ella se incorporó y lo primero que hizo, además de sonreírle, fue besarle.

—Ha sido impresionante —dijo pegada a sus labios.

—Estoy de acuerdo —convino LM, y Gilda arqueó una ceja ante aquel comentario tan soso, incluso desapasionado.

Él se percató de cómo había sonado y pensó que algo debía decir para que ella no se desanimara, así que susurró:

—Pero esto no ha hecho más que empezar.

## Capítulo 8

LM se despertó a la hora de siempre.

Maitines.

Un viejo hábito que no conseguía erradicar. Tampoco es que se esforzara mucho, la verdad. El noventa y nueve por ciento del tiempo vivía solo y, por tanto, él marcaba su ritmo sin preocuparse por nadie.

La diferencia era que aquella mañana no estaba solo.

El dormitorio estaba oscuro, pero no importaba, pues el tacto suplía la falta de luz. Acostado de medio lado y con suavidad para no despertarla, le recorrió todo el costado, desde el hombro hasta la cadera con la yema de los dedos. Un recorrido que repitió encantado, aunque también preocupado.

Lo de esa noche no debería volver a suceder. Por su propio bien, pero sobre todo por el de ella, porque Hermenegilda empezaba a gustarle demasiado y eso, en su caso, era un gran error. Hacía mucho que no se encariñaba con nadie. Había aprendido la lección por las malas.

Una vez cometió el gran error de enamorarse de una mujer, allá por 1750. Se empeñó en seguir con ella, pese a que recibió varias advertencias por parte de su jefa para que rompiera la relación. No porque Astarté no permitiera disfrutar de los placeres mundanos, sino por el peligro que entrañaba relacionarse con mortales; éstos envejecían y las explicaciones no eran fáciles.

En aquella ocasión rogó a Astarté que lo liberase de su promesa, que lo devolviera al mundo de los mortales, algo que no obtuvo y que lo sumió en un largo periodo de rebeldía, durante el que amenazó incluso con sacar a la luz su condición. Pero pronto se dio cuenta de que no eran tiempos muy propicios para ese tipo de revelaciones. Acabaría preso o, peor aún, internado en una institución para dementes, donde el maltrato estaba a la orden del día.

Al final recuperó la cordura y, con todo el dolor de su corazón, se alejó de aquella mujer, Guiomar, al menos en apariencia, pues siguió vigilándola hasta su muerte. Entonces comprendió por las malas las razones de Astarté: era más duro ver morir a un ser querido que separarse de él.

Por ese motivo, desde hacía mucho sólo aliviaba sus deseos carnales con mujeres a las que pagaba y a las que les exigía ciertas perversiones y con las que nunca establecería un vínculo emocional. No se sentía orgulloso de ello, no obstante, a veces necesitaba someterse a ciertas prácticas como medio de expiación.

Otras veces pasaba la noche con alguna, sin preguntarle el nombre. Si se lo decía, lo olvidaba por la mañana.

Sin saber por qué, se sentía más conectado de lo prudente con Hermenegilda y aquello era sinónimo de peligro, pues la historia podría repetirse.

A pesar de todas sus reticencias, continuó acariciándola, y ella, aún adormilada, se movió hasta quedar boca arriba, quizá buscando de manera inconsciente un mayor contacto.

LM inspiró hondo. Lo más sensato sería cubrirle los pechos y abandonar la habitación, en cambio, su mano le rozó uno de los pezones y repitió hasta ver cómo se endurecía.

Su propio cuerpo reaccionó y maldijo por empalmarse de nuevo. No entendía cómo era posible que aún sintiera ganas de repetir. Su polla pensaba lo contrario, era evidente.

Pero de ninguna manera iba a colocarse encima y fornicar sin estar ella despierta, por lo que continuó rozándole los pechos.

Gilda, sin abrir los ojos, lo invitaba a lo contrario. Emitió un murmullo de lo más sensual. Él podía, debía, ignorarlo. No lo hizo y su mano fue descendiendo hasta llegar a su sexo, ese que había saboreado a conciencia la noche anterior, pues, tras tirársela contra el sofá, la llevó a un dormitorio y allí, después de besarla, terminó cayendo de rodillas y metiendo la cabeza entre sus piernas para recorrer con la lengua cada pliegue hasta escuchar otro de sus gritos de placer, sin importarle ya que Bastien pudiera oírlos.

En aquel momento podía hacer lo mismo, sin embargo, optó por seguir recorriendo de forma sutil con la yema del dedo el triángulo de su entrepierna. Suave, lento... hasta que ella separó las piernas pidiendo más.

LM le metió un dedo, despacio, y le encantó encontrarla húmeda, caliente, pero lo que más lo trastocó fue que, cuando añadió un segundo dedo para complacerla, Gilda empezara a acariciarse los pechos, todo sin abrir los ojos.

La imagen, perturbadora a la par que excitante, lo decidió a masturbarla, dejando a un lado cualquier reticencia. Mientras, observaba en cada momento las reacciones, involuntarias o no, del cuerpo femenino. Reacciones naturales y hermosas. Porque si algo había aprendido LM hacía ya mucho, era que el cuerpo de la mujer no era la reencarnación del Maligno. Y sí, hacía pecar a los hombres, pero bienvenido fuera ese pecado.

A medida que Gilda gemía y arqueaba las caderas, estuvo tentado de colocarse encima de ella y penetrarla. Reprimió el impulso y permaneció de costado, abstraído con la simplicidad y belleza que se le ofrecía. Aunque para eso tuviera que obviar su propio deseo.

Cuando la notó a punto de alcanzar el clímax, apartó la mano y se inclinó para chuparle un pezón, o, mejor dicho, succionárselo con fuerza, llegando incluso a rozarlo con los dientes.

Ella, sobrepasada por toda aquella estimulación, clavó los talones en el colchón, arqueó la pelvis y dejó atrapada la mano masculina entre sus piernas al correrse. LM esperó a que se relaja y, cuando lo hizo, recuperó su mano, sin embargo, sin abrir los ojos, Gilda se limitó a darse la vuelta.

LM sonrió, un gesto muy extraño en él, ante su comportamiento. La cubrió con la sábana y se levantó. Una ducha fría era la mejor forma de encarar aquella erección.

Una vez duchado y en cierta medida relajado, bajó a la cocina, donde se encontró al austriaco tomando un café y con una sonrisa entre burlona y envidiosa.

—Buenos días —lo saludó con sequedad.

—Por favor, un poco más de entusiasmo por las mañanas. Tras la nochecita que has pasado, no te va a matar —replicó Bastien.

—Gracias por la música, pero la próxima vez elige a algún compositor italiano. Wagner es demasiado nazi para mi gusto y se te ve el plumero.

—Hummm... ¿Va a ver próxima vez? —se guaseó el otro, pasando por alto el comentario sobre Wagner.

—No lo sé —murmuró LM y se preparó su desayuno habitual, leche caliente, un poco de miel y trozos de pan.

—Desde luego —se quejó el austriaco señalando el cuenco—, qué poca elegancia. Sólo te falta sorber la cuchara.

—Tanto presumir de raza aria y resulta que si a unos pocos castellanos no se les llega a ocurrir salir de paseo por el Atlántico, no tendrías ese brebaje que tanto te apasiona.

—Oh, oh, por favor, el imperialismo castellano ataca de nuevo —se burló Bastien—. Señor inquisidor, tarde o temprano alguien hubiera descubierto América, así que no te cuelgues medallas. Incluso hay teorías que apuntan en otra dirección y que dicen que fueron otros y no el ambicioso Colón, quienes llegaron primero. Además, mira cómo lo dejasteis todo, hecho una mierda.

—Pues bien que os entró a todos la fiebre colonialista en el XIX, cuando sólo quedaba África para repartir —le rebatió LM.

Bastien iba a replicar cuando oyó unos pasos y le hizo un gesto a su compañero para indicarle que tenían compañía.

Gilda entró en la cocina algo cohibida. Se había puesto la camisa que LM había llevado la noche anterior, ya que la parecía un poco fuera de lugar desayunar con el vestido de fiesta, aunque tendría que ponérselo para volver a casa.

Al despertarse y encontrarse sola en la cama, pensó en marcharse sin más, pero al final había decidido conocer mejor al tipo con el que había pasado una noche tan espectacular. Y nada mejor que hacerlo mientras desayunaban.

Se preguntó durante unos momentos si sería aceptable abrir los armarios de un hombre en la segunda cita para buscar algo que ponerse. Consideró que aún les faltaba confianza para ello, sin embargo, la necesidad la llevó finalmente a hacerlo y su sorpresa había sido mayúscula.

¿Qué esperaba encontrar una mujer en los armarios de un tipo a todas luces adinerado?

Desde luego, algo más que cuatro perchas vacías y una manta doblada. Ni una sola prenda. Nada. Ni camisetas ni pantalones. Incluso había llegado a abrir los cajones por si acaso, y nada, también vacíos.

Eso la hizo pensar... ¿y si aquella no era su casa, sino la de un amigo?

O podía ser que, como muchos hombres, tuviera un picadero, en ese caso una habitación picadero.

—Perdón —dijo al ver que LM y un tipo rubio al que también conocía la estaban mirando.

—¿Qué le apetece desayunar a la dama? —preguntó Bastien solícito y entonces Gilda ató cabos.

—Ahora lo entiendo... Tú eres el mayordomo —afirmó mirando al rubio, y LM se rio entre dientes.

Desde luego, con aquella mujer cerca estaba riéndose más que en los cien años anteriores.

—¿El «mayordomo»? —repitió Bastien ofendido.

—Y supongo que también guardaespaldas, por eso lo acompañabas el otro día en la boda —añadió ella y le sonrió. Al fin y al cabo, estuvo a punto de irse a la cama con él.

Feo no era, aunque sí bastante repeinado y demasiado rubio.

Bastien miró a LM esperando una aclaración por su parte, aclaración que, por descontado, no llegó.

—Tenemos un surtido increíble de cafés, ¿cuál quieres que te prepare Bastien? —preguntó LM con recochineo, con mucho recochineo, apuntándose el mérito de las cápsulas y dejándole al rubio definitivamente el puesto de lacayo.

Éste optó por dejarlo pasar, más tarde ajustaría cuentas con su compañero. Le mostró a Gilda las variedades disponibles y ella se acercó hasta la cafetera, lo que hizo que LM pudiera observar a placer su retaguardia, a todas luces sin ropa interior y cubierta únicamente con la camisa.

—Te recomiendo el *ristretto* italiano. Intenso, fuerte —sugirió Bastien, que aprovechó para observar a través del escote el cuerpo de la morena. Estaba bien dotada, sin embargo, no le despertaba demasiado interés.

—¿No hay una de inspiración alemana? —preguntó LM sólo para meter cizaña.

—Los alemanes no saben hacer café —respondió Gilda—. Cuando estuve en Berlín, no pude tomarme uno decente hasta que encontré una cafetería italiana.

A LM lo entusiasmó la respuesta.

—¿*Ristretto* entonces? —preguntó Bastien, forzando una sonrisa.

\* \* \*

—Has vuelto a quedar como el culo —lo regañó Bastien cuando se quedaron solos.

—Ilumíname.

—Te traes a la dama a casa, pasas la noche con ella, gracias a mi intervención te lo encuentras todo dispuesto y ahora, en vez de vestirme corriendo para llevarla a su casa, dejas que pida un taxi y que se vaya.

—¡Ha insistido ella! —alegó LM en su defensa.

—¡Porque te estaba poniendo a prueba! —le rebatió Bastien, negando con la cabeza ante lo

tarugo que era—. Joder, tío, qué cagada. ¿Qué va a pensar de ti?

—No lo sé...

—Y encima, en vez de despedirte de manera elegante, romántica, te limitas a acompañarla a la puerta y esperar a que se marche el taxi.

LM empezó a pasearse por la cocina, reflexionando sobre la regañina que le estaba cayendo. Podría ser que Bastien tuviese parte de razón.

—Quizá esto te suene raro, pero ahora las mujeres son diferentes a las de tu época —contestó—. No me pongas esa cara, yo también sigo sin comprenderlo, pero ahora muchas no agradecen lo que antaño era caballerosidad.

—¿Qué tontería es ésta? ¿Desde cuándo la educación pasa de moda?

—Yo tampoco salgo de mi asombro —asintió LM—. Por eso no he intervenido y he dejado que ella decidiera. Y, créeme, me cuesta una barbaridad entenderlo, pero es lo que hay.

—No salgo de mi asombro... —murmuró Bastien.

—Has estado aislado y las cosas han cambiado. Hazme caso y acostúmbrate.

—En otros tiempos se limitaban a pedir el derecho al voto y ahora...

—Ahora van a por todas. Mejor no le des más vueltas —le aconsejó LM.

Bastien torció el gesto y se preparó otro café, porque si bien admiraba el progreso, había cosas que le resultaban incomprensibles.

—Entonces, a ver si me queda claro, ahora, cuando invite a una mujer a cenar, si le sujeto la puerta o le retiro la silla para que se siente, ¿me meto en problemas?

—Depende..., no es una ciencia exacta. Y respecto a la invitación, ándate con ojo, muchas se empeñan en pagar a medias.

—¿Qué dices?! —exclamó perplejo—. Eso te lo estás inventando.

LM negó con la cabeza.

—Por eso yo prefiero dejar que ellas tomen la iniciativa. Así no me confundo, aún ando bastante perdido.

—Hummm... ¿Y respecto al sexo? ¿Hay algún cambio importante?

—Ellas deciden. No hay más que hablar. Y olvídate de llamar «fresca» o algo similar a la que va de cama en cama. Eso se acabó.

—Vale. Lo entiendo, tienen derecho a acostarse con quien les dé la gana y no ser criticadas, pero lo otro me deja sin palabras.

Ambos hombres se miraron y se solidarizaron en silencio, porque había cambios que, por muchos cursos de formación que recibieran para ir acordes con los tiempos, siempre quedaban flecos y la evolución de las relaciones entre hombres y mujeres era uno de ellos.

—Entiendo que vas a volver a quedar con ella.

—No sabría decirte —admitió LM con cierto pesar, porque sí, joder, claro que quería volver a verla, pese a todas las complicaciones.

—De nuevo estamos en sus manos —reflexionó Bastien.

—Eso parece. Ya te he dicho que ahora las cosas funcionan de otro modo. Ellas no se quedan en casa esperando a que las llamen.

—En fin, me costará, pero me haré a la idea. Venga, ahora cuéntame los detalles de tu cita.

—Vas listo si crees que te voy a contar algo de eso.

—No seas idiota —dijo el otro con desdén—. Ya me he hecho una idea bastante aproximada sobre lo que ocurrió en el dormitorio.

—No te voy a permitir que...

—Y si te sirve de algo, mis más sinceras disculpas por dudar de tus habilidades amorosas —añadió Bastien, antes de que LM continuara.

—Entonces, ¿qué demonios quieres saber?

—Algo mucho más mundano, ¿lograste colocar los dispositivos de escucha?

—Sí y no —respondió LM e hizo una mueca.

—Explícate...

Bastien, suspicaz, cruzó los brazos a la espera de que le relatase los hechos, y LM lo miró con cara de resignación.

—Mejor conecta ese trasto —propuso, refiriéndose al ordenador—, escucha y lo entenderás.



## Capítulo 9

Nada más dejar las llaves en el cuenco de la entrada, Gilda oyó un lastimero gemido y, lógicamente, se preocupó, pues, en teoría, los sábados por la mañana su compañera de piso se marchaba a su sesión semanal de spa.

De nuevo oyó el mismo sonido, aunque más intenso y claro; ya no podía decir que era producto de su imaginación. Se descalzó para no alertar con sus tacones y caminó por el pasillo. Los gemidos procedían del dormitorio de Maya, así que empujó la puerta despacio y se llevó una gran impresión.

—Lo... lo siento.

Avergonzada y sonrojada hasta la raíz del cabello, cerró de un portazo y soltó el aliento que había contenido. Se apoyó contra la puerta e inspiró hondo para calmarse. Y a pesar de lo bien servida que llegaba, al ver aquella escena se había vuelto a excitar.

¿Y a quién no le pasaría lo mismo?

John sujetaba a Maya, que lo montaba con brío, y contemplarlos juntos... El contraste de la piel oscura de él sobre la de su amiga, tan blanca, era sin duda una visión sorprendente. Erotismo puro y duro. Ah, y sin olvidar la expresión de ambos, de absoluto entendimiento.

—En fin —murmuró, mientras se dirigía a su cuarto—, qué suerte tienen algunas.

Ella no se podía quejar en cuanto a su ración de sexo, porque la había tenido y además generosa, sin embargo, conseguir lo que Maya y John tenían ya era otro cantar.

Creía haberlo alcanzado con Benigno y ya se vio cómo acabó la cosa. Así que, desde ese batacazo, su única aspiración era divertirse, echar de vez en cuando un buen polvo y regresar a su casa.

¿A que no era mucho pedir?

Pero no siempre era posible, porque había mucho imbécil suelto que ni para follar servía. O, peor aún, iban justitos en cuanto al tema sexo y después presumían. Y ya lo más desesperante era que, además de creerse dioses y presumir de lo que no tenían, encima eran unos pedantes.

Mientras colgaba el vestido en el armario y buscaba ropa de andar por casa antes de meterse en la ducha, pensó en la noche anterior e inevitablemente en el tipo con el que la había pasado.

Sentía cierta confusión respecto a Lesmes. Por un lado era un hombre serio, introvertido. A diferencia de otros, demostraba una madurez apabullante. Y después, en las distancias cortas... rompía cualquier esquema preconcebido y la dejaba, además de satisfecha, sorprendida. Podía decirse que era el típico tío que muestra una cara con ropa y otra muy distinta sin ella. Pero no,

había algo más. De momento no sabía definirlo, se trataba más bien de un presentimiento; no obstante, quería repetir, porque era la mejor manera de averiguarlo.

Con el pelo mojado y recogido de cualquier manera, un pantalón de chándal agujereado, la camiseta deformada y unas chancas, se fue a la cocina. Ya había desayunado, gracias al mayordomo rubiales de Lesmes, pero bien podía picotear otra cosilla.

Cuando estaba examinando el contenido de la nevera, oyó unos pasos y se dio la vuelta, encontrándose cara a cara con un tipo grandote.

—¡John! —gritó y se lanzó a sus brazos.

Él no se limitó a darle un abrazo de oso, sino que la cogió en volandas y giró con ella hasta que Gilda le pidió que la soltara.

—¿Cuándo has llegado? ¡No te esperábamos hasta dentro de dos meses!

—Me han dado la baja —respondió John, con aquel acento americano que a veces daba risa, pero que en él era de lo más sexy.

—¿Y eso?

John, tras dejarla en el suelo, se levantó la camiseta, y no para presumir de sus envidiables abdominales, sino para mostrarle una cicatriz en el costado derecho. Ella, con toda la confianza, la tocó con la yema del dedo.

—Un accidente —explicó él—. Tranquila, fue superficial. Una puñalada de esas que son escandalosas, pero poco profundas.

—¿Te hirieron en combate? —inquirió preocupada, y él asintió.

—Ya sabes que no puedo hablar de las misiones, pero esta última ha sido un infierno.

A Gilda se le escapó una lagrimilla y él la abrazó de nuevo.

—Te quiero, John —susurró ella.

—Lo sé, lo sé. Pero mira el lado positivo, ahora estaré por aquí una buena temporada.

Gilda hizo una mueca.

—Eso significa que tendré que comprarme tapones para dormir, porque no vais a parar, supongo.

Ambos se echaron a reír.

—Un pajarito me ha dicho que tú también estás entretenida.

—No hay ni punto de comparación, porque lo de Maya y tú es mucho más —reconoció.

—¡Buenos días! —saludó Maya, entrando en la cocina recién duchada—. Hoy me siento genial, así que voy a prepararle a mi hombre un desayuno especial.

Gilda se rio al oírla decir «mi hombre», porque su amiga nunca utilizaba un término tan posesivo con John.

—Pues me parece que «tu hombre» se va a morir de hambre, porque tenemos el frigorífico bajo mínimos y este grandullón no se va a conformar con una magdalena y un café.

—Ay, pues es verdad —se lamentó Maya y él le dio un besazo peliculero.

—Os odio a los dos —murmuró Gilda.

—¿Por qué no nos vamos por ahí? Yo invito —propuso él.

\* \* \*

Gilda subió por tercera vez el volumen de la tele, porque estaba hasta la peineta de oír gemidos y «Oh, sí, John, oh, sí, John, más fuerte, machote». Seguido de, «*Oh, darling, darling*». Rematado por «*Fuck me more*».

Entendía que Maya y su novio le dieran al tema con todo el ardor, sin embargo, ella prefería no oírlos.

Apenas eran las ocho de un sábado cualquiera y se sentía... extraña, desubicada, con ganas de algo, aunque sin saber bien qué, por eso decidió mirar la tele. Se sentó con una bolsa de patatas fritas y, después de buscar un rato por el menú, se decidió por un reportaje del canal Historia sobre la liberación del campo de concentración de Terezín en 1945.

Adoraba la historia y por eso había enfocado sus estudios hacia esa pasión, aunque las pocas salidas profesionales de esa carrera la hubiesen empujado a ser funcionaria.

Puso los ojos en blanco al oír el enésimo «*Oh, my God, darling!*» y de nuevo subió el volumen.

Las desagradables imágenes que aparecían en la pantalla la hicieron olvidar que a pocos metros se desarrollaba una intensa y pasional relación. Se concentró en el documental, en las opiniones de algunos supervivientes y se le encogió el corazón. Nunca comprendería aquella ni ninguna otra barbarie.

Mientras un historiador daba más datos, iban apareciendo fotografías de los mandos nazis que gestionaban aquel horror. Personas que representaban el más absoluto desprecio por la vida humana, pues posaban con una altivez bochornosa. De repente abrió los ojos como platos, porque la cara de unos de esos hombres uniformados le resultó muy familiar.

Cogió el mando y le dio a la pausa para poder fijarse mejor. Incluso se acercó al televisor.

—No me lo puedo creer... —murmuró perpleja, cuando relacionó aquella cara con una que había visto hacía poco—. Son como dos gotas de agua.

Pulsó de nuevo el Play para seguir viendo el documental, aunque ya no le prestó la misma atención, pues no se le iba de la cabeza aquella imagen. Tras darle unas vueltas, llegó a la conclusión de que posiblemente el mayordomo de LM tuviese un antepasado nazi o que, como a veces ocurría, los caprichos genéticos habían hecho de las suyas.

—Mírala, ahí, abstraída viendo la tele —comentó Maya dejándose caer en el sofá—. Hija, qué vicio tienes con los reportajes históricos. ¿Seguro que éste no lo has visto ya?

—Lávate las manos —replicó ella cuando su amiga fue a coger una patata de la bolsa.

—Qué hijos de puta eran los nazis —dijo John sentándose también—. Menos mal que perdieron.

—Eh —les advirtió Gilda—, no se os ocurra hacer manitas ni besuquearos en mi presencia,

que ya cansa un poco, ¿estamos?

—¿Y por qué no hacemos un trío? —propuso Maya.

John y Gilda se miraron y ambos negaron con la cabeza.

—Ni hablar, sería como follar con mi hermana —dijo él poniendo cara de espanto.

—Ya, claro, como que te ibas a fijar en mí estando ésta delante —se quejó Gilda—. Seguro que me tocaba aplaudir al final. Paso.

—Pues vete a casa del rarito buenorro y déjanos en paz —replicó Maya.

Gilda lo pensó. Tras la noche anterior no habían quedado en nada y la verdad era que pasar la noche del sábado junto a los tortolitos se le antojaba aburrido. John era divertido, pero estaban demasiado pendientes el uno del otro como para pasar una velada entre amigos.

—Se os va a romper el amor de tanto usarlo —farfulló Gilda, y su amiga se echó a reír mientras negaba con la cabeza.

—¿De tanto usarlo? —repitió John sin entender.

—Que te lo explique ella.

Dejó a la parejita feliz en el salón y se fue a su cuarto. No se iba a presentar en casa de Lesmes con ropa cutre, aunque tampoco con un modelazo de pasarela. Optó por unos vaqueros negros, sneakers rojas, camiseta de Desigual, chaqueta de piel negra y condones con sabor a frutas.

Cuando pasó por el salón para despedirse, los encontró a los dos acaramelados. Él recostado sobre el regazo de Maya, con los pies colgando por el brazo de sofá, y ella acariciando su cabeza afeitada.

—Que lo pases bien, preciosa —la animó John, y Gilda le tiró un beso.

\* \* \*

—¿Vengo en mal momento? —le preguntó Gilda al mayordomo cuando éste le abrió y puso cara rara.

Ella lo miró fijamente. Era clavadito al del documental, aunque llevara un atuendo muy distinto a un uniforme: unos Levi's azul oscuro y una camisa blanca. Eso sí, el pelo rubio repeinado igual. Un figurín, pero que no despertaba en ella ningún deseo.

—Pues no sabría decirte —respondió el rubiales—. Entiendo que vienes a ver a LM.

—Sí.

—Está encerrado en el desván.

—Ah, bueno... —contestó desilusionada.

—Pasa, por favor, iré a ver si puede recibirte —añadió y la acompañó al salón.

Tras dejarla allí con una copa de vino, subió hasta el desván refunfuñando, porque si bien la aparición de Hermenegilda era una buena noticia, a saber cómo reaccionaba el gruñón con el que tenía la desgracia de trabajar y que llevaba encerrado desde última hora de la mañana.

Bastien había conectado aquella maravilla llamada «ordenador portátil» e intentado escuchar

algo, pero el inútil de LM no había colocado los dispositivos donde debía, así que, tras recriminárselo, habían discutido y, claro, ninguno de los dos había sido lo bastante humilde como para aceptar que debían bajarse del burro y buscar otro camino.

Llamó con los nudillos a la puerta y dijo:

—Haz el favor de salir de tu escondrijo, tenemos visita.

—No estoy de humor.

—Como siempre, vaya novedad —masculló Bastien—. Es importante, ponte presentable y baja.

—Que te den por ahí, jodido nazi —gritó LM lo bastante fuerte como para que se oyera en toda la casa.

Gilda, que, llevada por la curiosidad, había salido al vestíbulo, estaba oyendo parte la conversación desde abajo y no le cuadraba nada, porque si el rubiales era el mayordomo, vaya forma de hablarle a su jefe.

¿Jodido nazi? ¿A qué venía eso?

—Cálmate un poco, joder, y haz el favor de comportarte. Ella está aquí.

Gilda contuvo el aliento. Oyó abrirse la puerta.

—¿No es un ardid tuyo para tocarme los cojones?

—Qué paciencia hay que tener contigo. No, no lo es. Ha venido y, la verdad, visto lo gruñón que eres, sigo sin entender a las mujeres de este siglo.

¿Las mujeres de este siglo?

—Está bien, ocúpate de atenderla, ahora bajo.

—Pero ¿qué narices estás haciendo ahí y por qué estás a medio vestir?

—No es de tu incumbencia —replicó LM y le dio con la puerta en las narices.

Gilda se fue con rapidez al salón y se acercó a la ventana, como si hubiera estado todo el rato allí, esperando.

—Enseguida viene. ¿Te apetece algo de picar?

—No, gracias —contestó. Volvió a mirarlo, porque no podía pasar por alto el parecido, así que, procurando sonar educada, le preguntó—: ¿Tienes ascendencia alemana?

Bastien arqueó una ceja ante la curiosidad de la mujer y decidió que la mejor forma de responder, para evitar más preguntas, era hacerlo con la verdad.

—Nací en Hallstatt, Austria.

—Ah, vale —dijo ella—. Pues hablas castellano muy bien, apenas se te nota el acento alemán.

—Austriaco en todo caso —la corrigió con una sonrisa.

LM entró en el salón y la miró. Debía reconocer que su aparición lo había calmado bastante, porque había sufrido otra de sus crisis. La excusa que le había dado a su compañero para encerrarse en el desván era que, tras discutir, no quería verlo, sin embargo, la verdadera razón era que necesitaba estar solo y fustigarse.

Y lo había hecho a conciencia con las disciplinas, las mismas que lo acompañaban desde hacía

siglos. En aquel momento la camiseta que se había visto obligado a ponerse le molestaba, pues tenía la espalda hecha un asco.

—Os dejo, seguro que tenéis mucho de que hablar —dijo Bastien y se despidió de Gilda con un gesto un tanto obsoleto, besándole la mano.

Ella, sorprendiéndolo, sonrió ante aquella galantería.

Una vez a solas, LM se acercó despacio, pues no tenía la menor idea de cómo proceder. Su visita había sido del todo inesperada y prefería que Gilda mostrara sus intenciones.

—Quizá no es buen momento —comenzó ella y LM acortó distancias hasta situarse a pocos centímetros.

No la tocó y no por falta de ganas.

Gilda inspiró hondo.

Preguntarle directamente el motivo de su visita quedaba grosero, así que LM optó por otra fórmula.

—¿Ocurre algo...? ¿Necesitas cualquier cosa...?

Ella hizo una mueca. Responder con la verdad iba a resultar extraño, sin olvidar que él igual la mandaba a paseo por sincera y descarada.

—Pues... —titubeó y se dio cuenta de que no tenía sentido vacilar, así que levantó una mano y la posó sobre el torso masculino. Él colocó inmediatamente la suya encima—. Estaba yo en casa, aburrida y... he pensado en ti.

LM cerró los ojos. Aquello era lo peor que podía escuchar. Si ya antes se sentía culpable, ahora mucho más.

—Hermenegilda...

—Sí, ya lo sé. Me he dado cuenta de que estás muy ocupado...

Él no la dejó terminar y se inclinó para besarla. Con toda la culpabilidad del mundo a cuestas, también la abrazó y enseguida notó sus manos en la espalda, lo que le causó cierta molestia, incluso siseó, pero no se apartó.

A Gilda la desconcertaba un poco aquel comportamiento. De la frialdad a la intensidad con tan sólo un beso. Y, claro, deseaba más, así que no se conformó con besarlo, sino que se aferró a él con más fuerza, sin apartar los labios de los suyos.

LM no esperaba tanto ímpetu, aunque era bienvenido. No obstante, el tacto de sus manos, que en otro momento le causaría bastante placer, en aquel instante le daba vergüenza, aparte de causarle dolor.

Algo que ella interpretó de forma bien diferente, pues creyó que se debía a la excitación del momento y presionó más, sin ser consciente del daño que le hacía.

—Necesito más —susurró.

—¿A qué te refieres? —preguntó LM conociendo la respuesta.

## Capítulo 10

Seguir tocándola allí, en medio del salón, era una temeridad que no estaba dispuesto a repetir. Ahora bien, sintió cierto morbo al considerar la idea de que los pillara Bastien. Pero con o sin morbo, decidió que era más sensato llevarla al dormitorio.

La besó una vez más antes de ofrecerle la mano. Gilda aceptó de inmediato la invitación, sin embargo, no fueron directos a la habitación, sino que hicieron un alto en la cocina. De nuevo LM agradeció en silencio tener un compañero tan sibarita como Bastien, que se había encargado de llenar la despensa.

Por supuesto, a él no le diría nada, que cualquiera lo soportaba después.

¿Tal vez debería pedirle disculpas por criticar su afán de comprar por el maldito internet? Se pasaba el día con el cacharro de diablo visitando a saber cuántas tiendas y haciendo pedidos. A veces la casa parecía una romería, con tanto repartidor.

Abrió el frigorífico y le preguntó a Gilda:

—¿Vino o cava?

—Elige tú, me da igual —musitó ella en respuesta.

LM escogió el vino, quizá menos sofisticado, pero nunca había sabido apreciar el cava. Buscó también copas y un abridor y se marcharon al dormitorio.

Le habría gustado que aquella habitación fuera más acogedora, no obstante, a Hermenegilda no parecía importarle. Además, en cuanto cerraron la puerta y él atenuó las luces, poco importaba el escenario.

Sirvió las copas, y ella apenas dio un sorbo a la suya. Se quitó la chaqueta, que dejó caer sobre una silla, para, acto seguido, deshacerse también de la camiseta y quedarse con un sencillo sujetador negro.

A LM la lencería femenina siempre lo obnubilaba, ya que había sido testigo de la evolución de la misma y la actual era, con diferencia, la más atractiva, aunque para él lo más incomprensible era el tanga. ¿Para qué lo usaban si no cubría nada?

Sin olvidar lo frustrante que era antes desnudar a una dama, nada que ver con los tiempos actuales. Eso sí era progreso y no el maldito móvil.

Y la ropa interior masculina moderna también la aceptaba de buen grado.

Mientras Gilda se desnudaba delante de sus narices, intentó controlarse, deleitarse con la visión que le ofrecía y bebió a sorbos el vino. Cuando ella, sin nada encima, se acercó y le arrebató la copa para apurarla, supo que ya no podía permanecer inactivo por más tiempo.

—Levanta los brazos —le pidió Gilda, con la clara intención de desnudarlo, pero LM se dio cuenta de que si ella veía cómo tenía la espalda haría preguntas que no quería responder, así que optó por mostrarse más agresivo de lo habitual.

La acorraló contra la pared y, antes de que pudiera tocarlo, le levantó los brazos por encima de la cabeza y pegó bien la pelvis a la suya. Gilda ronroneó y movió las caderas hasta hacerlo gemir, pues notaba su erección y quería algo más que un simple roce.

LM disfrutaba de aquel contacto y presionó aún más sus caderas. Ella estaba desnuda y él no, lo que añadía cierto morbo a la escena.

Gilda le permitió semejante demostración dominante un rato. El tejido de los pantalones en contacto con su piel desnuda era sumamente excitante, lo mismo que los besos que LM le daba. Besos que devoraban su boca y a los que respondía con igual frenesí.

—Hummm —jadeó, restregándose con un descaro que a él lo dejaba perplejo—. Quiero más.

—En eso estoy —susurró, mordisqueándole el cuello.

LM, al ver que Gilda mantenía los brazos levantados, dejó de sujetarle las muñecas y así pudo tener las dos manos libres y recorrer cada curva de su cuerpo. Empezó por sus pechos, que amasó con poca delicadeza, siempre atento a las reacciones de ella.

Era para quedarse embobado verla allí de pie, desnuda, apoyada en la pared, gimiendo y contoneándose al compás de sus manos.

Tras acariciarla hasta dejarla desesperada, se puso de rodillas y cerró los ojos, mientras con la lengua recorría su ombligo. Procuró que se mantuviera quieta sujetándola de las caderas.

—Separa las piernas —le pidió con voz ronca y exigente.

—Qué mandón te veo hoy —replicó Gilda sólo por seguirle el juego, porque le costó muy poco obedecer, aunque lo hizo poco a poco, para darle más emoción al asunto—. Y qué ansioso.

—No lo sabes tú bien —murmuró, antes de hundir la cabeza entre sus muslos.

En aquella postura no podía llegar a cada recoveco de su sexo, tal como era su intención, sin embargo, se afanó para que Gilda gimiera cada vez con mayor intensidad, sin importarle ya nada que Bastien la oyera.

—Levanta una pierna —pidió, para complacerla mejor.

Jugó con la punta de la lengua, trazando pequeños círculos alrededor del clítoris, sabiendo que eso la volvería loca y la llevaría a buscar mayor contacto.

Fue malicioso e implacable y a medida que ella se impacientaba por llegar al clímax, él disfrutaba de su sabor, pese a que le resultaba cada vez más complicado obviar que su polla, confinada en los pantalones, pedía libertad.

—Oh, joder... —farfulló Gilda, incapaz de estarse quieta—. Eres malo...

A LM eso le encantó, por supuesto, y se aplicó aún más en llevarla al límite. Utilizó los dedos de forma nada inocente, pues le introdujo el pulgar en el coño y con el resto la tanteó por detrás, buscando ese punto entre sus nalgas tan fascinante como prohibido.

—No puedo más —se quejó ella, arqueando la pelvis y arañándose la espalda de tanto



restregarse contra la pared.

—Ya falta poco —susurró LM.

—Después vamos a intercambiar los papeles y ya verás cómo me suplicas mientras te la chupo. Él tragó saliva ante aquella promesa tan morbosa.

—No me importa quedar en tus manos —admitió y, para que comprendiera hasta qué punto estaba comprometido y ella tuviera luego más argumentos para torturarlo a su antojo, le metió el meñique por detrás.

El gemido de Gilda fue increíble, pero no bastaba, LM quería más intensidad, más placer... quería mucho más de algo que no podía tener. Así que volvió a la carga. Podía proporcionarle un orgasmo inolvidable y no dudó en utilizar cuanto tenía a su alcance, boca, dedos y susurros...

—¿Me estás hablando en latín?

Se dio cuenta de que, llevado por el momento, había metido la pata, pero negarlo era absurdo, así que asintió.

—Es lo más morboso que me han dicho en la vida, suena tan... tan... culto. Me excita de una manera que...

Él continuó llevándola al clímax y lo que menos esperaba era que Gilda se pusiera de repente a recitar:

—*Obscenis, peream, Priape, si non uti me pudet improbisque verbis, sed cum tu posito deus pudore ostendas mihi coleos patentes cum cunno nihi mentula est vocanda.*<sup>1</sup>

Además de quedarse perplejo, LM estuvo a punto de correrse en los pantalones al oír semejante vulgaridad de sus labios.

Y ya cuando añadió «*Capite demisso mihi placet*»,<sup>2</sup> tuvo que desabrocharse la bragueta y liberar su erección. Aquello era insuperable.

Respecto a la construcción de la frase, no la corrigió, podía pasar por alto la sintaxis.

Levantó un instante la mirada, le metió más profundamente los dedos y observó cómo alcanzaba el orgasmo. Aminoró el ritmo y se fue apartando despacio hasta que ella comenzó a respirar con normalidad.

Gilda miró hacia abajo y arqueó una ceja, el pobre seguía arrodillado a sus pies, con una erección nada desdeñable asomando entre sus pantalones.

—Creo que esa preciosidad y yo tenemos un asunto pendiente —musitó señalando su entrepierna.

—¿Preciosidad? —repitió él haciendo una mueca.

—No te pongas quisquilloso y desnúdate —exigió, y él tragó saliva—. ¿O prefieres que lo haga yo?

A LM las órdenes lo volvían loco. La única pega era que debía evitar que ella le viera la espalda, así que se puso en pie y fue caminando hacia atrás hasta chocar con el borde del colchón. Se deshizo primero de zapatos y calcetines. Después se quitó la camiseta y luego se bajó los pantalones.

Se sentó en la cama y esperó a que Gilda se acercara. Ella lo hizo moviendo las caderas, hasta situarse entre sus piernas. Lo empujó para que se tumbara y enseguida se le subió encima.

—Ahora es mi turno... —ronroneó y le mordió el labio inferior.

Ése fue el primer mordisco de una serie con la que fue recorriendo en sentido descendente el cuerpo masculino. Él se mantuvo sumiso, con los brazos en cruz, a su entera disposición.

Gilda le atrapó un pezón entre los dientes y tiró de él, primero con delicadeza y después con más agresividad al ver que LM siseaba. Pero su objetivo era otro y, tras recrearse en los pezones, fue a por el ombligo. Se las ingenió para que su polla quedara bien encajada entre sus pechos y de esa forma conseguir que se volviera loco, igual que había hecho él con ella.

Y por cómo jadeaba, era evidente que iba por buen camino.

—Vas a matarme —suspiró LM.

—Dime guarradas —exigió Gilda restregándose contra él sin pudor alguno.

—¿En latín? —acertó a preguntar.

—Como más te guste.

LM no tenía la cabeza en esos momentos para ser original, ya bastante complicado le resultaba respirar y mantenerse calmado con todo lo que ella le estaba haciendo, como para encima acordarse de las declinaciones latinas.

Intentó hilar alguna que otra frase subida de tono, cosa que le resultaba difícil, pero debió de acertar, porque notó que se volvía más agresiva.

—*Fac tu ardeam cor meum*<sup>3</sup> —jadeó.

Ella prefirió no sacar conclusiones precipitadas y cerró los ojos, mientras separaba los labios para acoger su polla.

—*Favus distillans labias tus, mel et lac sub lingua tua*<sup>4</sup> —añadió al sentir aquellos labios alrededor de su erección.

No quería hacer el ridículo, pero lo iba a hacer. Apenas lo había tocado y ya sentía la tensión en los testículos que anunciaba un orgasmo inminente.

Hubo otra frase que se le pasó por la cabeza, aunque no se atrevió a pronunciarla en voz alta: *Homo sine amore vivere nequit.*<sup>5</sup>

No era el momento y seguramente nunca lo sería. Era más o menos agobiante concentrarse en aquel instante, en el increíble placer que experimentaba, pese a que con cada movimiento involuntario tenía que apretar los dientes, debido al roce de la sábana en su espalda magullada.

Gilda seguía a lo suyo, ajena a las cavilaciones de él, creyendo que sus siseos y murmullos eran sólo producto de la excitación. Estaba encantada devolviéndole el «favor» y no titubeó a la hora de ser tan perversa como lo había sido LM. Así pues, succionó con ahínco al tiempo que le apretaba con cierta saña las pelotas. No oyó quejas, sino un elocuente:

—¡Qué boca tienes!

—Hummmm... —susurró agradecida.

Pero ella sabía que aún podía mostrarse más entusiasta. Mantuvo la presión en sus testículos y

dejó que el meñique se colara por detrás. Él gruñó o algo parecido y Gilda no se apartó, más bien al contrario, movió ese dedo hasta estimularle el ano.

LM se tensó y respiró hondo, ya no podía dar marcha atrás. Aquello estaba siendo demasiado intenso como para no sucumbir. Quiso apartarse, pues sabía que a muchas les daba asco que eyaculara en su boca, sin embargo, Gilda lo tenía bien inmovilizado, así que, tras dos intentos, desistió y, bueno, permitió que la naturaleza siguiera su curso.

Apretó los dientes y dejó que toda la tensión de su cuerpo se concentrara en un punto antes de abandonarle. Ella, lejos de apartarse, continuó acariciándolo mientras LM se relajaba. Después se quedó acostada sobre él, que se sentía incapaz de moverse.

LM sabía que momentos como aquél sólo complicarían más la situación, sin embargo, cerró los ojos. Todo se iba a ir a la mierda, pero se merecía al menos vivir un poco.

## Capítulo 11

En teoría estaba satisfecha, no obstante, se despertó excitada. No tenía idea de cuánto había dormido, sólo que sentía un hormigueo entre las piernas. Suspiró e intentó volver a dormir, sin embargo, sabía que el calor de su cuerpo sólo podría apagarse, o al menos atenuarse, de una forma, y no, no era masturbarse; tampoco una ducha fría. Aunque apretó los muslos, el hormigueo le resultaba difícil de obviar.

Estiró el brazo, dudaba que a LM le importara que lo despertara con caricias. Y todavía quedaban condones con sabor a frutas...

Su mano sólo encontró una sábana vacía.

A tientas, encontró su teléfono y vio que eran las cuatro de la madrugada.

Pensó que quizá LM se había levantado para ir al aseo, pero a medida que pasaban los minutos, llegó a la conclusión de que no era así.

—Qué raro... —murmuró y se incorporó hasta quedar sentada en la cama, con la sábana arrugada en la cintura.

Entonces se dio cuenta de que la puerta estaba entornada y que se filtraba algo de luz. Se levantó y, envuelta en la sábana, salió al pasillo, donde miró a un lado y a otro; le pareció oír voces procedentes de la planta inferior.

¿Una visita a las cuatro de la madrugada?

Lo más lógico habría sido volverse a la cama, no obstante, llevada por una curiosidad absurda, pues si LM había tenido que atender a una visita a esas horas a ella le daba igual, fue hasta la escalera y comenzó a descender. Eso sí, despacio, para no llamar la atención.

Ah, y para no caerse de morros al ir envuelta en una sábana.

—Me parece muy bien que folles con ella cuanto te venga en gana, y no te voy a criticar por eso, pero deberías hacer tu trabajo. No colocaste los putos micrófonos donde correspondía —le recriminaba Bastien.

—Déjame en paz, joder, hago lo que puedo.

¿LM discutiendo con su mayordomo? Qué raro, pensó Gilda, al reconocer ambas voces.

—Era algo muy sencillo. Sin embargo, me da que pensaste con la polla, en vez de con la cabeza.

—No te pases. Tú no estabas allí, en esa familia vuelan las dagas.

—Algo que deberías haber aprovechado a tu favor —continuó recriminándole Bastien.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Se nos acaba el tiempo. ¿Es que no te das cuenta?

—No voy a recibir órdenes de un puto nazi, ¿entendido?

«¿Puto nazi?»

—No te me pongas exquisito, señor inquisidor. Estamos aquí para cumplir una misión y ya empieza a cansarme tu actitud. O asumes la realidad, o te vas a tomar por el culo —masculló el austriaco—. Te pasas el día refunfuñando, encerrado en ese desván haciendo a saber qué.

«¿Señor inquisidor?»

—Ya te dije que no es asunto tuyo —replicó LM de malas maneras y rotó los hombros para aliviar un poco la tensión.

—Pues sí lo es, porque deberías dejar de mirarte el ombligo. Puede que lleves cuatrocientos años siendo un amargado, pero ése no es mi problema.

«¿Cuatrocientos años?»

—Ya te ha salido la vena autoritaria. Pero esto no es el Tercer Reich —le espetó LM furioso, porque le estaba amargando la noche, con lo bien que la había empezado.

«¿Tercer Reich?»

—Desde luego un poco de disciplina no vendría mal, que mira en la mierda en la que estamos metidos.

Pero ¿de qué hablaban aquellos dos locos?

Gilda escuchaba la conversación intentando descifrar qué tipo de juego se traían ambos, pues nada tenía lógica.

—¿Quieres disciplina? —replicó LM amenazante.

—Vaya, ya apareció el inquisidor, ¿me vas a torturar? ¿De qué me vas a acusar? —lo provocó.

—De ser gilipollas.

—Al menos no has perdido tu retorcido sentido del humor.

—Yo no le veo la gracia por ningún lado. Y deja de hacer bromas sobre torturas. Puede que vosotros os divirtierais ejecutando a judíos sin ton ni son, pero deberías tener al menos un poco de consideración.

—¿Tú me vas a hablar de consideración? —replicó Bastien alzando la voz—. Anda, no me jodas. ¿A cuántos mandaste quemar vivos? ¿Cuántas denuncias falsas admitiste para hacer méritos?

—Eran otros tiempos —se defendió LM entre dientes—. Intentábamos proteger la fe de contaminación.

—Ya, claro —se burló el austriaco.

—Lo vuestro fue... —LM se detuvo en busca de un calificativo apropiado—... una masacre.

—Aprendimos de los mejores —replicó Bastien señalándolo con el dedo—. Y ahora no me vengas con bobadas de fe. Son excusas.

Gilda no salía de su asombro. A cada palabra que escuchaba se sentía más desconcertada.

—Mañana hablaré con Astarté y pediré que me asignen a otro compañero para esta misión —

dijo LM en un tono bajo, amenazante.

—¡Y una mierda! —exclamó Bastien molesto—. Me he pasado setenta y cinco putos años escondido en abadías oscuras y frías, aburriéndome como una ostra. He tenido que permanecer callado y estudiar un montón de estupideces y todo para que ahora tú decidas que no sirvo.

—Deberías haber estado cien años —le soltó LM—. Así que no te quejes.

«¿Setenta y cinco años escondido?»

—Voy a llevar a cabo esta misión con o sin tu ayuda, ¿entendido? Ya me las ingeniaré para conseguir información sobre esos cuadros. Al fin y al cabo, conocí personalmente a Longinos Alcázar de Virrey.

«¿Por qué mencionan a mi bisabuelo?», se preguntó Gilda, frunciendo el cejo, porque si ya la conversación había sido surrealista, que nombraran a su antepasado empezaba a preocuparla.

—Un tipo fanático, egoísta y, lo peor de todo, ignorante. Pero tuvo suerte y le salió bien la jugada —continuó Bastien.

—Todos los tontos tienen suerte...

—Éste más que ninguno, y encima, cuando acabó la guerra, se encargó de ayudar a muchos de nosotros a escapar, cobrando una generosa comisión. Desde luego, ingenio no le faltaba. No como al nieto, que ha arruinado a la familia —explicó Bastien.

—Intuyo cierta inquina.

—Pues sí. No soportaba a ese gordo despreciable. Tuve que hacer negocios con él por obligación. Y nos estafó más de una vez.

—¿Jugaba a dos barajas?

—Más o menos.

—Ahora veo el verdadero motivo de tu interés... —reflexionó LM.

—Sí, lo admito, es una forma de matar dos pájaros de un tiro. Ayudamos a la familia Wagensberg y de paso...

—Haces justicia —remató LM y Bastien asintió.

Gilda no podía permanecer más tiempo allí y menos escuchando cómo aquellos dos chalados hablaban de su familia. Vale, ella era la primera en admitir que los Alcázar de Virrey no eran trigo limpio y que el origen de su fortuna era opaco, no obstante, que la estuvieran utilizando ya era otro cantar.

Se dio media vuelta, dispuesta a vestirse y salir de allí lo antes posible, pero con tan mala suerte que pisó mal y tropezó con la sábana.

—¡Oh, joder! —farfulló agarrándose al pasamanos para no rodar escaleras abajo.

Su exclamación alertó a Bastien, que, al estar más cerca de la puerta, salió de la cocina y la sorprendió en lo alto de la escalera intentando cubrirse con la sábana.

—Mierda. Mierda. Mierda...

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó LM saliendo también al pasillo.

—Acabo de verle las tetas a tu chica, aunque ése no es el mayor de los problemas —contestó

el otro con humor.

LM alzó la vista y cruzó la mirada con Gilda, que ya se había cubierto con la sábana, aunque su expresión no presagiaba nada bueno.

—Será mejor que me vaya —murmuró ella, dispuesta a volver a su casa y convencerse de que aquello era un mal sueño.

Ya se llamaría idiota más tarde.

—Espera, por favor —rogó LM—. Tenemos que hablar.

—Deja que se vista primero, hombre —intervino Bastien con cierto recochineo.

—Me voy a casa —respondió ella y dio media vuelta para subir al dormitorio y recuperar su ropa, porque así, desnuda, se sentía con muy poca seguridad.

—Habla con ella —sugirió el austriaco, y LM subió tras Gilda, dispuesto a convencerla para que al menos lo escuchase.

Ella comenzó a vestirse de forma torpe a causa de los nervios. Era incapaz de procesar todo lo que había escuchado. Aparte de no tener ni pies ni cabeza, habían mencionado a su familia y ahí sí que ni hablar.

Cuando se ató los cordones de las zapatillas y se puso en pie, miró a LM, que permanecía en silencio junto a la puerta, con los brazos cruzados, y entonces, además de preocupación, sintió miedo.

—¿Me vais a secuestrar? —preguntó en voz baja, controlando su nerviosismo; sin éxito, pues no acertaba a anudarse los cordones.

—¿Qué?

—Para chantajear a mi familia.

—¡No, por Dios! —se apresuró a decir él.

Quiso acercarse a ella, pero permaneció inmóvil.

—¿Entonces?

—Sólo queremos hablar contigo —le dijo en voz baja, sintiéndose miserable.

Luego le hizo un gesto para que lo siguiera y ella lo miró con evidente desconfianza. Pero sabía que no podía gritar o luchar contra él para escaparse estando allá arriba, así que decidió que lo más sensato era seguirle la corriente y una vez en la planta baja ya vería el modo de escapar. Había llegado en taxi, por lo que se complicaba la huida.

—Prepara café, lo vamos a necesitar —exigió LM a su compañero, una vez que se sentaron en la cocina.

—A ti no te gusta —replicó Bastien.

—No es para mí, nazi, es para ella.

—Tú no eres el mayordomo, ¿verdad? —preguntó en voz baja Gilda.

—Pues no —respondió Bastien, aliviado por quitarse semejante cargo de encima—. Yo nunca he servido a nadie.

—Sólo al Führer —añadió LM con retintín.

—Dejad ya esa comedia, por favor —les pidió ella, porque todo aquello le producía dolor de cabeza.

Bastien sirvió dos cafés y se sentó junto a ellos. Después miró a su compañero y dijo:

—¿Hasta qué punto podemos contarle la verdad a esta zorra sin que...?

De repente, se llevó las manos a la cabeza y gimió de dolor.

—Es que no aprendes... —dijo su compañero.

—¿Qué le pasa? —inquirió Gilda sin comprender.

—Es un cabezota supremacista.

—Vale, lo siento, lo siento —masculló Bastien, y el dolor fue desapareciendo.

—Supongo que este caso es especial y podemos ser sinceros con ella. Astarté lo entenderá.

—¿Astarté? —repitió Gilda—. ¿Una divinidad tartésica?

Los dos hombres se miraron entre sí y luego fijaron su atención en ella.

—¿La conoces? —preguntó LM.

—Os recuerdo que soy licenciada en Historia —replicó—. Y, por favor, ya vale ya de esto que os traéis entre manos.

—¿Qué sabes de ella? —insistió Bastien interesado.

Gilda resopló y, como si fueran dos alumnos cortos de entendederas, explicó:

—No hay muchos datos sobre la civilización tartesia. Conocemos su ubicación en el sur de la península Ibérica, pero apenas existen referencias. Las primeras datan del siglo VI antes de Cristo. Se ha especulado mucho sobre su desaparición, aunque hoy en día se acepta que la civilización tartesia fue barrida por Cartago en sus luchas contra Grecia. Hay yacimientos, como el de Carmona, en Sevilla, en los que se puede apreciar el grado de desarrollo de su civilización. Respecto a su religión, se cree que eran politeístas y que una de sus divinidades era Astarté.

Cuando terminó su resumen los miró a los dos, que mantenían una expresión difícil de interpretar, aunque podría parecerse a la perplejidad.

Chasqueó los dedos para hacerlos reaccionar.

—Joder... Tiene buenas tetas y encima es lista —comentó Bastien.

—¿Perdón? —graznó ella.

—Déjalo, está desfasado —intervino LM, fulminando a su compañero con la mirada—. Vamos a lo que importa.

—¿Alabar los pechos de una mujer está feo?

—Sí —respondió Gilda.

—Pues no lo entiendo, deberías sentirte agradecida.

—Otro día se lo explicas —le comentó a Gilda—. Ahora no nos vayamos del tema. Necesitamos tu ayuda.

—No voy a traicionar a mi familia —afirmó ella, intuyendo por dónde iban los tiros—. Además, estáis grillados. Primero lo llamas nazi... Luego me habláis de una divinidad de hace miles de años..., también de la Inquisición... ¿Qué fumáis?



Ambos hombres se miraron sin comprender.

## Capítulo 12

—Yo no fumo —respondió LM.

—Pues con lo que te gusta hacer fuego... —se guaseó el austriaco.

—*Domine, patientia.*

—¡Dejadlo ya o me largo! —exclamó ella y, si bien podía escabullirse, pues en ningún momento ellos habían intentado coaccionarla, le había entrado la curiosidad.

—Saca el trasto ese que tanto te entusiasma —le pidió LM a su compañero.

—¿Cuál de ellos? Estoy loco con la tecnología moderna.

—La mierda esa con la que estás todo el santo día haciendo pedidos —masculló LM.

—Ah, la tableta. ¡Qué invento!

Gilda se frotó las sienes. De loquero, aquellos dos estaban de loquero.

—Busca tus fotos y muéstraselas para que lo entienda —le indicó y Bastien torció el gesto.

—¿Y por qué le voy a enseñar mis fotos? Se supone que tú le vas a explicar quién eres.

—Como no le muestre una pintura al óleo de cuando era niño... —replicó con sarcasmo.

—Ah, bueno, es cierto.

Bastien se puso a trastear con la tableta hasta que encontró las fotografías que probaban su identidad y se las mostró a Gilda.

Ella las miró para no hacerles un feo y lo primero que vio fue una identificación nazi en la que se leía: Bastien von Hayek, *obersturmbannführer*. Nacido el 10 de abril de 1905, en Hallstatt, Austria. Pasó a la siguiente imagen, una en la que Bastien, vestido con el uniforme de entrenamiento, posaba delante de un biplano.

—Un Arado Ar 76 de los años treinta... —murmuró anonadada y Bastien arqueó una ceja, pues muy pocas personas conocían datos como ése.

Gilda pasó a la siguiente.

—Éste es un...

—Messerschmitt BF109 —lo interrumpió ella—. Qué pasada... —Dejó la tableta a un lado y miró al rubio—. ¿Por qué me enseñas fotos de tu abuelo?

—Es él —indicó LM y añadió con inquina—: Es un puto nazi.

—Era —lo corrigió el aludido—. Lo dejé hace tiempo. Pero tú las mañas de inquisidor no las pierdes con el paso de los siglos.

—¡¿Ya estamos otra vez con esa tontería?! —exclamó Gilda—. Ponme otro café, anda.

—No soy el mayordomo —replicó Bastien ofendido—. Y el de las fotos soy yo, joder.

—Vamos a ver, si naciste en 1905... no puedes aparentar cuarenta, te pongas como te pongas, por muy rubiales que seas —razonó ella.

—Me duele, Hermenegilda, me duele que no me creas —dijo él. Y para que ella viese que decía la verdad, se cuadró y hasta le hizo el saludo nazi.

LM puso cara de desprecio, aunque reconoció para sí que tal vez eso surtiera efecto.

—Vale, me trago el cuento de que tú eras teniente.

—Teniente coronel de la Luftwaffe —puntualizó Bastien.

—Lo que sea. Entonces —señaló a LM—, ¿tú qué eras?

—Inquisidor —admitió él en voz baja.

—Del Santo Oficio —añadió Bastien con recochineo. Y uno de los mandamases, trabajaba en el Tribunal de Valladolid.

Gilda recordó entonces la alusión de su padre a una familia de Medina del Campo, aunque... ¿cómo podía siquiera considerar aquella burda mentira?

—Ya. Claro. ¿Y qué me vas a enseñar para demostrarlo? Porque aquí el rubiales se lo ha currado un poco con el Photoshop.

—Eso me ha dolido —se quejó Bastien—. Y que conste, el Photoshop me encanta, pero aún no consigo dominarlo bien del todo.

—¿Me estás vacilando? —preguntó Gilda, y él negó con la cabeza.

—No, maldita sea.

LM, hastiado, se puso en pie y se quitó la camiseta.

—¿Y ahora un *striptease*? —preguntó con ironía, pero cuando él se dio la vuelta y le mostró la espalda, se quedó muda.

Muda e impresionada, porque tenía la piel marcada de arriba abajo. Gilda tuvo que inspirar hondo, pues no estaba preparada para ver aquello. Y menos después de haberle clavado las uñas mientras follaban. ¡Y él no había protestado!

Bueno, puede que sí lo hubiera hecho, pero entre gemidos era difícil saberlo.

—¿Eso es lo que has estado haciendo escondido en el desván todo el puto día? —inquirió Bastien, controlándose para no estallar—. ¿Qué tienes ahí arriba montado? ¿Una puta sala de tortura?

Gilda, incapaz de quedarse sentada, se acercó hasta LM y observó su espalda. Sí, tenía marcas recientes, muy recientes, así que supuso que se las había hecho ese mismo día. Entonces entendió por qué había querido que estuvieran a oscuras y por qué le había costado tanto desnudarse.

Pero no se conformó con mirar. Con cierta cautela, alzó el brazo y recorrió una marca que arrancaba del hombro derecho y se perdía por debajo de la axila. Notó la rugosidad, por lo que debía de ser muy antigua.

—Voy a preparar más café.

—Yo necesito algo más fuerte —dijo Gilda sin mirar a Bastien.

—A ver si hay algún licor por la casa.

—¿Te lo has hecho tú? —le preguntó a LM, mientras continuaba examinando su piel con cuidado.

—Por lo visto le va el rollo duro y se fustiga —respondió Bastien en su lugar.

—Cállate, joder —ordenó ella—. Deja que conteste él.

—Gracias —musitó LM—. Las más recientes sí.

—¿Y las otras?

Él se dio la vuelta y se puso la camiseta. Se avergonzaba, porque cuando se azotaba era por pura cobardía, porque se sentía tan desesperado que no encontraba otra forma de canalizar su angustia. Otra manera era buscar a alguien que le infligiese el castigo que creía merecer, aunque desde que había conocido a Gilda había sido incapaz de acudir a sus sesiones periódicas de dolor.

—Intuyo que fueron la causa de tu muerte —aportó Bastien sin rastro de mala leche, pues se abrió la camisa y mostró sus propias heridas, que en su caso eran unas marcas en el costado.

—Por favor, no sigáis con esa cantinela —les rogó Gilda.

Miró a ambos, pero su expresión seria hizo que dudara; no obstante, la lógica decía que todo aquello era imposible.

—¡Cuéntale algo sobre tu vida! —lo exhortó Bastien, desesperado por convencerla—. Y así de paso nos enteramos todos. Como por ejemplo en qué año naciste.

—En el año del Señor de 1560 —respondió LM en voz baja, casi avergonzado—. En la villa de Medina del Campo.

Gilda frunció el cejo, ya le parecía mucho choteo aquel sainete.

—Sigue, no te pares ahora —lo apremió Bastien, resoplando ante tanta pachorra.

—Soy... era el tercer hijo del marqués del Alto Roble...

LM continuó relatando detalles de su vida. Su compañero ya conocía algunos, pero otros le llamaron la atención, como por ejemplo que ocupó importantes cargos, como el de juez de apelación de la diócesis de Sevilla y posteriormente oidor en la Chancillería de Valladolid.

—Qué apasionante... —murmuró mientras escuchaba sin pestañear.

—Yo también estoy flipando —dijo ella con sarcasmo.

—¿Y cómo fue lo tuyo? —indagó Bastien pasando por alto el tonito de Gilda, pues conocer a su compañero le parecía fundamental y como LM siempre se mostraba tan hermético, ahora podía satisfacer su curiosidad.

—Con el traslado de la capital del imperio a Valladolid, muchos asuntos administrativos se trasladaron a Medina del Campo, entre ellos el Tribunal de la Inquisición, así que volví a mi tierra natal.

—*Exurge domine et judica causam tuam*<sup>1</sup> —comentó ella.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bastien.

—¿No has estudiado latín? —replicó LM.

—No, no me entraba de ninguna de las maneras.

—Es el lema que aparece en el escudo de la Inquisición —le aclaró Gilda.

—Entonces, nada bueno, seguro —comentó él—. Anda, sigue, habías vuelto a tu pueblo, ¿y?

LM no le corrigió eso de «pueblo».

—Nuestra familia siempre rivalizó con otra de la comarca y, claro, mi padre aprovechó mi puesto para saldar cuentas, de modo que aparecieron unas cuantas denuncias que debía tramitar. Corría el año 1602.

—En los Tribunales de la Inquisición había que demostrar la inocencia, no la culpabilidad —apuntó Gilda, que a pesar de no creerse nada de todo aquello, seguía intrigada con la historia.

LM asintió.

—Así que se inició el proceso. Se detuvo al denunciado, que negó los cargos, creyendo que debido a su posición social se libraría con facilidad, algo que no ocurrió. Se lo sometió al procedimiento habitual...

—Tortura a lo bestia —dijo Bastien.

—Habló el experto —replicó LM.

—¡Por favor! —estalló Gilda y añadió—: Se llamaba darles tormento.

—Exacto. El caso es que el hombre seguía en sus trece y la familia empezó a protestar usando sus contactos. Yo tenía que desplazarme a Valladolid para unos asuntos y en el camino nos asaltaron. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Pensé que eran simples salteadores y di orden a los guardias de que les entregaran unas monedas, sin embargo, pronto me di cuenta de que venían a por mí.

Gilda escuchaba atenta el relato, sin duda era el argumento ideal para una película. No se creía ni una sola palabra, pero quería conocer el final.

—Desarmaron a los guardias y después me obligaron a salir del carruaje. Iban embozados, pero su forma de expresarse decía a las claras que eran de buena cuna. Me desnudaron y me ataron a un árbol antes de empezar a darme latigazos...

—Hasta que perdiste el conocimiento —susurró Bastien, y LM asintió.

—Cuando lo recuperé estaba en una cueva. Recuerdo el frío, la humedad, pero no que me doliera el cuerpo, pese a que debía de tenerlo hecho un asco, tampoco me fijé demasiado.

—Pásame esa botella de brandy —dijo Gilda, porque aquello tenía visos de acabar muy mal.

—Una joven me cuidaba y alimentaba...

—A mí me tocó una vieja asquerosa.... ¡Ay, joder!

Bastien se llevó las manos a la cabeza ante el repentino dolor.

—¿Qué le pasa?

—Que no aprende.

—No nos dejes con la intriga —masculló el rubio, todavía con expresión de dolor.

—Pasé no sé cuántos días allí, recuperándome, hasta que la chica que me cuidaba me hizo una proposición. La rechacé y la acusé de ser una bruja.

—¿Ves? Tú dices algo así y no te pasa nada —comentó Bastien.

—Es que yo lo digo con respeto —se defendió LM—. El caso es que continuó cuidándome y lo más lógico era que mis heridas fueran sanando y no al revés.

—Mejor me callo lo que pienso al respecto para evitar represalias —masculló su compañero.

—El dolor empezó a ser insoportable y, a pesar de que iba en contra de todas mis creencias, acepté el brebaje que me ofrecía, así como su propuesta. Abjuré de mi fe para salvarme.

—Con la idea de no cumplir la promesa, ¿me equivoco? —preguntó Bastien, y LM asintió.

—Pero cuando me recuperé y entendí la situación, me di cuenta de que habría sido mejor aceptar mi destino y morir desangrado en aquel camino.

—Hombre, llevas así más de cuatrocientos años... Entiendo que se te esté haciendo un poco largo —apuntó el austriaco con humor.

—Se acabó —exclamó Gilda y se levantó—. Esta historia es cojonuda, no lo niego, y tú, digas lo que digas, eres un genio del Photoshop, pero yo me voy a mi casa. Y ya, respecto al lío con mi bisabuelo, mejor paso, porque no tengo cabeza para más.

—Espera, por favor —le rogó LM.

«Estos tíos se creen que soy imbécil», pensó ella mirándolos. Vale, LM tenía la espalda hecha una birria, y el otro, a pesar de su parecido... Que no, que aquella historia no podía ser real.

—Tu padre está en la ruina —afirmó Bastien y eso la hizo detenerse junto a la puerta—. Va a intentar vender dos cuadros de su colección privada, esa que nunca ha querido exponer.

—¿Cómo sabes...?

—*Atardecer en el lago y Señora con pañuelo rojo* —añadió LM, que había leído el informe unas cuantas veces—. Ambos pertenecían a Etta Wagensberg, una mujer de origen judío que vivía en Viena. Ella logró escapar a Estados Unidos. A pesar de haber perdido parte de su fortuna durante el expolio nazi —Bastien resopló—, tenía fondos en bancos extranjeros y eso le permitió empezar una nueva vida.

—No entiendo nada... —dijo Gilda—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Sus sucesores llevan años intentando recuperar el patrimonio familiar, han conseguido avances en los tribunales, no obstante, todavía quedan flecos y uno de ellos es tu familia —explicó LM.

—Tu querido bisabuelo hizo muchos negocios con nosotros —continuó Bastien—. Y nos engañó. Mira esto...

Le mostró copias de los recibos que emitía Longinos Alcázar de Virrey cuando cobraba sus servicios. Gilda los leyó con interés y sí, por el aspecto y el tipo de letra, parecían auténticos.

—Tu familia atesora obras de arte que consiguió de forma digamos fraudulenta, lo mismo que su fortuna, aunque el dinero no se puede recuperar.

—¿Y qué pretendéis que haga yo? ¿Traeros los cuadros?

—Si pudieras sería fantástico —contestó el austriaco.

—Era coña —dijo ella.

—A veces no pillo ese retorcido sentido del humor que os gastáis por aquí —se quejó Bastien.

—No, ya sabemos que no nos puedes entregar los cuadros —intervino LM—, pero sí facilitarnos su paradero exacto. También sería estupendo hacerles fotos, aportar documentos, de esa forma la familia Wagensberg podrá acudir a los tribunales y conseguir que no se desestimen sus demandas, como ha pasado hasta ahora.

Gilda frunció el cejo. Ella había visto esos cuadros cientos de veces y siempre se sintió fascinada por el de *Señora con pañuelo rojo*.

Y sí, tenían razón, nunca se exhibían.

—¿Y por qué no han logrado nada en los juzgados?

—Porque tu familia tiene contactos y no hay pruebas de la existencia de esas pinturas, ya que nunca han salido a la luz.

—¿Y cómo sabéis que las tiene mi padre?

—Porque yo se las entregué a tu bisabuelo —aseveró Bastien—. Joder, que era nazi. Expoliamos cuanto pudimos y gente como tu bisabuelo hizo negocio con nosotros. Nos ayudaron, pero no lo hicieron gratis.

—Y dale con lo de nazi. Que no me trago ese cuento —se enfadó Gilda.

—¿Nos ayudarás? —preguntó LM.

—Respondedme, si puede ser con la puta verdad, ¿vosotros qué ganáis con esto? Aparte de tener un guion cojonudo para una peli de aventuras.

Ambos se miraron y LM fue el primero en responder:

—Nada. —Ella arqueó una ceja—. Es nuestra obligación. Hicimos un juramento: servir a Astarté.

—No me digas...

—Y, por si no lo has..., ¿cómo decís ahora?, ¿pillado?, somos inmortales.

## Capítulo 13

—¿Inmortales? ¡Ja! —masculló Gilda, mientras esperaba a que su ordenador estuviera operativo.

Lunes por la mañana. En su puesto de trabajo. Ya había gente con el número en la mano para ser atendidos y a ella lo único que le apetecía era escaquearse, pero el pesado de Anselmo, su jefe, andaba merodeando por allí.

En vez de dar por el saco, podría trabajar un poco más, pero no, prefería zascandilear, arrimarse más de la cuenta y dar consejos inútiles.

Y ella tenía la cabeza como un bombo, de dormir poco y pensar mucho.

Se había pasado todo el domingo encerrada en su habitación, fingiendo un dolor de estómago, para poder pensar o al menos intentarlo. Bueno, y también para no coincidir con los osos amorosos con los que compartía casa. A la menor oportunidad se hacían arrumacos y, si bien les deseaba lo mejor, prefería no ser testigo de tanto cariño.

Mientras fingía estar pachucha, acostada en su cama, escuchando música, un popurrí de todo lo que tenía en el móvil, pensó en la conversación mantenida con aquellos dos pirados. El uno había nacido a principios del siglo xx, lo cual de por sí ya era raro de cojones, pero el otro... ¿en 1560? Sí, claro, y según su trola, muy bien estructurada, por cierto, murió en 1602, es decir con 42 años. Así que ahora tendría más de cuatro siglos. Hale, como Matusalén, pero en versión ibérica.

¡Se había acostado con un tipo del siglo xvi!

Desde luego, si se le ocurría contárselo a alguien, la tomarían por loca. Y luego estaba el temita de Astarté. Bueno, bueno, bueno, qué imaginación...

Una divinidad tartésica en el ajo. Desde luego, como guionistas no tenían precio, porque eran cojonudos.

—¿Gilda?

—¿Hummm?

—Tienes a gente esperando —le dijo Anselmo, acercándose más de lo debido.

Como siempre y encima con aquella colonia tan fuerte que enmascaraba la falta de higiene.

Atender a ciudadanos con semejante cacao en la cabeza le iba a resultar complicado, pero como no le quedaba otra, Gilda se puso a ello.

Cuando estaba con un contribuyente un tanto chulito, que la había saludado diciendo «Espero que seas la funcionaria lista, porque guapa ya veo que lo eres», oyó un bullicio procedente del vestíbulo y se puso en pie para ver qué ocurría. Los dos seguratas de la entrada impedían el paso



a una mujer de color, vestida con un chándal fucsia y un bolso enorme y ella exigía una explicación.

A ver, el atuendo de la mujer era cuestionable, pero no podía ser motivo suficiente para impedirle el paso.

—Qué poca vergüenza tienen algunas —comentó con desdén el hombre al que estaba atendiendo ella—. Y encima se queja.

—Vaya pintas de pordiosera —añadió Anselmo, que estaba a su lado.

—¿Se ha negado a pasar el bolso por el escáner? —preguntó Gilda, pues era obligatorio y se prohibía la entrada a quienes no lo hacían.

—Seguro que en ese bolso sólo lleva mierda —dijo el tipo riéndose y Anselmo lo imitó.

Uno de los guardias de seguridad sujetaba a la mujer del brazo con muy malas formas, pero de repente la soltó y se apartó como si hubiera sufrido un calambrazo.

—¡Señora! —gritó, para que la mujer se detuviera, aunque ella ni lo miró.

—Joder, viene hacia aquí —dijo Anselmo y se largó a su oficina.

El tipo al que estaba informando Gilda, se apartó con cara de asco.

—Buenos días —saludó ella a la mujer, cuando se detuvo ante su mostrador.

No pudo poner toda la buena cara que debería, pues no era su mejor día.

—Hola —contestó la mujer resoplando, mientras sacaba del enorme bolso un montón de papeles—. Mi gestor, que es un inútil, me ha dejado colgada y ahora tengo que presentar el impuesto de sociedades y no sé cómo hacerlo.

—Vamos a ver... Déjeme su identificación.

Al meterse en la base de datos, vio que la señora era la administradora única de una empresa que facturaba más de cien millones de euros anuales y que pagaba puntualmente sus impuestos.

Gilda disimuló la sorpresa.

Le explicó que debía hacerlo telemáticamente y que lo más recomendable era que buscara un contable que hiciera las cuentas. También la informó de los plazos y, cuando acabó, la mujer, con una sonrisa, le agradeció su atención.

—¿Ya se ha ido? —preguntó Anselmo, asomándose desde su despacho.

Gilda suspiró y, en vez de responderle, fingió estar muy ocupada mirando la pantalla de su monitor. En ese momento se dio cuenta de algo muy importante: ella tenía acceso a una base de datos increíble, la de la Agencia Tributaria, y no pasaría nada si hacía una búsqueda.

Introdujo el nombre completo de LM sin resultados. Revisó la ortografía, por si lo había escrito mal y de nuevo lo mismo: ningún resultado.

—Esto no es posible... —murmuró, porque todo hijo de vecino estaba fichado por Hacienda.

Probó con los datos del austriaco.

Tampoco salió nada.

Probó con los apellidos de LM sin introducir el nombre y ahí sí aparecieron varios contribuyentes. Los revisó uno por uno, pero no pudo relacionarlos con él.

—Vaya cara tienes... —comentó Maya acercándose.

—Estaba buscando unos datos y no aparecen. ¿Puede haber alguien en este país que no figure en nuestra base de datos?

—Pues no. ¿Por qué?

—Vamos a tomar un café y hablamos...

\* \* \*

Tras la conversación con Maya, lejos de sacar algo en claro, continuaba tan confundida como al principio. Lo cierto era que no había sido capaz de contarle a su amiga lo que sabía de aquel par de pirados, se había limitado a mencionar que ninguno de los dos aparecía en la base de datos y habían estado elucubrando sobre posibles explicaciones a tal circunstancia. Como por ejemplo que pudieran ser dos narcos y que por tanto sus ingresos no figurasen en ningún sitio.

Maya apuntó que podían ser ciudadanos extranjeros y no estar bajo el control de la Agencia Tributaria, pero eso podía servir para el rubiales, no para el otro.

No, tenía que haber otra explicación.

Una razonable.

Nada de tipos que viven siglos.

\* \* \*

Cuando llegó a casa, Gilda se encontró a John haciendo pesas en el salón. Por uno de esos misterios de la vida, Maya se había ido a hacer la compra sola.

—Hijo mío de mi vida, no provoques a esta pobre mortal —comentó ella abanicándose, pues verlo así, sólo con un pantalón de deporte y sudadito, acaloraría a cualquiera.

Él se limpió el sudor con una toalla y Gilda resopló.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Gestos de cachas a mí no, ¿eh?, a mí no!

John se echó a reír y se acercó a ella.

—A ver, ¿qué te pasa?

—Que corra el aire... —murmuró, dando un paso atrás y riéndose—. No es un comentario racista, no lo malinterpretes, pero estás más bueno que el pan con chocolate.

—Te veo muy rara...

Gilda torció el gesto y asintió. Entonces le dijo:

—Tú eres americano americano, ¿no? De esos que salvan al mundo dos veces al año.

John estalló en carcajadas.

—Qué cosas tienes. Y sí, soy ciudadano americano —afirmó sin dejar de reír y ella frunció el cejo—. Gilda, me estoy preocupando, de verdad.

—Suenas igual que en las pelis. Repítelo.

—Soy ciudadano americano —dijo él obediente.

—¿Ves? Oyes eso y ya te acojonas. En fin, ¿me harías un favor?

—Sabes que sí.

—¿Cualquier cosa?

—Por supuesto —afirmó John sin titubear.

—Ponte una camiseta.

—¿Ése es el favor? —preguntó, divertido con sus ocurrencias.

—No, es otro, pero con la camiseta muchísimo mejor.

—Venga, ¿en qué puedo ayudarte?

«Y encima se pone una blanca ajustada», pensó ella, poniendo los ojos en blanco.

—¿Tienes... bueno... ya sabes... contactos con el FBI o la CIA o alguna agencia de esas americanas que todo lo saben?

John arqueó una ceja, pues era lo último que esperaba.

—¿Estás metida en algún lío? —le preguntó preocupado.

—¿Qué? ¡No! No, nada de eso —le aclaró—. Es que he conocido a un tipo muy... raro. El raro buenorro, como lo llama tu novia.

John se rio entre dientes ante el apodo escogido por Maya.

—Ah, vale. ¿Y lo quieres investigar? —Ella asintió—. ¿Por qué? ¿Tiene pinta de criminal?

—Eh... pues no. Creo...

—Mira, puedo llamar a algún contacto, ¿de acuerdo? Y hacer preguntas. Ahora bien, si ese tipo te da mala espina ¿no sería más lógico que te alejases de él y punto?

—No es tan sencillo —se justificó Gilda.

—¿Cómo se dice aquí...? ¿Las cosas del querer?

Ella le dedicó una sonrisa triste y asintió.

John cogió su móvil y pasó de ser el tipo distendido y amable a uno serio, profesional. Y encima con aquel tono de americano prepotente. Gilda sabía inglés, no tanto como le gustaría, pero sí lo suficiente como para saber que John se estaba dirigiendo a alguien muy importante.

Él le hizo un gesto para que le escribiera los nombres de los interfectos y Gilda se apresuró a obedecer. Tras entregarle la nota, cruzó los dedos para que no saliera nada malo. Sin embargo, cuando John frunció el cejo, se puso en lo peor.

—Suéltalo ya, sea lo que sea —le pidió cuando colgó el teléfono.

—No te lo vas a creer...

—¿Son dos terroristas de los más buscados y nos van a dar una recompensa alucinante por informar de su paradero? —preguntó ella recurriendo al sarcasmo.

—Son dos fantasmas.

—¿Perdón?

—No existen registros de ellos en ninguna base de datos.

Gilda se echó hacia atrás en el sofá y cerró los ojos.

—La única posibilidad es que estén utilizando nombres falsos, pero aun así... no cuadra. ¿Sabes? —prosiguió John—, por lo general, quienes quieren ocultar su pasado, por la razón que sea, crean una identidad completa. Se inventan una vida para que resulte menos sospechoso.

—Gracias por todo —murmuró ella y le dio un apretón de mano—. Eres mi «muy mejor amigo».

—Ahora soy yo quien te quiere pedir un favor.

Gilda miró de reojo a aquel grandullón que ahora tenía cara de niño asustado.

—Tú dirás.

—Quiero pedirle a Maya que se case conmigo —dijo—. Hasta tengo comprado el anillo, pero...

—¿No te atreves a declararte? —inquirió confundida.

—En parte, aunque hay otro asunto... —John suspiró y se pasó una mano por su cabeza afeitada—. Voy a pedir un destino en una base militar, como instructor.

—No te sigo...

—Me gustaría que fuera en una base de aquí, para estar cerca de Maya, pero es algo que no me garantizan.

—Háblalo con ella, seguro que lo entiende.

—Ésa es la cuestión. Dejará su trabajo y me seguirá y yo no quiero que renuncie a su vida por mí.

A Gilda se le escapó una lagrimilla. Aquello era amor del bueno, y lo demás, sucedáneos.

—¡Ay, John, qué bonito!

—¿Qué hago? No quiero separarme de ella de nuevo.

—No soy la más idónea para dar consejos, mi vida sentimental es un caos. Pero decidáis lo que decidáis, os apoyaré.

—Gracias.

—¿Puedo ver el anillo?

—Por supuesto.

Se dirigieron al dormitorio de ellos y John sacó de su maleta el estuche de joyería. Se lo entregó a Gilda, que lo abrió con cuidado.

—¿Te lo quieres probar? —pregunto él, al ver su cara de admiración.

—No, ni hablar, esto sólo va a estar en el dedo de Maya.

Cerró el estuche y se lo devolvió. Después le dio un fuerte abrazo, al que John correspondió.

—¡¿Qué está pasando aquí?!

—He decidido robarte el novio. Como yo tengo tan mala suerte con los hombres y John es tan buen mozo...

—No, si al final vamos a hacer un trío, ya lo verás —dijo Maya alegre—. Y ahora decidme la verdad, ¿qué estabais haciendo aquí los dos escondidos?

—Gilda me ha pedido que hiciera unas llamadas...

—¿Todavía estás con la tontería de investigar al rarito buenorro?

—¿Debo sentirme celoso?

—Mejor os dejo, que ahora viene la parte de ponerlos mimosos.

Gilda se despidió de John y de su amiga y se fue a su cuarto.

Tenía que averiguar la verdad sobre aquellos dos lunáticos. Para empezar, por orgullo, ya que le habían tomado el pelo. Segundo, y no por ello menos importante, porque estaba claro que se habían acercado a ella para sonsacarle información, no porque les resultara atractiva. Se había acostado con un pirado que encima sólo buscaba acercarse a su familia y eso era muy duro de asumir, aunque después de lo de Benigno ya estaba curada de espanto.

O al menos eso le gustaba creer.

Con música de fondo, que siempre se piensa mejor, llegó a la conclusión de que para desenredar aquel barullo lo más sensato era recurrir al origen, es decir, a su padre. Sólo él podía aclararle ciertos aspectos.

Seguro que a su padre le encantaba la idea de comer con su hija, pues siempre le recriminaba lo poco que se veían.

## Capítulo 14

—¿Y ahora qué hacemos?

—Que dejes de merodear a mi alrededor, por ejemplo —refunfuñó LM, que se sentía enjaulado, frustrado y muy culpable.

Enjaulado porque no tenía adónde ir, frustrado porque la misión se iba a pique y culpable por haberse acercado a una mujer con la única intención de sacar provecho.

Llevaban todo el día sin salir de casa, y Bastien dando por el saco. No había dejado que se encerrara en el desván y, para evitarlo, no había dudado en darle un patadón a la puerta, rompiendo el cerrojo.

—Vete a trastear con la maldita tableta. ¿No tienes que comprar más cachivaches?

—He descubierto una página donde venden unos látigos... ¿Cuándo es tu cumpleaños? Te regalaré uno que he visto, seguro que te entusiasma —se guaseó el otro, ganándose una mirada asesina.

LM sabía que pegar a un compañero estaba prohibido, pero ganas no le faltaban con tal de que Bastien se callara, aunque luego él tuviera que pasar confinado una larga temporada en algún lugar remoto del planeta.

—Ve a hacer algo con todos esos juguetes tecnológicos que tienes y déjame tranquilo.

—Nunca pensé que diría esto, pero echo de menos un buen libro.

—Creo que no tengo ninguna edición de *Mein Kampf*, pero si vas a dejar de dar la lata, ahora mismo salgo a comprarte una.

—Que no salga de aquí, pero no conseguí leerlo hasta el final.

—Vaya nazi que estás tú hecho —replicó LM, que, a pesar de querer estar solo, estaba entrando al trapo en la conversación.

—Lo mismo que os pasa a vosotros con el *Quijote*, que ninguno lo habéis leído, pero sacáis pecho cuando se habla de él —adujo Bastien.

—Razón no te falta, aunque en mi caso debo decir que fue una de las primeras obras que leí durante mi reclusión. Y, por favor, no me compares *Mein Kampf* con el *Quijote*.

—Ah, te pilló el año del lanzamiento, ¿eh?

A pesar de las reticencias, ambos empezaron a conversar sobre literatura, ya que durante sus respectivos años de aislamiento los libros habían sido una excelente válvula de escape para no acabar desquiciados.

También hablaron de música y ahí LM sí admitió que gracias al progreso podía escuchar sus

composiciones favoritas en cualquier momento.

—¿Y el cine? ¿Qué me dices de las películas de ahora? —preguntó el austriaco—. Qué pasada en comparación con las de los años veinte, aquello era una birria. El expresionismo alemán no me convence, cuando vi *Der Letzte Mann* salí aburrido del cine, ¿a quién le importa la vida de un portero jubilado?

LM torció el gesto, no estaba de acuerdo.

—Tú naciste cuando el cine ya estaba inventado, pero ponte en mi lugar, siglos y siglos sin nada de eso y de repente puedes ver imágenes en movimiento. Yo asistí en 1985 a la proyección de *La sortie de l'usine Lumière à Lyon* y, como el resto de los presentes, me quedé anonadado, a pesar de que no duraba ni un minuto.

—Yo hasta *El ángel azul* no le cogí gusto al cine... —comentó Bastien nostálgico—. Y cuando pude conocer en persona a la Dietrich... Qué mujer...

—¿Y no eres fan de Fritz Lang? Es austriaco como tú.

—No me disgusta, aunque creo que *Metrópolis* está sobrevalorada.

—Los críticos no opinan lo mismo —rebatí LM—. O puede que a los dirigentes no les gustase, también prohibieron *El testamento del Dr. Mabuse*.

—Es que Goebbels era muy suyo y le gustaba controlarlo todo —adujo Bastien—. Digamos que aplicaba el mismo principio que vosotros con el índice de libros prohibidos.

LM sonrió, ya estaba tardando en lanzarle un ataque.

—Se llama *Index Librorum Prohibitorum et Derogatorum* —le recordó.

—Ya sabes que el latín no es lo mío. Por cierto, ¿cuál es tu película favorita?

—*El hundimiento* —respondió LM sin dudarle, porque le había puesto en bandeja devolverle la pulla.

—Tu sentido del humor es cuanto menos peculiar, señor inquisidor... Aunque, fíjate, creía que ibas a responder *Malditos bastardos*.

—Razón no te falta... El personaje de Hans Landa, pese a ser un nazi, es magistral.

—Yo me quedo con Diane Kruger, por supuesto.

—Veo que mis chicos se han hecho amigos...

—¡Joder, qué susto! —exclamó Bastien al ver entrar a una gitana en el salón sin siquiera llamar a la puerta. Miró a LM y le preguntó—: ¿Cómo se puede saber que va a venir?

—Siempre vengo sin avisar —dijo Astarté y se acomodó en el sillón de enfrente.

—No entiendo tu comportamiento, ni te inmutas —replicó Bastien, señalando a su compañero, que se encogió de hombros.

—Te acostumbras.

—¿No me vais a ofrecer nada de beber?

—Pensaba que las divinidades no tomaban nada...

—¿Tú te alimentas del aire? —replicó ella.

Bastien no respondió, pero vio una oportunidad de hacerle un poco la pelota, de ahí que fuera

el primero en ofrecerse y, como no había parado de comprar por internet, tenían de todo, aunque al final su jefa le pidió un té.

—Vamos a lo importante. Habéis fracasado —dijo Astarté sin ambages—. Del novato cabría esperarlo, en cambio de ti, Lesmes, me sorprende.

—Encima nos cae una regañina. Genial... ¡Ay, joder!

—No me interrumpas cuando estoy hablando. No hay manera con este hombre —murmuró ella mirando a LM, que asintió—. En vista de los resultados, tendremos que buscar otra estrategia.

—Soy todo oídos. Y no es ironía —comentó Bastien.

—He hablado con Yakov, se hará pasar por marchante de arte ruso que compra obras para los magnates de su país.

—¿El cosaco? —inquirió LM frunciendo el cejo.

—No me digas que tenemos un cosaco en nómina —replicó Bastien con aire guasón—. Por cierto, ¿hay un listado oficial de miembros? Lo digo para no meter la pata.

—El mismo —le confirmó ella a LM y después se dirigió al austriaco—. Y no, no hay un listado oficial. Ya irás conociendo al resto.

—En fin, podría ser peor... —murmuró LM, porque en el pasado tuvo sus más y sus menos con el ucraniano.

—La idea es tentar al señor Alcázar de Virrey para que pique el anzuelo.

—Ya sé que voy a preguntar una tontería, y por favor no me reprendas por ello —empezó Bastien e hizo una pausa, porque el asunto lo tenía que plantear con muchísimo respeto—, pero siendo una divinidad, con ciertas habilidades, como por ejemplo aparecer en un espacio cerrado sin pasar por la puerta...

—No me hagas la pelota —lo interrumpió ella en tono de advertencia.

—¿Por qué no usas esos poderes para colarte en la casa de los Alcázar de Virrey y conseguir los cuadros?

Astarté suspiró para armarse de paciencia y miró a LM en busca de ayuda.

—De haber querido organizar un robo, buscaría a una banda profesional que se encargara de ello —respondió ella finalmente—. Sin olvidar que tener ciertos poderes conlleva una responsabilidad.

—Si consiguiéramos los cuadros, las joyas o lo que se nos encarga, de modo ilícito, las personas que desean hacer justicia después no podrían conservar esos bienes de forma lícita y, en el caso que nos ocupa, la familia Wagensberg tendría que esconder los cuadros, y lo que ellos quieren, además de recuperarlos, es un reconocimiento público y eso sólo se logra mediante una resolución judicial que los avale —amplió LM la explicación.

—Visto así... —murmuró Bastien.

—Además —prosiguió Astarté—, ¿para qué os querría entonces a vosotros?

—Sin olvidar que, en teoría, nuestra organización funciona sobre la base de hacer buenas obras. De alguna forma, todos nosotros hemos cometido atrocidades, cada uno lleva su propia



mierda a las espaldas, por eso estamos aquí, para compensar nuestros desmanes del pasado — apostilló LM.

—Yo no lo habría explicado mejor —dijo Astarté.

—Entendido —murmuró Bastien algo avergonzado.

—Y porque a mí me da la gana —remató ella—. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—De momento —mintió.

—A lo que vamos. Yakov llegará en tres o cuatro días.

—Ve haciendo pedido de licores —le dijo LM a su compañero—. Lo vamos a necesitar.

—¿Bebe hasta caer sin sentido? —inquirió Bastien.

LM miró de reojo a Astarté antes de responder, por si se ganaba una reprimenda en forma de pinchazo, y como vio que su jefa se encogía de hombros, dijo:

—No, la bebida es para nosotros, porque la única forma de aguantarlo es estar borrachos.

El austriaco se rio entre dientes.

—Creo que ya está todo... —Astarté se dirigió hacia la puerta.

—Un momento —la interrumpió Bastien—, queda un asuntillo...

—Te escucho —dijo la diosa mostrándose paciente.

—Verás, aquí el inquisidor y yo pues... nos fuimos un poco de la lengua...

Ella miró a uno y a otro alternativamente a la espera de obtener más información.

—¿Y?

—Le contamos a Hermenegilda Alcázar de Virrey quiénes somos.

—Y de dónde venimos —añadió LM en un intento de hacer un chiste, aunque gracia tenía más bien poca.

—Se supone que sólo tenías que seducirla —replicó ella dirigiéndose a Bastien—. No presumir de tus logros como piloto, que nos conocemos.

—Pensamos que, si le decíamos la verdad, ella colaboraría —apostilló LM, echándole un cable a su compañero.

—Y ella se echó a reír...

—Más o menos.

—No me extraña. Es una mujer bastante sensata e instruida. Y amable, eso también.

Ambos hombres fruncieron el cejo.

—¿La conoces? —preguntó LM.

—¿Qué pregunta es ésa? —se burló el austriaco—. Ella es una divinidad, lo sabe todo.

Astarté puso los ojos en blanco.

—Qué más quisiera yo, señor Von Hayek, aunque deberíamos prescindir del Von, que eso se anuló allá por 1919, tras la caída del Imperio austrohúngaro. Y, respondiendo a tu pregunta, Lesmes, sí la conozco porque me he molestado en ir hoy a su trabajo.

De nuevo los dejó a los dos ojipláticos.

—¿Y? —preguntó LM muy interesado.

—Lo que sospechaba, es lista y educada. Ah, y atractiva, aunque creo que eso ya lo sabéis...

—¿Y si habla de nosotros, de nuestro secreto?

—Dudo mucho que vaya contando por ahí nada de lo que le revelasteis.

—¿Seguro?

—¿Quién la creería?

—Visto así...

—Bueno, ahora ya sí que me voy, que tengo cosas que hacer.

—¿Pedir en la puerta de la iglesia del Carmen? —se guaseó Bastien, ganándose una mirada de advertencia.

—Perdón, perdón —se disculpó, levantando las manos.

—Acompáñame al coche —le pidió Astarté a LM.

Él le ofreció el brazo y, una vez en el exterior, miró el impresionante Mercedes deportivo sin hacer ningún comentario, para evitar represalias, porque hacía mucho que había aprendido a no cuestionar a su jefa.

—He preferido tratar este asunto a solas contigo. Ya sé que aprendiste muy bien la lección en su momento y que en todos estos años no has vuelto a desviarte del camino, por eso te pregunto, y espero que me respondas con sinceridad, ¿te has encariñado más de lo prudente con la señorita Alcázar de Virrey?

«Desviarse del camino» significaba implicarse demasiado con un mortal. E «implicarse» no significaba necesariamente una relación sentimental. También tenían que mantener otros sentimientos a raya. Por ejemplo, no podían establecer relaciones de amistad.

—No sé cómo responder a esa cuestión.

Ella suspiró.

—Al menos no me mientes. Es un comienzo. Lesmes, no hace falta que te recuerde el compromiso que te une a mí. Creo que en tantísimos años ya has asumido que esto es para siempre.

—Eso no quita para que uno albergue esperanzas de romper las cadenas.

—La esperanza, esa debilidad humana —reflexionó ella—. No te culpo, aunque es una gran pérdida de tiempo. Ahora bien, si te ayuda a seguir adelante, no me opondré a que pienses en obtener una libertad que jamás estará a tu alcance.

LM agachó la cabeza. Lo sabía muy bien, pero de vez en cuando se permitía el lujo de olvidarlo. Y caer en esa falsa ilusión significaba sufrir, pues como bien había dicho Astarté, no existía forma alguna, ni divina ni humana, de romper el vínculo.

A veces le llegaban rumores sobre algunos que, desesperados por volver a ser mortales, cometían todo tipo de locuras, como consumir drogas, confiando en que su organismo se colapsara. Otros practicaban deportes extremos por si sufrían un accidente mortal.

Era perder el tiempo y LM había llegado a pensar que Astarté se divertía con las locuras de sus chicos y chicas. E incluso que los animaba para que se desfogaran.

LM lo hacía flagelándose o contratando los servicios de alguien para que lo maltratase. Y sí, su cuerpo mostraba los signos de esa salvajada, sin embargo, se regeneraba.

Astarté le pasó las manos por la espalda y todas las cicatrices recientes desaparecieron, quedando únicamente las que pidió que nunca se le borrarán.

—Busca una alternativa para tus crisis. Maltratar tu cuerpo, como ya habrás averiguado, no sirve de nada.

LM le sostuvo la puerta abierta para que se acomodara en el asiento del conductor y esperó a que se marchara antes de regresar a la casa, donde, con toda probabilidad, Bastien lo acribillaría a preguntas.

No lo culpaba, pues él mismo pasó por ese periodo de novato en el que todo le resulta desconcertante. El austriaco a veces era un grano en el culo, sin embargo, no era tan intratable como le pareció al principio, y, bueno, empezaba a apreciarle.

Aunque no lo admitiría delante de él ni muerto.

Bueno, qué más quisiera, porque lo de morirse era imposible.

## Capítulo 15

Gilda había pasado la semana más extraña de su vida, entre sus obligaciones laborales y un sinfín de sueños eróticos. Éstos no tenían por qué suponer ninguna novedad, pues de vez en cuando atravesaba periodos más o menos calenturientos que, o bien resolvía con sus manos, o intentaba hacerlo con el amante de turno.

Lo preocupante de la última semana había sido la temática. Había soñado todo tipo de encuentros sexuales (hasta ahí nada nuevo), pero en diferentes épocas históricas. Su imaginación, sugestionada sin duda, había ideado múltiples escenarios y, si ya era para hacérselo mirar, lo más surrealista sin duda era quién tenía como protagonista cada una de sus «películas» histórico-eróticas.

«Qué malas pasadas juega el subconsciente», pensaba cada mañana al despertarse acalorada, cuando la alarma del móvil interrumpía su fantasía.

Había mantenido un tórrido encuentro en un molino medio derruido, mientras ella y su pareja se escondían de las tropas napoleónicas. Le habían dado al tema en un galeón del XVIII que partía hacia las Indias, sin olvidar el polvo (polvazo) que habían echado en una falúa real que recorría el Tajo. Para una apasionada de la historia, no existían límites a la hora de imaginar escenarios.

Y tras esa semana intensa, complicada, desquiciante, por fin tenía sábado y domingo para descansar y además todo el apartamento para ella, ya que Maya había reservado un fin de semana en un hotel de esos temáticos para parejitas. Al menos no tenía que oírlos dale que te pego.

Sábado por la mañana, Gilda no tenía ningún plan, al menos ninguno interesante, porque organizar su armario no podía considerarse un planazo. Y tampoco tenía uno aceptable para su cuerpo, que pedía un poco de acción. Pasar por alto el hormigueo entre sus piernas no resultaba sencillo, así que deslizó una mano dentro de sus bragas y comenzó a tocarse.

La idea era ir deprisa, al grano, aliviarse al menos en parte, y se puso a ello. Frotaría su clítoris y alcanzaría un orgasmo exprés. Pero en cambio fue aminorando el ritmo y recorrió con la yema del dedo su sexo empapado. Gimió bajito, un tanto contenida, aunque al medio minuto se dio cuenta de que estaba sola en la casa y que, por tanto, si quería jadear y gritar a nadie molestaría.

Mientras se masturbaba, cerró los ojos. ¿Qué escenario le apetecía más? Se imaginó que se encontraba en la decadente Francia prerrevolucionaria. Excesos, perversiones, pelucones, polvos de arroz e innumerables rincones, discretos o no, donde dejarse corromper por un marqués o por un criado, ¿qué más daba? Ella era una aristócrata aburrida en busca de placeres carnales.

Siguió adelante con su fantasía y tocándose. Estaba anocheciendo, alguien había dejado una

ventana abierta y se oía la algarabía del exterior. Había elegido para amante de turno a un clérigo, pues en más de una ocasión se dejaba llevar por sus más bajas pasiones y fornicaba con miembros de la Iglesia, porque éstos, contra toda lógica, conocían muy bien el cuerpo femenino.

El hombre ya le había levantado el vestido y, como ella le había pedido a la doncella que le dejase el corpiño flojo, también podía acariciarle los senos.

El desconocido —bueno, a lo mejor no lo era tanto, pues un rostro aparecía en su mente— ya le había metido dos dedos y le susurraba obscenidades en latín; ella se mordía el labio. Los encuentros inesperados siempre destilaban mucho morbo y por eso Gilda no se conformaba con un manoseo. Palpó su erección por encima de la tela, animándolo a que se desvistiera a la mayor brevedad. El amante entendió la urgencia y enseguida se colocó entre sus muslos. Ambos gimieron, y él, para acallarla y evitar ser descubiertos, la besó de forma salvaje, al tiempo que, como casanova experimentado, le alzaba una pierna para penetrarla.

Ella se mordió el labio, el clérigo tenía una buena verga y además empujaba con verdadera maestría, exactamente lo que necesitaba para alcanzar el clímax y sofocar de alguna manera la calentura que en los últimos días la agobiaba.

Era increíble la cantidad de palabras soeces que conocía el siervo de Dios, mucho más picantes que las de los nobles con los que a veces compartía cama.

Gilda estaba a punto, entre su imaginación desbordante y sus dedos tocando cada punto sensible de su sexo, le faltaba muy poco para liberar toda la tensión. Lo notaba en cada nervio de su cuerpo. Estaba ardiendo. Apartó la sábana a un lado, clavó los talones en el colchón y se corrió.

La fantasía se disolvió, lo único que quedó fue el rostro del amante y le daba bastante rabia que fuera el de LM, pues anda que no había curas atractivos en el mundo para fantasear.

Se quedó en la cama tumbada, algo más relajada, pensando qué podía hacer para pasar el día. Para su desgracia, en su cabeza se reproducía igual que un disco rayado la surrealista conversación que mantuvo con aquel par de dementes.

Puede que la mayor parte fuera una trola, pero algunos detalles...

—¡Mierda! —exclamó de repente, al darse cuenta de una cosa.

Los dos cuadros que habían mencionado, *Atardecer en el lago* y *Señora con pañuelo rojo*, en efecto, tal como ellos habían dicho, nunca se habían expuesto.

Periódicamente recibían ofertas de museos para exponer la colección privada de la familia, pues los Alcázar de Virrey tenían fama de ser amantes del arte, pero Leopoldo, su padre, siempre se negaba. Alegaba que no se podía fiar de nadie, que luego igual buscaban excusas para no devolver los cuadros.

A ella le parecía ridícula aquella explicación, no obstante, optaba por no discutir y se limitaba a disfrutar de la colección en privado. Pero lo curioso era que muy poca gente conocía al detalle qué obras poseía la familia y así y todo, ellos habían mencionado dos de los cuadros más importantes.

¿Cómo lo habían averiguado?

No pudo responder a esa interesante pregunta, pues justo en ese momento sonó su móvil. Estiró el brazo un tanto desganada, porque no le apetecía hablar con nadie. Vio en la pantalla que se trataba de su padre y, la verdad, era de quien menos esperaba una llamada.

—Buenos días, papá —dijo al descolgar.

—Hola, Hermenegilda. ¿Te pillo en mal momento?

Ella torció el gesto.

—Depende de cómo se mire. ¿Qué ocurre?

—Hija, ya sé que la cena no salió como esperaba...

—Ésa es una forma muy elegante de decir que salió como el culo —lo corrigió ella.

Gilda oyó suspirar a su padre.

—Te he llamado para invitarte a comer.

—Te lo agradezco. Sin embargo, no estoy de humor para aguantar a Lourdes y sus estupideces.

—Tú y yo solos.

Se sentó en la cama, porque la invitación era cuanto menos extraña. Un sábado..., ellos dos a solas... Algo ocurría, su padre no la llamaría sólo para fomentar la relación paterno-filial.

Pero a ella se le había ocurrido ya la idea de quedar con él y tenía muchas preguntas que hacerle, así que le dijo:

—De acuerdo, papá. ¿Dónde nos vemos?

—¿El Cienfuegos te parece bien?

—Perfecto.

\* \* \*

Nada más llegar ella al restaurante, le indicaron que su padre la esperaba en un comedor privado. Eso no la sorprendió, pues, en la medida de lo posible, su familia evitaba mezclarse con la gente, pese a que la clientela del Cienfuegos era bastante selecta.

Él se acercó para saludarla con afecto y Gilda respondió de igual manera, no tenía sentido rechazar aquel gesto, pese a las diferencias que los distanciaban.

Enseguida los atendieron y empezaron a hablar de cosas banales.

—Me gustaría hablarte de un asunto... muy serio —dijo él, cuando se agotaron los temas inocuos.

«Ya me parecía a mí demasiada cordialidad», pensó ella.

—Si es algo referente a la familia, sabes que procuro no involucrarme. Hace tiempo que me desvinculé. Y, por favor, ahórrate las justificaciones sobre el comportamiento de mi hermanastra.

—Enriqueta te quiere.

—Y lo demuestra cada día —murmuró Gilda con sarcasmo.

—Está bien, dejemos ese tema.

Su padre parecía preocupado.

—Tenemos serios problemas financieros, Hermenegilda.

—¿Y?

—Necesitamos tu ayuda.

—¿Perdón? —murmuró, porque ella estaba fuera del testamento, no recibía ni un céntimo de su padre y todo lo que había logrado era gracias a su esfuerzo y a la herencia de su madre.

—Verás..., en los dos últimos años hemos realizado inversiones que no han sido todo lo rentables que preveíamos. Benigno ha intentado buscar financiación.

—¿Benigno?

—Bueno, ya sabes que confiamos en él.

Su ex y ahora cuñado era, en teoría, un experto en finanzas y desde hacía tiempo se había hecho cargo de la empresa familiar. Todo quedaba en casa.

—Te queda el sueldo de militar retirado, es bastante generoso, podréis hacer frente a los gastos.

—No es suficiente. Nuestro estilo de vida...

Gilda resopló. El estilo de vida de Lourdes... Aquello era gastar y lo demás tonterías.

—¿Tan difícil es recortar gastos?

—Ya sabes cómo es Lourdes.

Claro que lo sabía. Una secretaria que llegó con una mano delante y otra detrás a la vida de su padre, que se quedó embarazada para cazarlo y que, cuando lo logró, no dudó en vivir por todo lo alto. Mientras las riendas las llevaba el abuelo de Gilda, que era un as en asuntos económicos, el patrimonio familiar se incrementó y se podía vivir a todo trapo, por lo que Lourdes, al casarse, no se privó de nada.

—¿Y qué pretendes que haga yo?

—Ya sé que tu enfrentamiento con Lourdes hace que te muestres recelosa, pero piensa en tu hermana.

—Hermanastra —puntualizó—. ¿La misma que se acostaba con mi novio?

—Gilda, si no dejamos atrás los errores del pasado...

—Un error hubiera sido quitarme un vestido de fiesta sin mi permiso, o bien leer mi diario a escondidas, y te aseguro que ambas cosas las hizo. Eso se lo podría llegar a perdonar, sin embargo, no se me olvidarán todas las mentiras que contaron sobre mí a lo largo de los años y que tú te creíste sin escuchar mi versión. O, ya que hablamos de gastar sin control, cuando Lourdes me llevaba a tiendas de saldos para comprarme lo básico y después se marchaba con Enriqueta a *boutiques* de lujo y te decía que se había gastado no sé cuánto conmigo.

—Sé que fui injusto contigo... Por eso he hablado con mi abogado y voy a incluirte de nuevo en mi testamento.

—No, gracias. Puedo valerme por mí misma —le recordó orgullosa.

—Gilda, estoy en serios apuros económicos y he tomado una decisión complicada.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque ya te he dicho que necesito tu ayuda. Verás, voy a poner a la venta algunos de los cuadros.

—Yo no soy marchante de arte —dijo, controlándose para no dejarlo plantado.

—Lo sé, hija. La cuestión es que... esas pinturas no pueden salir a subasta pública.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque el Estado, amparándose en la Ley de Patrimonio, podría ejercer el derecho de tanteo y ofrecería una cantidad muy por debajo de lo que valen.

—Aun así, lograrías una sustanciosa inyección de dinero —apuntó ella.

—Prefiero hacer una compra-venta privada. Verás, algunas de esas obras, me avergüenza tener que decirte esto, pero algunas obras, las más importantes, no pueden salir a subasta porque no podemos certificar la propiedad.

—Espera, espera, ¿qué me estás diciendo? —preguntó interesándose, ahora sí, por los problemas familiares.

—Durante la guerra, mi abuelo ayudó a muchos nazis a escapar a Argentina y parte del pago se realizaba con obras de arte requisadas. Como comprenderás, si una casa de subastas las anuncia, los herederos podrían reclamarlas.

—Joder... —masculló Gilda, al darse cuenta del significado de la confesión de su padre.

—Y la tercera razón para vender de forma privada es evitar impuestos.

—¿Cómo dices?

—Ahí es donde necesito tu ayuda. Trabajas en la Agencia Tributaria y, cuando consiga liquidez y pague las deudas, sería bueno que, en caso de levantar sospechas, tú parases cualquier investigación. O al menos intentases minimizarla.

Gilda inspiró hondo.

—A ver si me he enterado bien. Tienes en tu poder obras confiscadas y que, por tanto, no son legítimamente tuyas. Quieres venderlas de extranjis para sacar más tajada y, además de ahorrarte impuestos, evitar posibles sanciones, y para ello no dudas en poner en peligro mi integridad como funcionaria. ¿Es eso?

—Antes que nada eres mi hija. Y la familia...

—¿Esa familia que me metió interna para no aguantarme? ¿La misma que se negó a pagarme los estudios?

—Al final hiciste la carrera que querías —apuntó su padre con cierto tono acusatorio.

—Gracias a la herencia de mi madre, no a tu ayuda ni a la del abuelo. Ambos me dijisteis lo mala persona que era.

—¿Aún te queda dinero de esa herencia?

—Sí y ni se te ocurra pedírmelo para salvaros el culo —le advirtió.

—Está bien, me conformo con contar con tu ayuda.

Gilda se rio sin ganas.



—¿Y por qué no te pones en contacto con las familias a las que les robaron esos cuadros y negocias con ellos? Podrías... no sé, pedirles una pequeña compensación por haberlos conservado.

—¿Estás loca? ¿Te haces una idea de qué familias son?

—No, dímelo tú.

—Los Wagensberg, por ejemplo. Es una poderosa familia de origen judío que vive en Estados Unidos. ¿Qué crees que harán si saben que yo tengo los cuadros que pertenecieron a su familia? Pues presentar una demanda judicial y quitármelos sin indemnización. Amén del descrédito social si se sabe que en el pasado colaboramos con el régimen nazi.

Gilda, además de censurar la avaricia y falta de integridad de su padre, no salía de su asombro. Cada dato que escuchaba confirmaba la historia que le habían contado los que ella había tomado por dos lunáticos.

—¿Y cómo vas a vender unos cuadros sin garantizar el origen?

—Siempre hay coleccionistas dispuestos a pagar el precio y a hacerlo de forma anónima.

—Me largo de aquí —dijo y se puso en pie—. Esto me supera, papá.

—¡No puedes dejarnos en la estacada!

—Adiós. Que os vaya bien.

## Capítulo 16

Una vez fuera del restaurante, Gilda inspiró varias veces para calmarse. Tenía ganas de romper algo, de chillar o de cambiarse el apellido.

No era ninguna novedad que en la familia Alcázar de Virrey había trapos sucios, negocios que rayaban la ilegalidad y, por supuesto, comportamientos como el de su padre, que a los seis meses de enviudar ya se había casado con su secretaria, que, para más inri, estaba preñada. Eso sí, cada domingo se daba golpes de pecho durante la misa dominical y en primera fila, para que todos lo vieran.

Todo eso ya no debería sorprenderla ni mucho menos afectarla, en cambio, seguía doliéndole. Su padre la llamaba y ella picaba el anzuelo, porque era una ingenua y albergaba la esperanza de poder mantener por fin una relación cordial con él, sólo para después llevarse la enésima decepción.

Actuar en caliente es siempre la peor opción, no obstante, subió a un taxi y, en vez de darle la dirección de su casa, le dio otra a la conductora: la de los dos locos. De acuerdo, estaban chalados, pero habían dado en la diana en algunas cosas y tenía que aclarar un par de detallitos con ellos.

Un par o más.

No tenía muy claro si iban a recibirla después de cómo se había largado, pero no le quedaba más remedio que hablar con ellos.

Pagó la carrera y, tras despedirse de la taxista, caminó nerviosa hasta la verja. Se limpió el sudor de las manos en el pantalón y llamó al telefonillo. Nadie le preguntó nada, simplemente oyó el chasquido que desbloqueaba la cancela.

«Bien —pensó—, ya he pasado la primera barrera.»

Al llegar a la puerta principal, no le hizo falta llamar, LM la estaba esperando. No supo descifrar su expresión. Tampoco es que esperase fanfarrias y una alfombra roja.

En vista de que no le impidió la entrada, caminó hasta la cocina y allí se quedó de pie. En ese momento tenía que mover ficha y, si bien una actitud combativa no era la mejor estrategia, dijo:

—Antes de nada, gracias por abrirme la puerta. Si he venido es porque estoy dispuesta a ayudaros, aunque tengo condiciones.

—Te escucho.

—La primera, prepárame un café —pidió y LM arqueó una ceja.

—Lo siento, no puedo complacerte, soy incapaz de hacer funcionar ese trasto. Pero —le hizo

un gesto— siéntete como en tu casa.

—Gracias —murmuró y se dispuso a elegir una de las cápsulas—. Por cierto, ¿estás solo?

—Sí. Bastien ha salido —respondió sin dar más datos, porque su compañero era uno de esos tipos extravagantes a los que les gustaba correr.

—¿Volverá pronto? —preguntó ella mirándolo de reojo e intentando no pensar en las fantasías que durante la semana la habían acompañado.

—No lo sé.

Se quedaron en silencio, Gilda disfrutando del café y él con los brazos cruzados, observándola, sin poderse creer que hubiera vuelto. Al verla bajar del taxi, además de la sorpresa había sentido algo peligroso, cercano a la emoción, pues, aunque fuera del todo desaconsejado, la echaba de menos.

Y para un hombre como él, sentir algo como eso significaba peligro, decepción, sufrimiento.

Gilda se terminó el café y enjuagó la taza. Por más que lo miraba, no lograba imaginárselo con hábitos, tonsura y dictando sentencias de muerte.

Él permanecía de pie, callado, con aquel aspecto de hombre maduro, vistiendo un sencillo pantalón gris y camisa blanca.

—¿Quién era Papa en 1602?

—Clemente VIII. ¿Por qué?

Gilda torció el gesto. LM había respondido con rapidez y sin titubear. Bueno, era un dato relativamente fácil, así que probó con otro.

—¿Quién era el inquisidor general en el año 1602?

—Hubo dos, Fernando Niño de Guevara, arzobispo de Sevilla, y Juan de Zúñiga y Flores, obispo de Cartagena —respondió LM, también sin titubear.

—¿Cómo puedes saber eso?! —exclamó atónita—. Yo he tenido que mirarlo en Google mientras venía hacia aquí.

Él se encogió de hombros.

—Era habitual conocer el nombre de nuestro superior —contestó sin inmutarse.

—No tiene sentido... Es que no puede tenerlo...

LM la entendía, porque su cabeza intentaba procesar la información desde la lógica, sin dejar espacio a otra posibilidad. Durante los primeros años, él también sufrió un debate interno, en su caso más complicado, pues sus férreas creencias religiosas lo ataban y restringían su capacidad de abrir la mente a otros pensamientos. Le costó años aceptar otra perspectiva. Leyó libros que él mismo, como inquisidor, hubiera prohibido sin dudarlos y habló con gente que le mostró otra realidad. Fue duro asumir que todo aquello en lo que había creído y por lo que había condenado a más de un infeliz no era la verdad absoluta.

—Deja de darle vueltas —le aconsejó manteniendo la distancia, pese a que le hubiera gustado acortarla y hasta acariciarla—. Has dicho que vas a ayudarnos. Me alegro, Hermenegilda.

—¿No quieres saber qué me ha hecho cambiar de opinión?

—Puedes contármelo, si así lo deseas —dijo con suavidad.

—No, mejor no —murmuró ella, porque bastante duro era asumir qué tipo de padre tenía, como para encima mencionarlo en voz alta—. Vayamos al meollo de la cuestión. ¿Cómo obtuvisteis la información sobre los cuadros? ¿Perteneceís a una agencia secreta? ¿Qué ganáis con ello?

LM sonrió muy a su pesar.

—Tenemos una jefa muy concienzuda, ella es la que nos suministra la información necesaria.

—Por tanto, perteneces a una organización privada.

—Podría decirse que sí. Respecto a qué beneficio obtengo, en mi caso no es económico, te lo garantizo —afirmó LM, pues hacía ya mucho que las posesiones materiales no lo entusiasmaban.

Hubo un tiempo en que se daba cualquier capricho, que derrochaba y que incluso llegaba a abusar de la libertad con la que Astarté los premiaba por su trabajo; ella nunca discutía en qué gastaban el dinero, con tal de que los encargos se finalizaran con éxito.

—Muy bien, te creo. Muéstrame otra vez los informes...

LM fue en busca de la tableta y también cogió, por si acaso, los documentos en papel. Lo dispuso todo delante de ella, en la isleta de la cocina, para que lo examinase a su antojo.

A medida que revisaba los documentos, a Gilda se le iba encogiendo el estómago, pues todo cuadraba. Cuando vio dos fotografías, fechadas en 1935, de las dos pinturas, tuvo que cerrar los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó él acercándose—. Lo dejamos aquí si quieres.

Ella negó con la cabeza.

—No, quiero ver todo.

—Entonces, permíteme que te ofrezca algo de comer.

—Gracias.

LM trasteó por la cocina y consiguió apañárselas con los electrodomésticos, más que nada porque se había fijado en cómo lo hacía Bastien, que, por cierto, tenía que estar a punto de llegar. A pesar de que odiaba el teléfono móvil, le mandó un mensaje para que no entrara en la casa gastando alguna broma de las suyas.

—¿Ésta es Etta Wagensberg? —preguntó Gilda señalando una vieja fotografía en blanco y negro.

LM se acercó limpiándose las manos en un trapo y asintió.

—En el reverso está escrita la fecha.

Ella dio la vuelta a la fotografía y vio que se la hicieron cuando cumplió los dieciocho años, en su presentación en sociedad, es decir, en 1938, justo el año en que los nazis se anexionaron Austria.

—¿Y quién es la mujer que aparece en el cuadro?

—La madre de Etta.

LM volvió a la encimera, donde estaba preparando algo ligero, aunque no dejaba de observarla a la menor oportunidad. Gilda seguía concentrada en la lectura y tuvo que contenerse para no

abrazarla cuando vio que se limpiaba una lágrima. Lo más probable era que estuviera leyendo la carta que escribió Etta Wangensberg antes de morir, en la que pedía a sus hijos que hicieran todo lo posible por recuperar el cuadro de su madre.

No sólo fue una lágrima, Gilda terminó llorando a moco tendido y a LM no le quedó más remedio que acercarse. Su idea era recoger los documentos para que dejara de llorar, sin embargo, cuando estuvo a su lado, ella, dejándolo confundido, se echó a sus brazos. Él la sujetó y se mantuvo callado, esperando que se le pasara el disgusto.

Lo mejor hubiera sido no hacer nada, pero comenzó a acariciarle la espalda, un gesto reconfortante que no tenía por qué significar nada más.

—Me siento como una mierda —farfulló llorosa.

—No veo por qué, es algo ajeno a ti —respondió LM en voz baja, sin soltarla.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo...

Él suspiró intentando no verse afectado por su cercanía. Lo cierto era que ya se había hecho a la idea de no volver a tenerla tan cerca y, si bien la deseaba, tarde o temprano conseguiría arrinconar esos sentimientos y que le amargaran lo justo cuando estuviera de bajón.

O eso le gustaba pensar, pues el instinto, o lo que fuera, le estaba advirtiéndole que hacer eso no le resultaría fácil. Y menos aún teniéndola de nuevo tan cerca.

Puede que no fuera un simple mortal, no obstante, había cosas que en ellos funcionaban de igual modo y la mujer que sostenía entre sus brazos le despertaba demasiadas emociones como para tratarla como a una más.

—Hermenegilda... —susurró y se apartó lo imprescindible para limpiarle las lágrimas. No lo hizo con los pulgares, sino con besos.

Y ella cometió el «error» de suspirar.

O quizá no fuese tal, pues Gilda se dio cuenta de que lo había echado mucho de menos, y de que cada sueño no era sino un mensaje, un aviso o lo que demonios fuera, para que, de una vez, dejara de negar la evidencia.

Puede que él le hubiese mentido desde el principio, aunque eso ya carecía de importancia, porque por alguna razón lo deseaba y al sentirlo cerca, tan cerca, no era capaz de ser razonable.

Abrió los ojos cuando él dejó de besarla en las mejillas y antes de que se apartara y se estropeará el momento o se arrepintiera, lo agarró de la camisa y lo atrajo hacia ella.

—Haz el favor de besarme —le exigió con brusquedad.

Y LM, a pesar de tener un millón de razones para no hacerlo, la besó.

Y si se hubiera conformado con eso... pero no, ni de lejos era suficiente.

Gilda gimió alto y él, en respuesta, la empujó contra la encimera, sujetándola del culo hasta que la alzó para situarse entre sus piernas.

Ella le mordió el lóbulo de la oreja mientras intentaba desabrocharle los pantalones, porque no tenía bastante con frotarse contra su erección atrapada bajo la tela, y él tampoco.

—Espera —jadeó LM, dando un paso atrás para hacerlo él mismo.

Gilda aprovechó para deshacerse de su propia ropa, que tiró al suelo. Inspiró hondo, acunó el rostro de él y lo besó, antes de susurrarle que la follara.

LM, deseoso de complacerla, le mordió el labio inferior y adelantó las caderas.

—¡Oh, joder, lo siento! —exclamó una voz y ambos se quedaron helados al reconocerla.

LM fue el primero en reaccionar, subiéndose los pantalones y colocándose delante de Gilda para taparla.

—¿Es que no sabes leer los mensajes del móvil? —le preguntó, apretando los dientes ante la interrupción.

—Buenas tardes, señorita Alcázar de Virrey —dijo Bastien sin responder a su compañero.

—Hola —murmuró ella cohibida.

—¿Me has mandado un mensaje al móvil? —inquirió.

—Sí —masculló.

Gilda, mientras, permanecía callada, con las piernas cerradas, detrás de LM, esperando que éste, en vez de discutir con el austriaco, lo echara de la cocina para recuperar su ropa. Ya era bastante vergonzoso que los hubiera pillado allí, a punto de echar un polvo, como para encima seguir desnuda de cintura para abajo.

—Pues tenía que ser importante... —murmuró Bastien.

—¡No es la primera vez que te envío mensajes, joder!

—Lástima, pero para hacer deporte no me gusta llevar el móvil encima.

—¿Qué?!

—Lo he dejado en mi dormitorio —aclaró y, como todavía no se había divertido lo suficiente, miró a Gilda—. Entiendo que su presencia aquí responde a su interés por... —hizo una pausa y movió las cejas—... colaborar.

—¡Largo de aquí! —le gritó LM.

—De acuerdo, me voy a dar una ducha y a quitarme esta ropa ajustada —señaló su atuendo deportivo con cara de disgusto—. No termina de convencerme. Marca demasiado...

—¡Que te vayas, joder!

Nada más deshacerse del cotilla de su compañero, LM se agachó con rapidez para recoger la ropa de ella y entregársela.

Gilda se bajó de la encimera y se vistió, agradeciendo que él no hiciera ningún comentario. Bueno, a lo mejor no le gustaba tanto que le hubiera dado la espalda en plan caballero. Por eso, una vez estuvo presentable, le dijo a modo de tanteo:

—Quiero pasar la noche contigo.

LM inspiró hondo antes de mirarla.

—No puedes querer algo así.

Ella acortó distancias y le clavó un dedo en el pecho.

—Estábamos a punto de follar en la cocina, ay, perdón, de fornicar —se burló—, y de repente ¿te arrepientes?

En vez de responder, la sujetó de la muñeca para apartar el dedo acusador y la besó. Sin medias tintas, con todo el deseo acumulado que era tan explosivo como el de ella. Como si no hubieran sufrido una interrupción, volvieron a tocarse, besarse, morderse, meterse mano con igual entusiasmo hasta que...

—Joder, en cuanto me doy la vuelta volvéis a las andadas —se guaseó Bastien.

## Capítulo 17

Gilda se despertó cuando amanecía y lo cierto es que, basándose en los antecedentes, la sorprendió que él estuviera acostado a su lado. Decidió disfrutar del momento, porque, por alguna razón, sentía que LM no era un hombre dado a las relaciones. Era apasionado, atento, buen conversador, buen amante; no obstante, mantenía las distancias y apenas sonreía.

Mira que había estado con tipos raros, pero él se llevaba la palma. Sin embargo, la suya no era una de esas rarezas desagradables, que te hacen huir. De ahí que quisiera volver a verlo. Y sentir lo mismo que la noche pasada, cuando por fin pudo tocarlo, desnudarlo y besarle sin interrupciones.

Porque, a pesar de sus reticencias, era evidente que no iba a echarla a la calle. Y no, ya no era para sonsacarle información, pues ella le había dejado claro que colaboraría.

Y la noche fue inolvidable...

Miró por encima del hombro antes de recrearse y vio que seguía dormido.

Sonrió al recordar...

Para su asombro, LM permitió que ella llevase la batuta.

Se acostó en la cama, desnudo, excitado, aguardando a que Gilda se subiera encima. Pero ella no lo hizo y en cambio le ordenó que se masturbase. Mientras LM lo hacía, se quedó a los pies de la cama, observando cada movimiento y maravillándose al notar que se estaba excitando de una manera bastante peligrosa.

Apretó los muslos e intentó obviar el hormigueo de su sexo, más adelante podría disfrutar de lo lindo, pues la noche acababa de empezar. Posponer lo inevitable era una forma de incrementar el placer.

—¿Cuánto tiempo me vas a tener así? —preguntó él con voz ronca.

—No lo sé —murmuró en respuesta, con sinceridad, pues, a pesar de estar muy cachonda, por alguna inexplicable razón prefería seguir mirando en vez de ir al meollo de la cuestión—. El onanismo siempre resulta tan interesante...

Para él no suponía ninguna novedad mostrarse obediente, su único temor era que ella descubriera lo mucho que le gustaba aquella situación.

—Te gusta mirar... —musitó, sin dejar de tocarse y Gilda asintió.

—Me excita, sí —reconoció y se sentó a los pies de la cama—. Es raro encontrar a un tipo tan obediente. Por lo general, los hombres prefieren llevar el bastón de mando.

Estiró el brazo y comenzó a acariciarle la pierna, mirándolo a los ojos, pues ver a un tío en



aquella situación podía ser interesante, claro que sí, pero a su edad le resultaba mucho más excitante observar sus expresiones. Cómo iban cambiando a medida que se acercaba al clímax.

—¿Hoy no vas a recitar versos obscenos en latín? —preguntó él entre gemidos, muy cerca de correrse.

—*Viuamus mea lesbia, atque amemus, rumoresque senum seueriorum. Omnes unius aestimemus assis...*

—Vivamos, Lesbia mía, si los sabios reprueban nuestros actos con excesivo escrúpulo, olvidémoslos... —tradujo él al instante y cerró los ojos, porque el latín pronunciado por ella sonaba demasiado obsceno como para aguantar ni un segundo más.

Tensó todo el cuerpo, clavó los talones en el colchón y se corrió.

\* \* \*

Gilda seguía recreándose en los recuerdos de la noche anterior, cuando sintió una mano internarse entre sus muslos y otra cosa más dura en su trasero.

—¿Cómo es que estás despierta? —preguntó LM en un susurro y la besó en el hombro mientras le metía un dedo.

—Hummm... ¿Y tú?

—Maitines —dijo él en voz baja y añadió en tono juguetón—: La costumbre, supongo.

Gilda hizo una mueca.

—Joder, es que sigues con la farsa hasta el final. Ahora me sales con las horas canónicas.

LM suspiró y decidió que seguir por aquel camino era entrar en una discusión absurda que estropearía la mañana, así pues, continuó acariciándola de manera pausada, relajada, notando que cada vez encontraba menos resistencia.

Ella se puso boca arriba y separó las piernas de modo que él tuviese mejor acceso a su sexo.

—Hummm... —ronroneó y echó los brazos hacia atrás, adoptando una postura de lo más decadente y pasiva.

Además de acariciarla entre las piernas, LM se inclinó y le atrapó un pezón con la boca, chupándose con fuerza con la idea de que sus gemidos pasaran de interesantes a escandalosos.

—Así da gusto despertarse... —murmuró ella y jadeó más fuerte, porque aquella combinación de boca y dedos, sumada a su excitación mañanera, estaban acercándola a un orgasmo sencillo, pero no por ello menos satisfactorio.

—No puedo estar más de acuerdo... —susurró él sin dejar de masturbarla.

Gilda movió las caderas al ritmo de su mano, contoneándose y frotándose sin pudor. Con sus caricias, no necesitaba ninguna de sus fantasías históricas para correrse. Quien la tocaba era de carne y hueso y la tocaba de una manera que hasta podría calificarse de reverente. Nada que ver con los tipos con los que por desgracia se había topado en los últimos tiempos.

—Oh, joder, un poco más... —exigió jadeante—. Más, más...

LM obedeció y aceleró el ritmo. Soltó el pezón que había estado chupando y fue en busca de su boca.

Gilda cerró las piernas, apresándole la mano al alcanzar el clímax y él le mordió el labio inferior.

—Eres... preciosa —musitó mientras se apartaba despacio, sin dejar de mirarla.

Ella se quedó boca arriba, con los ojos cerrados, a la espera de que su respiración se fuera normalizando; él, tumbado de costado, permaneció en silencio, mentalizándose para que, llegado el momento de la despedida, ésta le doliera lo menos posible.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —murmuró Gilda sin abrir los ojos.

—Sí.

—¿Cuánto hace de tu última relación seria?

El motivo de que formulara esa cuestión era bien simple: en toda la trola que le había soltado, nunca había mencionado a una mujer, no al menos en plan cariñoso, porque cuando había hablado de Astarté mucho aprecio no se le notaba.

—Si soy sincero, te enfadarás —dijo él.

—Prueba.

LM cerró los ojos al recordar la primera vez que experimentó ese sentimiento por el que muchas personas lo daban todo, incluso se echaban a perder. Algo que LM siempre había evitado, ya que, durante su vida mortal, para él las mujeres eran la reencarnación del Maligno y siempre las evitó.

—Si tardas tanto en responder no es buena señal...

—Se llamaba Guiomar...

—¿Se llamaba?

—Murió en... —se detuvo e inspiró antes de continuar—. Murió joven...

En el siglo XVIII la esperanza de vida rondaba los cuarenta años, así que Guiomar, al morir a los cuarenta y cinco, entraba dentro de la media, pero en el siglo XXI se la consideraría una mujer joven.

—Lo siento —susurró ella y se volvió para acariciarle la mejilla—. No he debido preguntar.

—No pasa nada —dijo él, aunque al recordarla sintió una leve punzada de dolor, lo mismo que sentiría cuando tuviera que dejar a Gilda.

—Yo tampoco he tenido muchas relaciones estables —comentó ella, esbozando una sonrisa para destensar el ambiente—. Soy un desastre sentimental, suelo elegir a los tipos que menos me convienen. Estuve muy colgada de Benigno, que, mira por dónde, es mi cuñado porque me puso unos cuernos de manual, y yo, como una imbécil, tardé en reaccionar.

—¿Todavía sientes algo por él? —preguntó él con cautela; ya notó algo durante la desastrosa cena en casa de los Alcázar de Virrey y sus palabras confirmaban sus sospechas.

—¿Por semejante gusano? ¡Puaj! ¡No! Una vez que abrí los ojos, me jodió, no lo niego, pero me sentí aliviada, aunque luego he conocido a cada uno...

LM hizo una mueca, aún le costaba entender que las mujeres gozasen de la misma libertad sexual que los hombres. No lo censuraba, simplemente, tras tantos años pensando de una manera, había cambios que, pese a ser justos, le chocaban.

—¿No pensarías que me iba a quedar en casa llorando? —replicó ella.

—No, claro que no —dijo él.

Gilda se puso de costado, quería verlo bien, ahora que ya había amanecido y se filtraba la suficiente luz por las rendijas de la persiana como para observar a su amante, que, por cierto, le había proporcionado un orgasmo y a cambio ella nada.

—Voy a hacer una cosa... —comentó con aire picarón, echando un vistazo a su entropiada.

—Soy todo oídos... —murmuró LM, interesado a más no poder.

—Te voy a... —hizo una pausa para humedecerse los labios, lo que propició que él mostrara mayor interés y se empalmara, por supuesto—... preparar el desayuno.

Gilda saltó de la cama, desnuda, y meneó el culo delante de sus narices, mientras buscaba algo con que cubrirse. Lo primero que encontró fue la camisa de LM, y se la puso.

—¡Ahora vuelvo! —exclamó, dejándolo estupefacto y excitado.

—¿Me vas a dejar así?

Canturreando, Gilda bajó a la cocina dispuesta a cumplir su promesa y, de paso, tras saciar su apetito, saciar juntos otro más apetecible.

—¡Ay, joder, qué susto! —dijo, llevándose una mano al pecho, porque no esperaba encontrar a nadie a esas horas en la cocina y menos aún a una mujer afroamericana, vestida con un chándal verde fosforito, tomando café.

»¿Quién es usted? —preguntó un tanto avergonzada—. ¿La vecina?

—La asistente —respondió la mujer y se echó a reír.

Gilda frunció el cejo y negó con la cabeza.

—No, usted no es la asistente, su cara me suena...

La mujer cruzó los brazos con una media sonrisa en los labios, a la espera de que uniera las piezas y la reconociera.

—¿Ya sabes quién soy?

Gilda dudaba; era evidente que la desconocida jugaba con ventaja. No quería meter la pata.

—¿Un café? —le ofreció sólo para ganar tiempo.

—Gracias. Un *ristretto* me va bien.

Mientras preparaba los cafés, Gilda continuó devanándose los sesos, aunque sin éxito. En su trabajo veía a mucha gente, así que podía ser cualquiera.

—Aquí tiene —dijo, acercándole la taza—. Bien, si no es la vecina ni la asistente, y dudo mucho que sea la madre de LM o de Bastien...

—Soy su jefa —aclaró ella, y Gilda se atragantó con el café.

—¿Astarté? —preguntó dubitativa. Los dos le habían hablado de ella, aunque lo de creérselo ya era otro cantar.

—La misma. Veo que te han hablado de mí...

—Hummm...

—Ahora sólo queda averiguar si bien o mal. Me alegra que por fin podamos charlar tú y yo.

—Usted vino el otro día a verme, ¿verdad? —preguntó Gilda suspicaz.

—Veo que la memoria te funciona medianamente bien. Sí, fui a verte a tu trabajo.

—Y usó una documentación falsa —añadió Gilda al recordar.

—Si estás pensando en denunciarme a las autoridades, puedes hacerlo, por supuesto, aunque no te servirá de nada. Ya has investigado a mis chicos y sin éxito.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó frunciendo el cejo.

—Da igual, son detalles que no van a ninguna parte. Vamos a lo que sí importa. Has decidido colaborar y te lo agradezco.

Gilda no salía de su asombro ante las palabras de aquella buena señora. Dejando a un lado que hablaba con cierta arrogancia, estaba al tanto de todo, lo que resultaba como mínimo preocupante. Hasta la noche anterior ni LM ni el rubiales conocían su decisión, así que lo único que explicaba la situación era que Bastien se lo hubiese dicho.

—El austriaco le ha ido con el cuento, ¿verdad?

—Mi querida niña, acéptalo de una vez, sé mucho más de lo que te imaginas. Muchas cosas —aseveró Astarté con una media sonrisa bastante astuta—. Como por ejemplo que, por mucho que te empeñes, nunca podrás tener una relación con Lesmes.

—¿Seguro que no es su madre? —replicó ella con guasa.

Astarté arqueó una ceja.

—Podría ser, la genética es caprichosa —respondió con humor—. Pero no. Y dejémonos de circunloquios, querida Hermenegilda Alcázar de Virrey. Sólo quiero que comprendas la realidad y hacerte un regalo, por las molestias.

—Vaya, cuánta generosidad —murmuró Gilda con sarcasmo—. Y, si puede saberse, ¿por qué no puedo seguir con LM? Que, dicho sea de paso, a lo mejor sólo quiero tirármelo durante una temporada. No recuerdo haber mencionado en ningún momento que quiera casarme con él.

—Si fueras sincera, ahora mismo daría media vuelta y te dejaría tranquila. No obstante, ambas sabemos que sientes algo por él.

—¿Y? No he de justificarme por mis sentimientos.

—No, claro que no, querida, pero este caso es muy diferente. Lesmes me pertenece. Y lo afirmo en todos los significados del término.

—A ver, que nos estamos liando... ¿Le pertenece? Bueno, si es su empleado, vale, trabaja para usted, ahora bien, lo de que le pertenece me parece un tanto exagerado...

—Lesmes te lo explicó y no quisiste creerle.

—¿La trola esa de que nació en el siglo dieciséis? —dijo Gilda con evidente escepticismo.

De repente, sintió como una especie de mareo. Se agarró a la encimera y cerró los ojos. Astarté le puso una mano en la espalda y Gilda empezó a tener conciencia de todo.

Como si fuese un documental, pudo ver a LM en diferentes etapas de su vida, en distintos escenarios históricos.

Se le revolvió el estómago cuando las imágenes de su «muerte» oficial aparecieron ante sus ojos con una nitidez similar a cualquier película en alta definición.

—¡Basta! —gimió.

—¿Le crees ahora? —preguntó Astarté sin apartarse, pues quería que la chica comprendiese de una vez la magnitud de todo el asunto.

—¡He dicho que basta! —suplicó Gilda, incapaz de soportar no sólo la visión de tan desagradable incidente, sino las arcadas que sentía—. Por favor...

—No sé qué tipo de desayuno me estás preparando... —LM se detuvo al encontrarse en la cocina a quien menos esperaba.

—Buenos días —lo saludó Astarté.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñó él, perdiendo el buen humor con el que había salido del dormitorio y de repente sintió un latigazo en la espalda—. Oh, joder...

—Creo que ha llegado el momento de dejaros a solas...

## Capítulo 18

—¿Estás bien? —le preguntó Gilda a LM acercándose despacio, pese a que la cabeza le daba mil vueltas y lo más sensato era quedarse quieta hasta que desapareciera el mareo, pero se preocupó al ver que él se había quedado inmóvil.

—Sí —contestó a duras penas.

Ya debería saber enfrentar aquellos repentinos ataques, sin embargo, Astarté se las ingeniaba para pillarlo siempre desprevenido.

—Pues no lo parece —murmuró ella.

Respiró hondo varias veces y la sensación de mareo fue desapareciendo, aunque la que sintió entonces fue mucho más desagradable: de completo desprecio hacia sí misma por haberse burlado de él.

Lo miró fijamente y se limpió de manera brusca las lágrimas que empezaban a asomar, unas lágrimas de absoluta tristeza al ser consciente de la realidad.

Incapaz de decir nada coherente, se lanzó a sus brazos.

Él la abrazó. El dolor estaba desapareciendo, pero aunque no hubiera sido así, igualmente tendría fuerzas para abrazarla, pues entendía que para ella estaba siendo complicado asumir tanta información y tan de repente.

—Perdóname —musitó Gilda aún avergonzada, recorriendo con la yema de los dedos las marcas de su espalda.

—No sé qué te habrá contado esa... —se detuvo, porque arriesgarse a llamarla «bruja» tendría consecuencias.

—Astarté, tu jefa —concluyó ella.

—*Vacca foeda* —dijo LM en latín, sin importarle ya una mierda las consecuencias, aunque, para su sorpresa, no las hubo—. Deja de llorar, por favor, no merece la pena.

—No es tan sencillo, ahora ya no lo es... —susurró Gilda sorbiendo por la nariz, después se apartó un poco para quedar cara a cara y le acarició la mejilla.

Se sentía como una mierda, una bien grande. Por cuestionarlo, por burlarse de él... Cuando por fin había comprendido la verdad no conseguía quitarse de encima la sensación de ser una niñaata.

Cierto, la historia que le habían contado era para ir directa al psicólogo, porque contradecía cualquier lógica, no obstante, debería haber tenido un poquito más de sensibilidad.

No sólo sentía vergüenza, también arrepentimiento. La vergüenza de pertenecer a una familia capaz de todo para mantener sus privilegios, y arrepentimiento por haberse comportado como una

imbécil con aquel hombre.

—Vamos a desayunar —propuso LM con una media sonrisa.

—¿Cómo puedes pensar ahora en comer? —preguntó perpleja—. ¿Eres consciente de quién eres?

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—Un poco, sí.

—¡¿Cómo puedes hablar con esa pachorra?! —exclamó ella—. Has vivido... —Hizo cuentas con los dedos—. Bah, da igual, yo soy de letras, has vivido un porrón de años.

—Deja de contar —dijo LM, simplificando mucho algo que a él mismo le quitó el sueño durante años.

—¿Interrumpo? —preguntó una voz.

—Oh, Dios mío, ¡el nazi! —farfulló Gilda, mirando a Bastien con los ojos abiertos como platos.

LM, pese a lo complicado del momento, sonrió.

—Vaya, qué forma tan rara de darme los buenos días —comentó el aludido y añadió con humor —: Me lo tomaré como un cumplido.

—Astarté ha estado aquí —explicó su compañero, y el otro hizo una mueca.

—Mejor os dejo solos —añadió, al darse cuenta de que allí estaba de más.

—Vale, pero no te vayas muy lejos, porque también tengo que hablar contigo —le dijo Gilda muy seria.

Él le dedicó un saludo militar un tanto burlón y se marchó.

—¿Y ahora? —murmuró ella.

—Vamos a desayunar —sugirió LM y le dio la espalda, dispuesto a enfrentarse con la cafetera si era preciso para complacerla.

Frunció el cejo y aún no había encendido el maldito artefacto cuando notó una caricia en la espalda desnuda.

Gilda, aprovechando que no se había puesto más que un pantalón deportivo, se situó tras él y susurró:

—Llena el depósito de agua...

—¿Eh? —gimió LM, incapaz de procesar el consejo, pues ella no sólo lo acariciaba con las manos, sino que había empezado a depositar suaves besos en sus cicatrices.

—... Enciende la máquina —añadió, sin apartar apenas los labios de su piel.

—Hermenegilda... ¡por Dios!

—Y no te olvides de meter la cápsula...

Si en condiciones normales aquello ya era para él una tarea harto difícil, con ella a su espalda, dándole unos besos que podían calificarse de todo menos de inocentes, llegó a la conclusión de que al café le podían dar mucho por saco, ya la compensaría de otra manera. Despacio, se dio la

vuelta hasta quedar frente a frente y lo primero con lo que se encontró fue con una sonrisa picarona.

Gilda posó una mano en su pecho, a la altura del corazón, y, retozona, la fue deslizando hacia abajo. Cuando llegó a la cintura hizo un puchero como si fuera una inocente chiquilla, antes de ponerse a jugar con los cordones que sujetaban el pantalón.

—¿Qué pretendes? —preguntó él con cautela.

—Desayunar, por supuesto —replicó toda ufana y tiró de un extremo para desatar el nudo.

—Hermenegilda... —Con las prisas, no se había puesto ropa interior y no quería dar la impresión equivocada.

Ella, decidida, lo confundió cuando se dejó caer de rodillas, arrastrando el pantalón hacia abajo. Sin darle tiempo a reaccionar, se metió su polla en la boca. No lo encontró todo lo duro que esperaba, aunque no le importó; mejor incluso, de ese modo podría hacer que se empalmara del todo.

LM intentó resistirse, apartarse, porque allí, en la cocina, era correr un riesgo absurdo, por muy excitante que fuera. Y dados los antecedentes...

—Vamos al dormitorio —suplicó, y Gilda respondió clavándole las uñas en el culo—. Por favor...

—Me encanta oír cómo suplicas —susurró y apartó la boca, aunque continuó masturbándolo.

—Éste no es el lugar indicado —jadeó LM.

—Mira, después de todo lo que he experimentado en las últimas veinticuatro horas, de lo que he averiguado y de que me he comprometido a traicionar a mi familia, me importa un pimiento si me pillan haciéndote una mamada —afirmó y alzó la mirada antes de volver a meterse su erección en la boca.

—¡Cielo santo!

Ella se rio sin perder el ritmo y se volvió más codiciosa. Con la punta de lengua recorrió cada surco, consiguiendo que él gruñera y gimiera, lo que significaba que iba por el camino correcto.

No sólo utilizó la lengua, también dejó que sus dientes lo arañaran con sutileza, mientras cerraba los labios alrededor de su verga, conduciéndolo a un punto de no retorno.

—Hummm —ronroneó ella.

—Deberías... —LM hizo una pausa para gruñir—, deberías... apartarte...

—¿Y perderme la traca final? —replicó con guasa.

Lejos de aceptar la sugerencia, Gilda hizo justo lo contrario y, para que LM no albergase dudas sobre sus intenciones, le agarró los testículos con la mano y se los apretó hasta que él, sobrepasado por aquellas sensaciones, apretó los dientes y sintió que una corriente recorría su cuerpo hasta concentrarse en un solo punto.

Y entonces sucedió lo inevitable.

\* \* \*



—Tienes cara de querer hacer cientos de preguntas —murmuró LM un buen rato después, cuando ya habían logrado subir al dormitorio y meterse en la cama, sin importarles la hora.

—Más bien miles —dijo ella—. Sin embargo, creo que es mejor no formularlas, porque a lo mejor nos dan las uvas.

Él sonrió sin dejar de mirarla, algo de lo que no se cansaría nunca. Le acarició la mejilla y, al ver su expresión, añadió:

—Venga, se nota que te estás conteniendo...

—Es que... —se mordió el labio— no soy capaz de imaginar todo lo que has visto, vivido... y reconozco que me da mucha envidia. Voy a plantearte sólo tres cuestiones.

—Un momento —pidió él y la cubrió con la sábana.

—¿Por qué me tapas?

—No pretenderás que sea sincero o me concentre mirando tus pechos —aclaró LM haciéndola reír.

Gilda se cubrió hasta el cuello, adoptando una actitud de falso pudor.

—Bien, primera cuestión, ¿cuántos hay como tú? Ya sabes, que viven *per saecula saeculorum*.

—No hables en latín, desde que te conozco me excita demasiado —comentó, y ella dirigió una mirada a su entrepierna, aunque poco pudo averiguar.

—Contesta.

—Pues somos bastantes. He tenido la suerte o la desgracia de conocer a muchos, no a todos. No sé si existe un listado oficial. Sólo Astarté está al tanto de todo y ella decide quién va a formar parte de esto.

—Hummm...

—Hasta donde yo sé, la última incorporación es una monja que robaba niños y que tuvo un accidente de coche a finales de los sesenta. Ahora estará recluida en alguna parte, pasando su retiro de cien años.

—¿Has dicho cien años...? —repitió Gilda y frunció el cejo—. No me salen las cuentas. El nazi con el que vives...

—Bueno, él ha sido una excepción. Conoció en persona a tu bisabuelo y por tanto en esta misión puede ser de gran ayuda.

—No lo dices muy convencido —bromeó ella y LM hizo una mueca.

—Ya se verá... ¿Qué más quieres saber?

Gilda inspiró hondo y cambió ligeramente de postura en la cama, porque llegaba un tema bastante espinoso.

—Eso que ha dicho tu jefa, que le perteneces... ¿No existe una carta de libertad? ¿Una opción de romper el contrato? ¿Una puerta trasera?

Él negó con la cabeza.

—No, querida Hermenegilda —dijo en voz baja, y ella percibió que a ese asunto le había

dedicado mucho tiempo—. Es un vínculo inquebrantable.

—Siempre hay algo... —afirmó ella, y LM sonrió ante su ingenuidad.

—Créeme, hace mucho que acepté la situación y es mejor así. La esperanza en este caso es sinónimo de dolor, porque no existe alternativa —dijo convencido, pues no quería que Hermenegilda diera más vueltas a aquel asunto.

Estiró el brazo y le cogió uno de los mechones para jugar con él, de esa forma contenía en cierto modo las ganas de apartar la sábana y lanzarse a por su cuerpo.

Ella, por su parte, no se quedó muy convencida. Aunque no insistió y planteó la siguiente cuestión.

—Es una pregunta incómoda, no obstante, creo que si no la hago reviento. Es muy personal y puedes negarte a responder.

—Sea lo que sea, no me importa, responderé.

—Vale. A ver, hasta el diecinueve no se inventaron los condones tal como los conocemos... — Él arqueó una ceja—. Sí, ya sé que existían unos rudimentarios, por eso te pregunto ¿cómo os lo montabais?

—¿Perdón?

—No te estoy preguntando con cuántas has estado, no soy tan necia como para pensar que has sido un santo varón —aclaró Gilda.

LM puso cara de circunstancias, había temas delicados y ése era uno de ellos.

—Verás... —tragó saliva, pues iban a entrar en asuntos íntimos— yo nunca he sido muy...

—Vale, vale, que no has ido por ahí fornicando a lo loco —apuntó ella, divertida ante su apuro, y él asintió.

—Durante mi vida como mortal, cumplí a rajatabla las reglas de mi orden.

Gilda abrió los ojos como platos y se incorporó, porque no daba crédito.

—¿Nada de nada? —inquirió sin reponerse de la impresión, y LM se lo confirmó con un gesto—. ¿Y cómo aguantabas?

—Centrándome en mis aspiraciones, rezando y... —se calló avergonzado.

—¿Te flagelabas y esas cosas raras? —No hizo falta que respondiera, su cara lo decía todo—. ¿Y qué pasa con las prostitutas? Era bastante común.

—No lo niego, sin embargo, yo nunca recurrí a ellas ni a ninguna mujer.

—Pues sí que tenías fuerza de voluntad —comentó en un tono algo burlón.

—La situación era muy diferente, querida Hermenegilda. En mi caso estaba mentalizado para superar cualquier tentación. Admito que no resultaba fácil, no obstante, me mantuve firme.

—Vale, te creo —contestó con una sonrisa—. Pero no me has respondido, ¿qué pasó después, cuando eras, digamos, libre?

LM se peinó con los dedos y llegó a la conclusión de que lo mejor era decirle la verdad.

—Una de las consecuencias de mi pacto con Astarté es que mi cuerpo, además de no envejecer, ha sufrido otros cambios.

—¿Por ejemplo? —preguntó muy interesada y, aunque mantenía su pecho cubierto, jugaba con la sábana.

LM prefirió inspirar hondo y de momento no mirar demasiado, pese a que era inevitable fijarse en sus pezones, que se marcaban bajo la tela.

—No puedo dejar embarazada a una mujer. Tampoco desarrollo o transmito enfermedades de ningún tipo.

Gilda arqueó una ceja.

—¿No? ¿Seguro?

—Tener hijos supondría verlos envejecer, lo que derivaría en las preocupaciones lógicas y ninguno de nosotros puede permitirse ese lujo. Lo mismo se aplica a las relaciones sentimentales y los amigos.

—Eso es muy triste —susurró ella.

—Es algo que se acepta poco a poco —contestó él con tristeza—. No es fácil, sin embargo, o lo asumes o lo pasas mal. Imagina que alguien a quien aprecias, ya sea un amigo o una amante, va cumpliendo años e inevitablemente llega su final. Y, por si te lo estás preguntando, tampoco tenemos mascotas, en este caso por cuestiones de trabajo, porque no permanecemos mucho tiempo en el mismo lugar.

—Vaya... —suspiró Gilda, pues sus palabras resumían muy bien la situación.

No tenían un futuro juntos.

—¿No hay más preguntas?

Ella decidió poner buena cara al mal tiempo y hacer un comentario de lo más frívolo, pese a que por dentro sentía ganas de llorar. Y no sólo por el hecho de que su tiempo juntos tuviese fecha de caducidad, sino por él, porque estar siempre solo debía de ser muy duro.

—Traducido, que llevas siglos dale que te pego, tirándote a todo lo que se mueve, sin preocuparte por dejar la semillita en la flor de turno y además sin pillar nada raro...

—Sí —le confirmó LM con un suspiro.

—Entonces... —se mordió el labio— ¿hemos estado usando condones a lo tonto?

—Los odio con toda mi alma...

Gilda dejó caer la sábana, estiró el brazo y le puso una mano en el pecho...

Él contuvo el aliento cuando ella se le subió encima y se inclinó hacia delante para llegar hasta sus labios y susurrarle:

—Durante todos estos años... ¿qué es lo más pervertido que has hecho?

—Hermenegilda, ¡por Dios!

—Venga, confiesa —lo apremió, mordisqueándole el cuello.

—No te lo voy a contar —dijo y colocó las manos en su culo en un intento de controlar sus movimientos y que se frotara convenientemente contra su polla.

—Oh, oh, oh, —se guaseó ella—. ¿Te voy a tener que obligar?

—Lo más probable, sí —replicó, siguiéndole el juego.

Gilda le agarró las muñecas, no para que apartara las manos de su culo, sino para que se lo agarrara con más ahínco. Entonces se le ocurrió una posible perversión que a muchos hombres los volvía locos.

—Hummmm, ¿te gustaría jugar...? —Sin terminar la pregunta, llevó las manos masculinas a la separación de sus nalgas, dejando que él atara cabos.

LM inspiró hondo, había entendido a la primera su sugerencia.

—Esto...

—Sodomía —musitó ella con un aire perverso que lo revolucionó mucho más de lo que ya estaba—. Un pecado bien gordo, si no recuerdo mal...

Escondió la cara en su cuello y así él no la veía sonreír.

—Pecado mortal —le confirmó LM apretando los dientes y casi se cayó de la cama cuando Gilda se irguió y le dijo:

—Creo que en el bolso tengo lubricante, ahora vuelvo...

## Capítulo 19

Después de un día intenso, excitante, revelador y, por supuesto, extraño, Gilda regresó a su apartamento. Al entrar oyó la tele, lo que significaba que Maya y John ya habían regresado de su fin de semana de pasión.

Decidió entrar a saludar y se encontró con la escena que menos esperaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada, al ver a su amiga en un extremo del sofá, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos, mirando la tele fijamente. Y John en el otro extremo, sin rastro de su sonrisa habitual.

Éste se puso en pie y se acercó a saludarla con dos besos, aunque a Gilda le parecieron demasiado secos.

—Voy a la cocina por algo de beber. ¿Os traigo algo? —preguntó John.

—Nada, gracias —contestó Maya un tanto desabrida.

—Un té yo sí que me tomaría —dijo Gilda, para tenerlo entretenido unos minutos y así poder indagar con su amiga. Se sentó junto a ella y preguntó—: ¿Por qué estáis de morros?

—Por esto —respondió Maya, mostrándole la mano, en la que era imposible no ver un pedazo de anillo de compromiso.

—¡Te lo ha pedido! —exclamó Gilda entusiasmada, porque era una noticia de puta madre y, tal como estaban las cosas, una alegría como ésa era bienvenida.

—Sí, me lo ha pedido y le he dicho que sí —confirmó su amiga al borde de las lágrimas.

—Pues no entiendo nada...

Maya se puso en pie antes de explicar la situación.

—Que conste, me hace una ilusión bárbara casarme con John.

—Pero...

—Él va a dejar su trabajo por mí. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—¿Que te quiere?

—De eso no me cabe la menor duda. El problema es que yo no quiero que lo deje. Es su pasión, su vida.

—Vale, entendido, sin embargo, cada vez que se va de misión, tú te quedas hecha polvo...

—Ya lo sé —admitió Maya y resopló—. Pero prefiero sufrir y que John pueda hacer lo que más le gusta. Por eso le he propuesto ser yo quien pida una excedencia e irme con él a la base donde lo destinen.

—O sea, que ambos estáis dispuestos a hacer un sacrificio por el otro y, en vez de daros cuenta

de los afortunados que sois, pilláis un cabreo. ¡Oh, por favor! —se quejó Gilda—. Dais un poquito de asco, chicos. Y de envidia, así que arregladlo, porque yo hoy no tengo el cuerpo para historias de amor tan grandes, protagonizadas por dos tontos del culo.

—Tiene toda la razón —dijo John entrando en el salón con el té.

—Os voy a dejar solos un buen rato, tengo cosas en las que pensar, y cuando aparezca os quiero ver ahí —señaló el sofá— haciendo manitas, en plan empalagoso, pero con la ropa puesta, ¿estamos?

Los dejó con la palabra en la boca y se fue a su cuarto. Ella ya tenía sus propias movidas, así que necesitaba relajarse.

—¡Espera un segundo! —la detuvo Maya—. Ha llegado esto para ti.

Gilda frunció el cejo. ¿Quién le mandaba un paquete?

Lo cogió y, tras mirar a sus amigos una vez más para advertirles sin palabras que arreglaran su situación, se marchó a su dormitorio.

Una vez allí, tras cambiarse ropa, puso música clásica de fondo. No tardó mucho en decidirse. Eligió Verdi y, con la obertura de *La forza del destino* de fondo, se dispuso a abrir el paquete, que no llevaba remitente.

Dentro encontró un libro bastante antiguo, con tapas de cuero marrón, y escrito en alemán: *Recetas de cocina*. También había un sobre. Sacó la nota del interior y leyó:

*Éste es tu regalo.*

Supo en el acto quién se lo mandaba.

Sentada en la cama, colocó el libro sobre sus rodillas y levantó la tapa. Nada más ver la caligrafía infantil, se dio cuenta de que se trataba de un diario, no de un recetario. El alemán se le resistía un poco, sin embargo, sentía demasiada curiosidad como para no esforzarse. Además, tenía Google a mano por si alguna cosilla se le escapaba.

La primera entrada era de 1926, Etta Wagensberg era una niña que contaba lo bien que lo había pasado en su cumpleaños. Gilda leyó por encima aquella página y las siguientes, porque intuía que no iba a encontrar nada relevante.

Hasta que llegó a 1936. Entonces Etta tenía dieciséis años y ya era consciente de cuanto ocurría a su alrededor, aunque daba prioridad a sus sueños, como por ejemplo el hijo del farmacéutico, con el que esperaba casarse algún día, pese a que, según contaba, primero tendría que convencer a sus padres, pues el chico no era judío y tampoco era de su mismo nivel económico, pero ella creía que esas cosas ya estaban pasadas de moda y que vencería el amor.

Gilda sonrió, bendita ingenuidad.

En las siguientes páginas, Etta se explayaba con sus desvaríos románticos, aunque también incluía algún que otro comentario sobre la situación que vivía su familia, como por ejemplo que su padre, un exitoso comerciante, empezaba a tener problemas con algunos clientes que ponían excusas para no seguir confiando en su empresa. Excusas, por supuesto, bastante peregrinas, porque en realidad tenían miedo de ser señalados, ya que los Wagensberg eran judíos.

A pesar de que los ingresos de la familia estaban disminuyendo, eso no afectaba demasiado a su nivel de vida, pues durante muchos años habían acumulado suficiente capital como para aguantar una mala racha.

Pasaban los meses y la situación no mejoraba, más bien todo lo contrario. Gracias a su magnífica colección de arte y a algunos contactos, podían vivir sin pasar penurias económicas, pese a que las autoridades, además de mirarlos con lupa, los habían acusado de evasión de impuestos e intervenido sus cuentas del país. Tenían dinero fuera, pero no podían recurrir a él si querían evitar problemas.

En el barrio donde vivían, muchos de los vecinos que antes los saludaban con afecto, habían empezado a mirarlos mal y a volver la cabeza cuando coincidían.

Etta también mencionaba que su amor ni siquiera le hablaba cuando bajaba a la farmacia y eso que antes la invitaba a un helado y paseaban por los jardines cercanos. Ernst, el chico, estaba muy por debajo de su nivel económico, pues la fortuna de los Wagensberg era considerable en comparación con la del farmacéutico, no obstante, ahora él la despreciaba por su origen.

Pero no todo iban a ser desgracias. Etta cumplía dieciocho años y sus padres le habían organizado una fiesta por todo lo alto. Describía en su diario todos los detalles, el vestido de pedrería blanco que su madre había llevado en su fiesta de compromiso y que había arreglado para que Etta estuviera impresionante. Los invitados eran sólo los más allegados a la familia, no como en años anteriores, cuando muchos vecinos y amigos consideraban un honor asistir a una fiesta de los Wagensberg. Los mismos que durante años pidieron favores y no dudaban en arrimarse a la familia, ahora les daban la espalda.

Gilda recordó la foto en la que Etta posaba orgullosa junto al cuadro de su madre, *Señora con pañuelo rojo*.

Después de su fiesta de cumpleaños, describía cómo empezaban los problemas. De repente, unos oficiales nazis se habían instalado en la casa para vigilarlos. Tenían que pedir permiso para cualquier movimiento y los negocios de su padre se estaban hundiendo, pues además de confiscarles el dinero, le habían impedido acudir a su despacho. Y los clientes desaparecían.

Empezaban a escasear los productos más básicos y, si bien tenían escondidos artículos de lujo por la casa, con aquella vigilancia les era imposible sacarlos para venderlos en el mercado negro, como estaban haciendo otras familias.

A Etta la habían sacado de su dormitorio e instalado en el de la criada, situado junto a la cocina. Ya hacía tiempo que los sirvientes se habían marchado. Ella escribía a escondidas, de noche, lo que se notaba en la mala caligrafía y algunos renglones torcidos y, para que no encontraran su diario, lo «escondía» dejándolo a la vista en la cocina, pues en las tapas había escrito: «Recetas de cocina».

Gilda sonrió, la chica era ingeniosa.

Siguió concentrada en la lectura. La situación se estaba volviendo insostenible, así que el padre de Etta, previendo que en breve los deportarían, como habían hecho con otros judíos, le

entregó a su hija unos documentos de sus cuentas en el extranjero, diciéndole que debía huir lo antes posible y llegar a Londres, donde podría hacer efectivo el dinero.

Pero para ello debía lograr escapar del confinamiento al que estaba sometida en su propia casa. Y, por supuesto, dejar allí a sus padres, algo que le parecía impensable.

En el diario se detallaban las conversaciones entre Etta y ellos dos y cómo sus padres aceptaban lo inevitable: que sólo ella tenía opciones de escaparse. Una vez que asumió la realidad, se dedicó a preparar la huida. No podía llevar mucho equipaje, pero sí su identificación, así como los documentos para poder retirar los depósitos, una vez que llegara a Londres.

Mientras buscaba la forma de salir de casa sin levantar sospechas, llegaron más oficiales nazis, que, además de insultarlos, desvalijaron la casa y rompieron muebles, paredes y cuanto consideraron preciso para encontrar las riquezas de la familia. Se lo llevaron casi todo y, de propina, le dieron una paliza a su padre por haber ocultado sus bienes. Si antes ya los tenían vigilados, desde aquel momento se volvieron más paranoicos, lo que les limitaba cualquier movimiento. Pese a todo, lograron salvar algunas joyas que habían escondido en la cocina, entre los pocos alimentos que almacenaban.

Etta describía las constantes humillaciones a las que los nazis los sometieron a sus padres y a ella, como por ejemplo sacarlos de casa a empujones y obligarlos a limpiar la calle de rodillas, delante de todos los transeúntes.

No había escapatoria posible.

A mediados de 1939, oyeron decir a los vigilantes que en breve los trasladarían, de modo que le quedaba poco tiempo para huir. Y, sin decirles nada a sus padres, a Etta se le ocurrió cómo.

Uno de los oficiales que pasaban por la casa, se había fijado en ella más de lo normal. La seguía a todas partes y la tocaba. Al principio pensaba que era para molestarla, sin embargo, pronto se dio cuenta de que era su única baza para escapar. Pero antes quería conseguir algo en el mercado negro para dejárselo a sus padres.

Así que, tragándose la bilis y escondiendo las lágrimas, dejó que aquel cabrón la manoseara y se la follara en la mesa de la cocina. Todas sus estúpidas ideas románticas desaparecieron en aquel momento, cuando perdió la virginidad con un nazi.

Él, en agradecimiento, le permitió salir a la calle. No iba a escaparse en su primera salida, tenía que ganarse la confianza del oficial, así que fue buena chica. Se paseó por el mercado y, al ir acompañada de un oficial, logró que nadie la molestara. Sabía dónde podía adquirir lo que necesitaba y que aceptarían como pago unos pendientes que había logrado salvar del expolio.

Escondió las dos cápsulas de cianuro en la copa del sujetador y, cuando regresó a casa, se las entregó a su madre, que no le hizo preguntas incómodas sobre cómo las había conseguido. Juntas descosieron algunas prendas de ropa y allí guardaron las cápsulas. Después se ocuparon de ocultar los documentos en el forro del abrigo de Etta, uno bastante anodino, marrón, de cuadros, una prenda para pasar desapercibida.

Etta se dio cuenta de que si continuaba permitiéndole al oficial que hiciera cuanto le diera la



gana, se desharía de ella en cuanto se aburriera, de modo que empezó a fingir que se sentía atraída por él. A halagarlo y engatusarlo, a dorarle la píldora. Y funcionó, porque el tipo, con el ego inflado, se fio de ella y le permitió ir sola al mercado.

No desaprovechó la oportunidad y, tras despedirse sólo de su madre, porque no fue capaz de mirar a su padre a la cara, se fue con el cesto de mimbre, en el que pudo sacar cuatro cosillas, una muda de ropa, una pulsera de oro y el abrigo marrón.

Su primer objetivo era salir de Viena y, en contra de la lógica, en vez de escapar a un país más seguro, eligió Berlín.

Llegado a ese punto, Gilda cerró el diario e inspiró hondo. Lo mejor sería dejarlo para otro día e ir a ver si sus amigos ya se habían reconciliado, no obstante, quiso seguir leyendo.

En la siguiente entrada, Etta contaba que para llegar a Berlín no había tenido muchos problemas, porque en la estación de Viena, antes de comprar un billete, se había maquillado, desabrochado dos botones de la blusa y comportado como una chica descocada y nadie le pidió la documentación.

En vista del éxito, mantuvo su aspecto y se instaló en una pensión, la más económica que encontró. La casera pensó que era una de tantas chicas jóvenes que llegaban en busca de dinero fácil y le recomendó un club donde sacarse un jornal.

Lo que Etta necesitaba era vender la pulsera de oro y conseguir documentación falsa para abandonar el país. Su idea inicial de resolverlo en una semana se fue al traste, pues al parecer había mucha demanda y, en cuanto a la pulsera, apenas consiguió el diez por ciento de su valor. Con eso sólo pagaría un mes la pensión, así que decidió trabajar en el club nocturno.

Era un club que frecuentaban muchos mandos nazis, deseosos de gastar su dinero y de divertirse con las chicas. A Etta no le quedó más remedio que cerrar los ojos y seguir fingiendo que era una chica con ganas de juerga.

Cuando regresaba a su habitación de madrugada, no se permitía el lujo de llorar por haberse acostado con el primero que pagaba por ella. Pasaban los días y la situación se complicaba, los visados para salir del país costaban cinco veces más que al principio y su fachada de chica alemana se podía venir abajo en cualquier momento. Había mucha gente deseosa de hacer méritos ante las autoridades y señalar a cualquiera era muy fácil. Necesitaba acercarse a algún pez gordo y asegurar su posición.

Le sonrió la suerte cuando un tipo bien relacionado se encaprichó de ella. Trabajaba en el recién creado Ministerio de Armamento y Producción Bélica. Una de sus ocupaciones era visitar distintas fábricas, y Etta vio su oportunidad.

Ser la querida de un nazi le supuso el pasaporte para abandonar Berlín. Ahora bien, el dolor y la vergüenza que sentía por su forma de proceder, la destrozaban por dentro, pues nunca imaginó que acabaría abriéndose de piernas para conseguir su libertad.

Con el alemán fue a Colonia, cerca de la frontera con Bélgica. Estaba a un paso, pero, según le había oído mencionar a su amante, los nazis estaban a punto de entrar en Francia, lo que

significaba que escapar no sería fácil. Debía llegar a Calais antes que los alemanes.

Gilda sabía que a finales de mayo de 1940 los aliados evacuarían Dunkerque y, según las anotaciones de Etta, ésta estaba en Colonia un mes antes.

—¿Cómo lo hiciste, Etta? —susurró Gilda, que ignoró el rugido de su estómago y siguió leyendo.

En su papel de mujer frívola, caprichosa y muy leal al Tercer Reich, Etta mintió a su amante diciéndole que quería ir a visitar a unos parientes en la costa. Era una buena chica «alemana», complaciente en la cama y se merecía ese regalo. Era peligroso tal como estaba la situación, pero él le consiguió un salvoconducto y le puso un chófer. Ella sabía que era más bien un vigilante, sin embargo, se mostró entusiasmada y despreocupada, pues en teoría no tenía nada que ocultar.

Ya vería después la forma de darle esquinazo.

Pese a que hizo el viaje en un lujoso Mercedes Benz, el trayecto fue tedioso. Tuvieron que atravesar toda Bélgica y el ambiente prebélico propiciaba que tuvieran que pasar demasiados controles. El salvoconducto funcionó. Mientras permanecía en el asiento trasero del coche, Etta pensó en escaparse y seguir por su cuenta, no obstante, decidió aguantar lo máximo posible, pues sin un medio de transporte estaba perdida.

Cuando faltaba poco para llegar a Ostende, donde supuestamente estaban sus parientes, Etta fingió sentirse mal, se provocó incluso el vómito, lo que hizo que el chófer, además de maldecir, tuviera que buscar un lugar donde limpiar el coche. Que ella se recuperase o no le daba igual, el tipo la consideraba una querida del tres al cuarto. Y Etta vio su oportunidad. Mientras su guardián limpiaba el coche, ella cogió su pequeña maleta y huyó.

—Cielo santo... —murmuró Gilda horrorizada, pues hasta Calais le faltaban casi cien kilómetros.

Etta se ocultó durante toda una noche cerca de la carretera, esperando a que el chófer se cansara de buscarla y regresara solo a Colonia, confiando en que cuando diera la voz de alarma ella ya estuviera en territorio francés.

La encontraron los de la Cruz Roja dos días después, débil y asustada. Con ellos viajó hasta Calais, ya que les mostró su verdadera identidad y la ayudaron a cruzar hasta Inglaterra.

## Capítulo 20

—¿Se puede? —interrumpió Maya su lectura, asomándose.

Gilda dejó a un lado el diario y se limpió las lágrimas con el bajo de la camiseta.

—Anda, pasa.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó su amiga, preocupada, y se sentó junto a ella en la cama.

—Una historia apasionante —respondió Gilda en voz baja—. ¿John y tú os habéis reconciliado?

Maya torció el gesto.

—A medias... —respondió y la señaló con el dedo—. Teníamos miedo de que aparecieras y nos pillaras en plena faena.

Ambas se echaron a reír.

—Sabes que os quiero a los dos muchísimo y que si te sale mal con John me lo quedo para mí, ¿verdad?

—¡Qué envidiosa eres! —exclamó Maya—. Pues te vas a quedar con las ganas. Ya te ofrecí en su momento hacer un trío y rechazaste mi oferta, ahora te jorobas.

—¿Y a qué acuerdo habéis llegado?

—Se viene conmigo seis meses a Estados Unidos —respondió John desde la puerta—, mientras yo arreglo los papeles y después nos volvemos.

—¡Me alegro tanto! —gritó Gilda y se levantó de un salto para abrazar a John y éste, como siempre, la cogió en volandas—. Anda, bájame, que te vas a lesionar.

—¡Mi grandullón puede contigo de sobra! —dijo Maya defendiendo a su chico.

Gilda se alegraba una barbaridad por ellos y de verdad quería celebrar las buenas noticias, sin embargo, se excusó diciendo que mejor que terminaran de reconciliarse en privado. Ya tendrían tiempo de salir por ahí los tres a brindar.

Retomó la lectura del diario de Etta.

Si creía que ya estaba todo encarrilado, se equivocó, pues de nuevo surgieron complicaciones. Etta llegó a Londres y encontró una ciudad preparándose para lo peor. Sumida en la agitación propia de la guerra.

Con los documentos que tenía en su poder, los que había escondido en el forro de su abrigo marrón, se dirigió a las oficinas del banco con el que su padre había hecho negocios y donde estaban los depósitos de dinero de los Wagensberg. Desconocía la cantidad exacta a la que

ascendía el capital, pero eso ya daba igual, lo retiraría todo para viajar a Estados Unidos, donde se sentiría a salvo, ya que en Europa podía ocurrir cualquier cosa.

Fue recibida en persona por Samantha Boston, la directora del banco. Etta se sorprendió al saber la cantidad que sus padres habían acumulado, con ese dinero podría llevar una vida tranquila.

Al fin las cosas parecían ir bien, sin embargo, todo se truncó de nuevo al descubrir que estaba embarazada. Había tomado precauciones, las que le habían enseñado en aquel antro de Berlín, pero por lo visto no habían sido efectivas.

Y lo peor era que no podía saber con exactitud quién era el padre. .

Por primera vez en mucho tiempo, se permitió el lujo de llorar.

A principios de 1942 dio a luz a una niña. Durante el embarazo pensó que la repudiaría, no obstante, en cuanto la tuvo en brazos supo que no se separaría de ella. Le puso el nombre de su madre, Guillermina, e hizo planes para abandonar Inglaterra con ella. Unos planes que tuvo que aplazar, porque era imposible atravesar el Atlántico. Los submarinos nazis atacaban los barcos que intentaban ir de Gran Bretaña a Estados Unidos y el riesgo de acabar en el fondo del océano era muy alto.

Se instaló a las afueras de Londres, en una casita modesta, pues no quería gastar más de la cuenta. A pesar de que allí nadie la señalaba, corría los mismos riesgos que el resto de la población y la espera se le hizo eterna.

La única alegría en aquellos meses de espera, que luego se convirtieron en años, era la pequeña Guillermina. Hacía ya tiempo que ni pensaba en quién de todos los desgraciados con los que había tenido que acostarse podía ser el padre. Ante los vecinos, era una pobre viuda, una de tantas, de esa forma evitaba preguntas incómodas. La niña había heredado los rasgos arios de su progenitor fuese éste quien fuese, rubia, de piel blanca y con unos reveladores ojos azules, nada que ver con los suyos.

Las noticias que leía cada mañana en el periódico no auguraban un final próximo; no obstante, Etta no se resignó. Tenía la esperanza de que todo aquel despropósito acabaría y que la balanza se inclinaría del lado aliado.

Tuvo que esperar hasta el verano de 1946, ya que, al tener pasaporte austriaco, no le resultó fácil; se había creado un clima de sospecha muy peligroso y cualquiera podía ser investigado y detenido. Etta recurrió a sus contactos, en concreto a Samantha Boston, la directora del banco, que pudo ayudarla y conseguirle el visado para los Estados Unidos.

—Madre mía de mi vida... —suspiró Gilda, llorando a moco tendido.

Tuvo que dejar a un lado el diario para no estropearlo con sus lágrimas. Buscó pañuelos de papel, pero no tenía ninguno a mano, así que agarró la camiseta y se sonó de forma sonora.

Respiró hondo, era tarde, sin embargo, quería seguir leyendo, pues todavía quedaban muchas páginas y deseaba conocer bien a aquella mujer tan extraordinaria.

Durante los siguientes años, Etta escribió poco. Hablaba principalmente de cómo se adaptaba a

la vida en Nueva York. Pese a tener dinero, buscó un empleo, pero como no tenía ninguna cualificación, el único que obtuvo fue de limpiadora de oficinas. Eso le permitía trabajar por las mañanas, mientras la niña estaba en el colegio.

Aunque obtuvo algo más que un sueldo por fregar y destrozarse las manos y las rodillas. En las papeleras que vaciaba encontró multitud de informes económicos que empezó a llevarse a casa y leer con atención. Esa información le sirvió para hacer pequeñas inversiones con el capital que guardaba celosamente.

No siempre acertó y sufrió algunas pérdidas, sin embargo, al cabo de unos años, el balance era muy positivo y dejó su trabajo como limpiadora.

Intentó averiguar el paradero de sus padres, pero sólo obtuvo respuestas imprecisas, pues había una lista interminable de desaparecidos. Al final se convenció de que ambos pudieron tomarse a tiempo la cápsula.

Conoció a un hombre, Benjamin. Ella pensaba que después de tantos años sola, concentrada tan sólo en su hija y en el trabajo, no volvería a confiar en ninguno, pero Benjamin parecía el hombre ideal. Trabajaba en una agencia de seguros, tenía cuarenta y cinco años, la respetaba y se mostraba paciente.

Etta, pese a todos sus temores pasados, y a punto de cumplir los treinta, pensó que era el momento de llevar una vida normal, de relacionarse, de permitirse el lujo de ser una mujer con ilusiones.

Tenía una vida satisfactoria, con una hija preciosa y sana y un compañero con el que disfrutar de buenos momentos y de la pasión, además de poseer un negocio próspero, pues ejercía de asesora financiera para pequeños ahorradores.

Gilda sonrió emocionada al ver que, por fin, sus sueños se hacían realidad. Aquel diario era como una novela romántica en la que la heroína atravesaba mil vicisitudes antes de ser feliz. Etta Wagensberg se merecía aquello y mucho más.

Le quedaban algunas páginas y supuso que en ellas encontraría anécdotas de su vida como mujer casada y feliz. Leyó por encima y de repente se le borró la sonrisa cuando llegó a una entrada de 1955.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Etta, al enterarse de que estaba embarazada, se sintió feliz y, si bien aún no se había casado con Benjamin, bien podían hacerlo. Pero al comentárselo a él, se mostró esquivo, molesto y eso hizo que sospechara. Averiguó que estaba casado y que tenía otra familia. Y no sólo eso, aprovechándose de la confianza que ella le dispensaba, le había robado clientes y dinero. No lo suficiente como para arruinarla, pero sí cantidades importantes, que mermaron sus ahorros.

Así que de nuevo tuvo que afrontar sola su próxima maternidad y, para evitar que la señalaran por ser madre soltera, cambió de barrio. Le tocó apretarse el cinturón, pues, al no poder trabajar, sólo disponía de sus ahorros para salir adelante.

Dio a luz a un niño a finales de 1955. Le puso el nombre de su padre, Elijah, así volvería a

haber un Elijah Wagensberg.

—No me extraña —murmuró Gilda, al leer que Etta juraba por sus hijos que no volvería a confiar en los hombres, en ninguno sin excepción.

A partir de aquel momento se concentró en su familia y en su negocio. Nada más. Aparecían referencias a hombres que se interesaban por ella, sin embargo, Etta los rechazaba a todos sin contemplaciones, sin darles ni una oportunidad.

Poco a poco sus inversiones remontaron y, ayudada por Guillermina, que había acabado sus estudios de Derecho, a finales de los setenta tenía una empresa financiera sólida, rentable y respetada.

También contó con Elijah, que, tras acabar asimismo estudios universitarios, se unió a la empresa familiar, consiguiendo ampliarla hasta convertirla en una de las principales sociedades de inversión.

Unos años después, en vista de que a sus hijos les iba bien, y a punto de cumplir los setenta años, Etta decidió retirarse. Guillermina ya le había dado dos nietos, y Elijah estaba a punto, así que ya no le podía pedir más a la vida.

En sus últimos años apenas escribía y de lo único que se lamentaba era de no haber podido restaurar la memoria de sus padres. Incluso viajó a Viena, porque en su país de nacimiento querían enmendar de algún modo los errores del pasado. Acudió animada por sus hijos. Vio que en su antigua casa habían montado un estudio de diseño. No quiso saber nada más y regresó al que consideraba su hogar.

Poco antes de morir, le entregó el diario a Guillermina, pues ni ella ni Elijah conocían todos los detalles. Tampoco había sido capaz de confesarles quién era el padre de cada uno, avergonzada. Sin cuestionar ni una sola de las acciones de su madre, ahora que tenían medios para hacerlo, sus hijos decidieron recuperar, en medida de lo posible, el patrimonio que le habían robado a la familia Wagensberg.

Un empeño difícil, pues encontraban multitud de trabas que a veces el dinero podía salvar, pero en otras ocasiones les era imposible seguir.

Esa tarea ahora la llevaban a cabo los nietos de Etta.

—Y yo voy a hacer lo posible por ayudarlos —afirmó Gilda en voz baja.

Eran ya las cinco de la madrugada. Iba a dormir muy poco, sin embargo, no le importaba.

\* \* \*

Lo primero que hizo al levantarse y entrar en la cocina para prepararse un café bien cargado fue poner los ojos en blanco, porque se encontró a John, o mejor dicho el culo de John, moviéndose de forma escandalosa sobre Maya.

—Por Dios, que sólo quiero un café —protestó Gilda y se dio media vuelta.

Pasaría primero por la ducha, para darles tiempo a que acabaran el polvo mañanero.

Consiguió llegar a la hora al trabajo y, cuando llevaba una hora sentada en su puesto, pensó que debía organizar un plan serio para acceder a los archivos de su familia. Una excusa creíble, porque después de haber tenido un arranque de dignidad delante de su padre, resultaría sospechoso si de repente se prestaba a ayudar.

Lo primero era disponer de tiempo, pero le debían días libres, así que se acercó al despacho de Anselmo. Por supuesto, no fue fácil, pues su jefe le hizo un sinfín de preguntas que rozaban la grosería y acercándose más de lo prudente.

Gilda aguantó el interrogatorio y el olor corporal de Anselmo durante veinticinco minutos y después regresó a su puesto. Se le iba a hacer eterno hasta las dos en punto, aunque no quedaba más remedio.

A media mañana se fue con Maya a tomar un café y su amiga le soltó:

—Yo tengo cara de sueño, el motivo es evidente...

—Y tiene nombre de militar americano —remató Gilda sonriendo.

—Pero ¿y tú? Porque, hasta donde yo sé, anoche estuviste más sola que la una.

—Eso, echa sal en la herida —murmuró Gilda suspirando, porque si bien había encontrado a un hombre con muchas posibilidades y con el que era compatible en la cama, tenía un defecto. Uno poco común y que no podía contarle a nadie—. Me quedé leyendo hasta tarde. Ya sabes, cuando una historia te engancha...

—¿Me vas a comparar un libro, por muy bueno que sea, con un maromo?

—A ver, Maya, que yo no tengo un John a mano —le recordó Gilda con cierta ironía.

—Porque no quieres. ¿Qué ha pasado con el rarito buenorro?

—Nada, hay cosas que no pueden ser y punto.

Maya hizo una mueca.

—¿Por qué no, si puede saberse? El tipo parece majo, y se conserva bien para haber cumplido los cuarenta...

«Si tú supieras», pensó Gilda.

—... y no tiene pinta de ser un zarrapastroso. Hija, que tal como está el patio, es un buen partido. Dale una oportunidad, mujer. ¿Qué te cuesta?

Gilda puso cara de buena chica y prefirió no ahondar en la cuestión, porque bastante le dolía ya el hecho de que pronto tendría que despedirse de él, y para siempre.

## Capítulo 21

—¿Tenemos claro el plan? —preguntó Gilda a los dos hombres que la miraban con una cara entre la admiración y el temor.

—No me gusta —contestó LM.

—Eso es porque se tiene que venir conmigo y no te fías —lo pinchó Bastien.

—Uno, no te confundas, rubiales; tú sólo vas a intervenir como secundario. Dos, espero que sepas poner acento francés, y tres... —Gilda se acercó a LM y, si bien su intención era darle un morreo de esos que calientan al más frío, se limitó a sonreírle—... deja de dar por el saco.

—Vale, vale. Qué marimandona, por favor —se quejó el austriaco—. En fin, me voy a mi cuarto, porque algo me dice que sobro aquí.

—Que duermas bien —le deseó Gilda con una vocecita de niña buena que, por supuesto, él se tomó a chufra.

—Lo mismo digo, querida señorita Alcázar de Virrey.

—Para ser un nazi eres bastante simpático —le espetó Gilda y él le hizo un saludo militar.

—Por fin solos —murmuró LM, mientras recogía los platos de la cena.

El plan que había ideado Hermenegilda no le gustaba mucho. La razón principal era que él se quedaba fuera, como un mero espectador. La explicación de ella era lógica, su familia lo conocía y por tanto no podía presentarse de nuevo en su casa.

Para ese menester el elegido había sido Bastien, que se metería en el papel de un reputado tasador francés de arte. Así mataban dos pájaros de un tiro, pues lograban que el austriaco pudiera acceder a los cuadros y confirmara su autenticidad sin levantar sospechas.

—Deja eso, que lo limpie tu mayordomo —le dijo ella.

LM se encogió de hombros y continuó fregando los cacharros, era una buena manera de tener las manos ocupadas y no abalanzarse sobre Hermenegilda, tal como le pedía el cuerpo. Sin embargo, ella no se lo puso fácil cuando la sintió a su espalda y menos aún cuando lo abrazó.

—¿Qué te inquieta? —le preguntó en voz baja.

LM inspiró hondo.

—No puedo evitar preocuparme por ti.

—Lo sé. Pero debes ver el lado positivo; en cuanto consigamos esa información...

—La misión acabará y yo tendré que irme —remató él con evidente pesar.

—¿Prefieres fallarle a tu jefa y pasar más tiempo... —tragó saliva antes de finalizar la pregunta —... conmigo?



—Sí —admitió en voz baja y a ella se le revolucionaron todas las terminaciones nerviosas—. ¿Te extraña?

Gilda cerró los ojos y se quedó allí, apoyada en su espalda, tratando de controlar, sin éxito, aquella sobredosis sensorial.

Él se dio la vuelta despacio y cuando la tuvo frente a frente, le acunó el rostro e intentó sonreír, algo que rara vez hacía.

Ella se acercó a sus labios. Encontrar palabras en aquel instante para definir cómo se sentía era una pérdida de tiempo, prefería demostrarle que, a pesar de que su relación tuviese los días contados, estaba dispuesta a exprimir el tiempo que pudieran estar juntos.

—¿No me vas a besar?

—A veces tu descaró me desconcierta.

Gilda sonrió y se tomó la respuesta como un halago.

—Entonces, tendré que ser más descarada aún...

Él, desconcertado o no, pero sí excitado, dejó que ella tomara la iniciativa. Gilda le mordió el labio inferior, apretándose bien contra LM, que no dudó en posar ambas manos en su culo.

—Me encanta tu descaró —jadeó.

—Pues esto es sólo el principio —replicó y metió una mano entre ambos cuerpos para colocarla sobre su erección. Presionó sin dejar de besarlo y no se conformó con palparlo, empezó a jugar con la cremallera.

—Vas a volverme loco...

La temperatura empezaba a resultar preocupante. Ella tenía la mano dentro de sus pantalones y él intentaba desabrocharle el sujetador. Maldijo, porque los jodidos cierres se le resistían.

—Esto es un artefacto del demonio —se quejó, haciéndola reír.

Gilda sacó la mano de sus pantalones, dio un paso atrás y, sin quitarse la camiseta, se deshizo del sostén. A continuación balanceó la prenda negra delante de las narices de LM.

—¿Buscabas esto? —le preguntó con aire juguetona.

—¿De verdad necesitas llevar ese instrumento de tortura?

Ella, en vez de explicárselo con palabras, le tiró el sujetador a la cara y se puso a dar saltitos, dejando que sus pechos botaran libres.

Y, para excitarlo un poco más, se quitó la camiseta y se sujetó las tetas, ofreciéndoselas.

—Haz algo más que mirar...

Obediente, LM se inclinó y atrapó un pezón entre sus labios. Pero se dio cuenta de que en aquella postura no podía succionar tal como deseaba, así que cayó de rodillas.

—Mucho mejor —gruñó, sin apenas apartarse.

—Oh, sí —corroboró ella, enredando las manos en su cabello, lástima que lo tuviera tan corto.

Él continuaba chupando con fuerza, sin importarle que estuvieran en la cocina. Hasta hacía no mucho, se hubiera puesto nervioso y buscado cualquier pretexto para ir al dormitorio, pues eso de meterse mano en un lugar donde podían tener testigos no era lo suyo. En cambio, ahora le daba

igual. Tras escuchar de su descarada boca palabras como «haz algo más que mirar», mandó a la mierda cualquier recelo.

—Estoy muy cachonda —jadeó—. Mucho... Demasiado...

—Me hago una idea.

—No, no te la haces... —replicó ella.

Lo apartó, no porque estuviera a disgusto, sino porque sentía tal hormigueo entre sus muslos que con los pantalones puestos se sentía muy incómoda.

—¿Qué más puedo hacer por ti? —preguntó LM arrodillado a sus pies y dispuesto a todo por complacerla.

Además de excitada, seguía desnuda de cintura para arriba, con los pezones erectos y, como se los había chupado con ganas, humedecidos y con ganas de más.

—Llevarme al desván —propuso Gilda, pues había oído una conversación entre LM y Bastien en la que el rubiales decía que el otro le tenía prohibido entrar y ella sentía demasiada curiosidad como para no satisfacerla.

LM se puso en pie y la besó.

Una maniobra un tanto burda para despistarla. Había cosas que lo avergonzaban y una de ellas era el desván, donde, por no tener, no tenía ni una cama. Le gustaba dormir en el suelo, de esa forma recordaba de dónde venía.

—Lesmes... —susurró Gilda pegada a sus labios—, quiero ir al desván.

—¿Estás segura?

—Sí.

Sin estar convencido de que fuera buena idea, se agachó para recoger su camiseta y entregársela, pero Gilda encabezó la marcha sin cubrirse.

Subir tras ella fue una tortura, pues tenía delante de las narices, en sentido literal, su estupendo trasero y, claro, le fue inevitable pensar en la sodomía. De acuerdo, debería dejar atrás un término tan arcaico, y más teniendo en cuenta lo a gusto que había cometido ese pecado con ella. Y lo predispuesto que estaba a repetir.

—Vaya... —murmuró Gilda al contemplar la espartana estancia.

—Lo siento —dijo él a su espalda y se contuvo para no apartarle el pelo y besarla en la nuca.

—¿Por qué? —replicó ella, mirándolo por encima del hombro—. Tiene pinta de... —hizo una pausa y después sonrió mientras añadía—: de club temático.

—¿Perdona?

—Sí, hombre. Esos clubes donde la gente paga una pasta por pasarlo mal. ¿Tienes cuerdas, un cilicio o algún instrumento de tortura para divertirnos?

—Hermenegilda, por Dios —masculló él. Ni loco iba a mostrarle los objetos con los que él mismo se infligía dolor.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y, sin dejar de sonreír, murmuró:

—Bueno, nos apañaremos con lo que tengas. Es que eso de la mortificación de la carne pone

mucho, entiéndelo.

LM se apartó un instante y cerró la puerta. El desván lo tenía más o menos recogido y los utensilios escondidos. O eso creía...

—Maldita sea...

—Oh, oh, oh —jadeó ella, arrodillándose junto a donde él dormía—. ¡Unas disciplinas de cáñamo! Siete cuerdas...

—Los siete pecados capitales —apuntó él.

—Y las siete virtudes —apostilló ella, y LM asintió.

Gilda sujetó en su mano el pequeño látigo y lo movió despacio sobre su brazo, acariciándose con él. Un uso mucho menos dañino, desde luego.

Él contuvo el aliento cuando lo deslizó por su espalda de manera suave, rozando su piel, no lastimándola.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó Gilda y al medio segundo se dio cuenta de lo que hacía LM con las disciplinas.

Él inspiró hondo.

—No son objetos de diversión.

—Depende de cómo se mire —lo contradijo y continuó jugando con las cuerdas, moviéndolas por su piel y, para ponerlo más cardíaco aún, comenzó a restregarlas entre sus pechos, dejando que los nudos sensibilizaran sus pezones.

Para que LM dejara de ver aquel objeto como algo que sólo causaba dolor, debía asociarlo también con el placer y, además, a ella también la excitaba la idea de jugar con un artilugio como aquél.

—Y, dime, ¿cuánto llevas con esta joyita?

—Es del siglo dieciocho —respondió él.

—¡No me jodas! —exclamó alucinada.

—Son tuyas, si las quieres.

Gilda por poco no se echa a llorar de la emoción.

—Ven aquí —le pidió y, sin tardanza, LM se arrodilló junto a ella—. Termina de desnudarme y acaríciame con esto.

LM tragó saliva.

—Hermenegilda...

—Hazlo —lo interrumpió exigente y se puso de pie delante de él para que pudiera llevar a cabo la orden.

«Esto se me está yendo de las manos», pensó él y, pese a que la lógica le dictaba negarse, se acercó a ella manso, obediente y le quitó los pantalones.

—Así me gusta —susurró Gilda encantada y se acostó boca abajo sobre las mantas a la espera de que cumpliera el resto de su petición.

LM se pasó una mano por el pelo. Definitivamente estaba perdiendo el norte. Tras escuchar de

su boca «desnúdame», seguido de «acaríciame», ya era incapaz de ser coherente.

No iba a hacerle daño, de ninguna de las maneras lastimaría su piel. Aunque en el momento en que volviera a sujetar en su mano las disciplinas sería como darle un sorbo de alcohol a un abstemio.

Se quitó él también la ropa y se arrodilló tras ella, observándola a placer, pues, a pesar de haberla visto ya desnuda y de disfrutar con cada curva, quería deleitarse una vez más; almacenar recuerdos, por muy dañinos que éstos fueran en el futuro, cuando le recordasen lo que no volvería a tener. Y no se refería a un cuerpo femenino.

—¿A qué esperas? —musitó ella sugerente, mientras se recogía el pelo en un moño improvisado, que se le deshizo en cuando apartó la mano.

—A recobrar el sentido común —comentó LM con sarcasmo, demorando lo inevitable.

Gilda, al notar su indecisión, le pasó el látigo de cuerda y dijo:

—Necesitas esto.

Él cerró los ojos un instante, mientras sentía el tacto rugoso del cáñamo en su mano.

Sí, era todo un reto.

—No voy a dejarte marcas —le advirtió, por si acaso era lo que buscaba—. Te pongas como te pongas.

—Hummm... —ronroneó ella y añadió—: *Flagellum me.*<sup>1</sup>

—Maldita sea...

—*Hic et nunc*<sup>2</sup> —añadió en latín y lo miró por encima del hombro, pues sabía muy bien lo mucho que lo excitaba que le hablara en ese idioma.

LM dejó caer las disciplinas sobre su culo, una visión tan perturbadora como excitante. Lo hizo con suavidad y luego arrastró las cuerdas hacia abajo, acariciándole la parte trasera de los muslos.

Gilda suspiró, pero no de placer.

—¿Podrías ser un poco más... contundente?

Renuente, él lo hizo, esta vez empezando por el hombro derecho. Se lo golpeó, ni de lejos con la fuerza que empleaba consigo mismo, pero sí con la suficiente para que ella siseara.

LM se asustó y a punto estuvo de poner fin a aquella locura. Si no lo hizo fue porque Hermenegilda gimió y diferenciaba muy bien cuándo era de placer.

Ella sólo articuló una palabra:

—Más...

—No sabes lo que me estás pidiendo... —protestó él sin demasiada convicción, porque, por mucho que quisiera resistirse, la visión de aquella retaguardia desnuda y el contraste que ofrecía el cáñamo sobre su piel, era como para permanecer de rodillas y no levantarse jamás.

Pese a sus reticencias, empezó a azotarla. Con cada golpe, ella se contoneaba y gemía, lo que hacía que LM aumentara la fuerza y de ese modo, sin querer, terminara cediendo a las pretensiones de Gilda.

Cada vez que una de las siete cuerdas del látigo entraba en contacto con su piel, ella inspiraba hondo, jadeaba y, sin mucho disimulo, se restregaba contra la áspera tela de las mantas.

—Estoy tan excitada —gimió.

—¿Puedo ya mandar a paseo este trasto y satisfacerte de otra manera? —preguntó LM, porque estaba igual de excitado.

—Hummm —musitó Gilda cambiando de postura hasta quedar de medio lado y poder mirarlo, o, mejor dicho, mirar su polla, que pedía a gritos un poco de atención.

Nada de un poco, mucha atención.

Estiró el brazo hasta posarle una mano sobre el muslo y, si bien alcanzaba hasta su erección, optó por ser mala y se limitó a tocarlo y a sonreír de medio lado cuando él inspiró hondo.

—¿Y qué me ofreces? —preguntó con voz ronca.

—Sabes que no puedo negarte nada, a las pruebas me remito —dijo, señalando las disciplinas que aún sostenía en la mano.

—Ven aquí... —le pidió ella recostándose hasta quedar tumbada, con las piernas separadas—. Y compláceme... un poquito más. Y ya que estás arrodillado...

Encantado o más bien entusiasmado, LM se colocó entre sus piernas y no dudó en trazar un camino ascendente de besos por el interior de cada muslo, hasta llegar a su sexo. Quiso ser malo también, hacer que se retorciera de impaciencia, pero en cambio fue directo al clítoris y empezó a presionarlo con la punta de la lengua. Gilda, en respuesta, además de gemir de manera escandalosa, elevó la pelvis para que el contacto fuera aún más estimulante.

—Eres pura delicia —gimió él también, levantando un instante la mirada para contemplar aquella estampa tan sensual: Hermenegilda, con los ojos entrecerrados, jadeaba y se acariciaba los pezones, desinhibida y pasional como ninguna otra.

Sintió un pequeño aguijonazo al pensar que, en breve, se vería obligado por su condición a renunciar a ella. Pero no era momento para la amargura, tenía una misión, complacerla, y ése debía ser su único pensamiento.

—Hazlo —exigió ella cuando sintió cómo, además de pasar la lengua por cada recoveco de su sexo, la penetraba con dos dedos y acercaba titubeante un tercero, probablemente el meñique, a la parte de atrás—. Hazlo...

A LM esas prácticas, otrora censurables (bien lo sabía él), lo excitaban y no dudaba en obedecer, por eso le metió el meñique en el culo y la oyó gritar de puro placer.

—Estoy a punto... a punto...

—Pues disfruta, Hermenegilda —susurró, sin despegar la boca de su sexo—. Disfruta...

—Oh, sí, por supuesto —convino ella, concentrándose en el orgasmo, intenso e inminente, que se avecinaba.

Gritó sin ningún tipo de complejo, sin pudor, sin vergüenza cuando se corrió, y él, lejos de apartarse, continuó lamiéndola, eso sí, a un ritmo más pausado, hasta que Gilda dejó de estremecerse.

Después, LM gateó hasta situarse cara a cara y esperó a que ella abriera los ojos.

Cuando lo hizo, vio que le sonreía con absoluta satisfacción, mezclada con una ternura que de nuevo lo inquietó. Conocer el desenlace de todo aquello lo estaba matando.

—Aún sigo cachonda —susurró, acariciándole los labios, esos con los que le había proporcionado un intenso placer.

—¿Ah sí?

—Ajá —contestó y estiró el cuello para besarlo—. Y si no recuerdo mal, podemos prescindir de los condones...

LM tragó saliva y asintió despacio.

—No sé qué se te está pasando por la cabeza, pero sea lo que sea...

—Darme carta blanca es un peligro —dijo ella en voz baja y se lamió los labios en una actitud de descaro que a él lo hizo temblar.

—Estoy a tu servicio —replicó y no dudó en besarla.

—Pues prepárate..., la sodomía te va a parecer un juego de niños...

## Capítulo 22

—¿Dónde vas con ese traje? —preguntó Gilda mirando al austriaco de arriba abajo y frunciendo el cejo.

Estaba tomándose un café a primera hora de la mañana, a la espera de que Bastien estuviera listo, para llevar a cabo su plan.

—¿Qué le pasa? Es de Hugo Boss —replicó él y, sí, el traje era perfecto, gris oscuro, con camisa blanca y sin corbata. Lo completaba con zapatos negros relucientes. Con su pelo rubio peinado de manera conservadora, tenía un aspecto de ejecutivo alucinante, de esos que hacen babear a cualquier mujer y a muchos hombres.

LM, que conocía los gustos de su compañero, aprovechó para lanzarle una pulla.

—Perdónale, para él vestir de Hugo Boss es como llevar el uniforme, no lo puede remediar.

—Muy gracioso —se burló el rubio.

—Vamos a ver, nazi —intervino ella y pronunció «nazi» de manera que al aludido le hizo gracia—, se supone que el experto en arte al que vas a suplantar, además de francés, es un tipo culto, aburrido e introvertido.

—¿Y eso qué tiene que ver con ir bien vestido?

Gilda resopló.

—Pues que Pierre Lamb lleva trajes baratos, poco favorecedores, incluso arrugados. Así que ya te estás quitando la americana y buscando un jersey marrón de cuello pico y soso. No tienes que causar buena impresión ni lucir ese cuerpazo que tienes.

—Gracias —dijo Bastien sonriente y después miró a su compañero—. ¿Me dejas algo de tu aburrido guardarropa?

—Vete a la mierda.

—¡Chicos, por favor!

—Ahora vuelvo —dijo el rubio.

—Sigo sin estar de acuerdo con el plan —comentó LM una vez que se quedaron a solas.

Gilda se acercó a él y pasó los dedos por su cejo fruncido.

—¿Sabes?, tú también estás de toma pan y moja con traje. No te pongas celosón.

El mosqueo de LM se debía a dos motivos, el primero, el que ya habían comentado de que no podía intervenir de forma directa, dado que la familia de Hermenegilda lo conocía, por eso sería Bastien quien entraría en acción.

El segundo motivo para mostrarse receloso era que ella iba a arriesgarse demasiado y, si bien

la lógica le decía que no había otra forma, no quería verla sufrir. Suficiente peso cargaba ya con el hecho de tener que decirle adiós en breve.

Estaba convencido de que dejar a Hermenegilda le supondría una grave crisis, y además estaba el hecho de que sabía que ella también sufriría. La diferencia era que podría encontrar a alguien que en cierto modo la ayudase a olvidar.

La idea de imaginarla con otro hombre le resultaba dura, difícil de asimilar de buenas a primeras, pero el egoísmo quedaba descartado.

—Vale ya de arrumacos —les espetó Bastien, regresando a la cocina con un jersey azul de cachemira en la mano—. ¿No tuvisteis suficiente anoche? ¡Por favor, si no pude pegar ojo con tango gemido!

Ella dio un beso rápido a LM en los labios y se acercó para coger el jersey.

—¿A que te hiciste una gayola mientras espiabas?

—¿Una gayola? —repitió el rubio y ella hizo el gesto universal de la masturbación masculina.

—¿Cómo se te haya ocurrido...? —saltó LM molesto.

—Déjalo, hombre, tiene derecho a aliviarse —terció Gilda riéndose.

—¡Me encantan las chicas del siglo veintiuno! —exclamó Bastien sonriente, sin confesar nada de lo que había hecho en su cuarto mientras los escuchaba, a fin de conservar todos los dientes, pues la expresión de LM no presagiaba nada bueno, pero tocarle las narices siempre era tentador.

—Cállate —gruñó éste.

—¿Qué haces? —preguntó Bastien, al ver que Gilda retorció el carísimo jersey de cachemira como si fuera el trapo de fregar y, no contenta con ello, también lo estiraba hasta dejarlo deformado.

—Ahora ya te lo puedes poner —dijo satisfecha, tras perpetrar semejante atentado textil.

—Esto tendrá consecuencias —masculló el rubiales en plan lastimero, mientras miraba la prenda con horror.

—Deja de dar por el culo y pónelo —lo apremió Gilda, y Bastien obedeció con cara de desdén, como si el jersey hubiera pertenecido a un leproso.

—¿Era necesario? —preguntó de forma retórica y ella asintió, aunque no la acababa de convencer del todo su aspecto, así que le propuso:

—¿Podrías andar encorvado?

—¿Perdón?

—Y practica un poco más el acento francés, se supone que os instruyen, ¿o me equivoco?

—*Oui, mademoiselle* —replicó él con una pronunciación excelente.

—Vale, me voy más tranquila. Te llamaré en dos horas, ¿de acuerdo? —dijo ella, recogiendo su bolso de la encimera.

Se acercó a LM para despedirse con un beso, que hubiera testigos no le importaba.

—Ha llegado el día D y la hora H —comentó él inspirando hondo, porque Hermenegilda iba a ir a casa de su familia y empezar la farsa.



—Por favor, elige otra expresión, ésa no me da buen rollo —le pidió Bastien.

Gilda y LM se echaron a reír.

—Lo hará bien —comentó el austriaco cuando ella se marchó.

—No lo dudo, aunque...

—Me hago el tonto, pero sé que esa mujer te afecta más de lo recomendable y nosotros...

—Oye —lo interrumpió LM, intuyendo qué diría a continuación—, llevo en esto bastante más que tú, así que ni se te ocurra darme consejos.

—No te pongas así, joder. Sólo intento que esto sea más sencillo. Y antes de que te enfurruñes, te diré que estoy de tu lado.

—Tú ocúpate de tus cosas, ¿de acuerdo?

\* \* \*

Gilda saludó a Aurora. Era mucho más que un ama de llaves. Conocía los secretos de los Alcázar de Virrey y no desvelaba nada de cuanto ocurría dentro de la casa. Si no soportaba a alguien, lo disimulaba. Nunca hablaba más de la cuenta, no se ponía enferma y no se tomaba días libres.

Gilda se dirigió hacia el estudio de su padre, pues a esa hora de la mañana seguro que estaba allí desayunando y leyendo la prensa. Leopoldo Alcázar de Virrey era un hombre de costumbres.

—Vaya, la hija pródiga ha vuelto —dijo una voz burlona, que por desgracia ella conocía muy bien.

—Buenos días, Lourdes —saludó a su madrastra, que ya estaba emperifollada, como no podía ser de otro modo.

Estuvo a punto de decirle que a lo mejor debía ir tasando las joyas para venderlas, pero prefirió ser cauta; si nada más llegar armaba escándalo, mal empezaba y su madrastra con toda probabilidad metería cizaña, por lo que su plan se podía ir al garete.

—¿A qué has venido? —la increpó tan desagradable como siempre.

—A hablar con mi padre —respondió ella sin mandarla a la mierda, como era su deseo; debía comportarse con moderación.

—Di mejor a darle más disgustos, que eso se te da estupendamente.

—Mira, Lourdes, no tengo ganas de discutir. Y si fueras un poco más espabilada, en vez de fingir preocuparte por mi padre me dejarías en paz, porque si le salvo el culo, tú podrás seguir viviendo a todo trapo, derrochando y saliendo por ahí con la cabeza muy alta, a pesar de que llevas tres meses sin pagar las cuotas de club —terminó diciendo, pues le resultaba imposible contenerse del todo.

—Eres... eres...

—Aparta, joder —le espetó, porque si ya estaba nerviosa, encima discutir con Lourdes sería nefasto y necesitaba estar relajada.

—Maleducada... Nunca has aprendido a comportarte. Flaco favor le haces al apellido de tu familia.

—Supongo que tú sabes muy bien de qué hablas, porque llevas años aprovechándote de ese apellido —replicó Gilda, cansada de sus ataques—. Y ahora, vete a gastar por ahí el dinero que no eres capaz de ganar y déjame en paz.

Recorrió el pasillo, con la decoración recargada obra de su madrastra. De pequeña no le daba importancia, pero ahora la molestaba. Tanta ostentación la desquiciaba bastante y más sabiendo que la familia no tenía liquidez.

Inspiró hondo antes de llamar con los nudillos a la puerta.

—He dicho que no quiero recibir a nadie —gruñó Leopoldo.

—Soy Gilda, ¿puedo pasar?

La puerta se abrió de repente y se encontró cara a cara con su padre. Con expresión de sorpresa y también de irritación. Gilda no podía culparle, era de esperar.

—Deduzco que tu visita es para regodearte en nuestra desgracia —masculló él, volviendo a su escritorio, a su rutina diaria.

—He reconsiderado la situación. Por eso estoy aquí —dijo ella con voz calmada.

—¿Vas a traicionar tus principios? —se burló su padre con claro escepticismo, lo que era lógico, después del arranque de honestidad de Gilda durante su anterior encuentro.

—Este fin de semana he estado pensando en todo y... —hizo una pausa para dar a entender que la situación la afectaba de verdad y que sus palabras parecieran más sinceras—... y quiero ayudarte.

—Vaya, eso sí que es un cambio de ciento ochenta grados —comentó su padre y cerró de malas maneras el periódico.

—¿Quieres discutir conmigo o solucionar la situación?

Leopoldo emitió una especie de gruñido de disgusto.

—¿Y qué propones? —inquirió de malos modos.

—Le he pedido consejo a Maya sobre los problemas que tenemos. —Gilda habló en plural para hacerle ver que se solidarizaba. Lo de mencionar a su amiga era porque Maya, igual que ella, era funcionaria de Hacienda y, por tanto, podía ser un buen apoyo a la hora de dar veracidad a su historia.

De todas formas, dudaba que su padre llamara a Maya, aunque, por si acaso, la avisaría más tarde.

—¿Sigue con ese negro? —preguntó él, pronunciando la palabra «negro» con cierto tufillo de desprecio.

—Es marine americano —le recordó Gilda—. Y sí, siguen juntos.

Leopoldo puso cara de desdén.

—¿Y cómo pretendes ayudar?

Era la pregunta que estaba esperando para ir al meollo de la cuestión. Miró de reojo la hora en

uno de los relojes del despacho. Bastien esperaba su llamada y era importante manejar bien los tiempos.

—Lo primero es conocer todos los detalles —dijo ella con cautela—. Antes de iniciar cualquier trámite, debo saber a qué me enfrento.

—Hummm... —murmuró su padre, aún desconfiando.

—Papá, no voy a arriesgar mi trabajo y meterme hasta el cuello, para después encontrarme sorpresas que lo compliquen todo.

—Hay documentos... —dijo de forma evasiva.

—El menor dato es fundamental para organizar la posible venta —afirmó ella—. Ya sabes que cualquier abogado retorcido buscará posibles lagunas para presentar una reclamación. Y la gente millonaria tiene a sueldo equipos legales muy potentes.

—Está bien, traeré todo lo que tengo —accedió, y Gilda esbozó una sonrisa; todavía no podía lanzar las campanas al vuelo, pero al menos su padre no se cerraba en banda.

—Gracias.

Se quedó a solas en el despacho que antes había sido de su abuelo. Era uno de los pocos lugares de la casa que Lourdes no había reformado. Conservaba la estética sesentera. Observó las estanterías, los voluminosos tomos negros con letras doradas de la enciclopedia Espasa, multitud de placas plateadas de homenajes y fotografías de la familia. Entre ellas, en una de las estanterías más altas, para que no se viera bien, la foto de la boda de sus padres.

Gilda tenía apenas seis meses cuando su madre murió en un accidente de tráfico, así que su única referencia era aquella fotografía que se conservaba, quizá por expreso deseo de su padre, pues Lourdes se encargó de hacer desaparecer las otras. Con su familia materna, Gilda apenas tenía contacto, pues, de nuevo la influencia de su madrastra hizo que Leopoldo se negara a que mantuviera una relación y, cuando fue lo bastante mayor como para ir por su cuenta, ya era demasiado tarde. Sus abuelos maternos la consideraban una extraña.

Los había visitado al principio, cuando, recién alcanzada la mayoría de edad, necesitaba una especie de paraguas, una familia que la cobijase, o al menos que le diera cierto apoyo moral, sin embargo, sólo recibió fría cortesía, pues pensaron que buscaba dinero, porque su familia materna no tenía nada que envidiar a la paterna en cuanto a posición social y económica. Le dijeron, de forma más o menos disimulada, que se conformase con la herencia que su madre le había legado.

Gilda intuyó que, de haber podido, hasta se la habrían quitado. Así que optó por seguir adelante sola, consciente de que no podía contar con ningún familiar. Su padre, cómo no, aprovechó para meter cizaña, recordándole quiénes eran su única familia, pero ella no se dejó engañar y, si bien no cortó todos los lazos, sí se limitó al mínimo contacto con Lourdes y con él.

Otra de las conclusiones a las que llegó entonces fue que su familia materna nunca vio con buenos ojos el matrimonio de sus padres. Sospechas confirmadas después, cuando supo que su padre engañaba continuamente a su madre y que ésta, en un arranque de niña mimada y caprichosa,

en vez de pedir el divorcio y plantar cara a un marido infiel, cogió el coche después de haber bebido y se estampó contra un árbol.

No era el mejor momento para ponerse nostálgica, hacía ya tiempo que había asumido que su infancia fue anormal y que ya no tenía remedio.

—Esto es todo lo que hay —dijo su padre regresando con unos archivadores más viejos que el hilo negro.

—Me pongo con ello ahora mismo.

—Gilda, antes de nada... te pido que no juzgues el pasado. Ocurrió y ya no hay vuelta atrás.

—Papá, no me voy a asustar ahora —afirmó sin mentir, pues estaba preparada para lo peor.

—Te dejo sola entonces. Si necesitas algo, házmelo saber.

—Sería conveniente que no me interrumpieran —sugirió, y su padre entendió a quién se refería.

—Yo me encargo.

Gilda respiró hondo al quedarse sola.

Tenía poco tiempo para buscar la información precisa e intuía que entre aquellos documentos encontraría mucha paja, inservible para sus propósitos.

Antes de abrir el primer archivador, le envió un mensaje a LM para que estuviera tranquilo y otro a Bastien para que se preparase, pues la primera parte del plan estaba en marcha.

—Vamos allá...

## Capítulo 23

Tenía que controlar su nerviosismo, pero Gilda no dejaba de morderse el labio, a medida que fotografiaba los documentos que, tras una exhaustiva selección, había considerado relevantes. En los archivadores había un sinfín de papeles, recibos, extractos bancarios y anotaciones de su abuelo y bisabuelo. Muchos de esos papeles no estaban relacionados con el asunto de los cuadros, aunque sí con el origen de la fortuna familiar. Menudo espabilado había sido Longinos Alcázar de Virrey. Un militar casi analfabeto, que no habría pasado de sargento chusquero de no ser porque se codeó con jerarcas con bastante poder e hizo, digamos, el trabajo sucio durante varios años. Entre esos trabajos estaba ayudar a nazis a escapar y los clásicos chivatazos, señalando a compañeros que no se mostraban muy entusiastas con el nuevo régimen.

Desde luego, con la de periodistas que había ávidos de escarbar en el pasado, aquellos papeles daban para mucho, incluso se podría escribir un libro. Sin embargo, desestimó la idea, pues su afán no era destruir a la familia, sólo recabar la información necesaria y así ayudar a los nietos de Etta Wagensberg.

Miró la hora, Bastien, o mejor dicho Pierre Lamb, estaba a punto de llegar.

—¿Señorita? —la llamó Aurora—. Ahí fuera hay un señor que pregunta por usted.

—Hazle pasar, por favor.

Tenía que comportarse con el nazi de forma profesional. Nada de hacerlo con confianza.

—Buenos días —dijo él, y Gilda se quedó pasmada al verlo. Un acento francés perfecto y una actitud distante, daba el pego—. ¿La señorita Alcázar de Virrey?

—Sí, pero puede llamarme Gilda —replicó tratándolo de usted y él, lejos de hacer un gesto burlón, se mantuvo en su papel.

—Encantado —murmuró y le tendió la mano.

Ella se la estrechó y le indicó que la siguiera.

Antes de entrar en materia, quería presentárselo a su padre.

Encontró a Leopoldo en el salón, por suerte ni rastro de Lourdes, lo que facilitaba, y mucho, las cosas. Él, al ver a su hija acompañada, se levantó y se acercó.

Miró a Gilda a la espera de una explicación.

—Papá, te presento a Pierre Lamb. Es un tasador de arte.

—Encantado, señor —dijo el rubio sin titubear.

—Le he llamado —prosiguió Gilda—, porque necesitamos una valoración de los cuadros.

—De eso se encarga el marchante con el que he contactado —respondió Leopoldo cortante.

—El señor Lamb nos asesora desde hace tiempo —insistió Gilda y su padre mantuvo su actitud de desconfianza, por lo que añadió—: Cuando se embargan obras de arte, es primordial contar con una tasación independiente, ajena a las valoraciones del mercado.

—No es ningún secreto que los marchantes hinchan el precio, para que su comisión aumente —apuntó «Pierre».

—¿Y? Eso nos beneficia. Si el precio sube, obtenemos mayor beneficio.

«Pierre» negó con la cabeza.

—Es un error muy común pensar eso. Verá, señor Alcázar de Virrey, el comprador, antes de realizar cualquier desembolso, buscará su propio tasador que, por supuesto, valorará la mercancía a la baja.

—Con eso ya contaba —refunfuñó Leopoldo frunciendo el cejo.

—Desde luego, pero si la diferencia de precio resulta sospechosa, el comprador puede desconfiar y echarse atrás. En cambio, si se le ofrece un precio más o menos ajustado a la realidad, la previsible negociación será más fácil. Estamos hablando de arte contemporáneo, que, si bien tiene bastante demanda, también demasiada oferta.

Gilda estaba impresionada, primero con la explicación y segundo con el aplomo de Bastien, que en ningún momento había perdido su ligero acento francés.

—Papá, debemos hacer las cosas bien.

—¿Nos disculpa un instante, señor Lamb?

Leopoldo salió del salón acompañado de Gilda, saltaba a la vista que no terminaba de fiarse.

—¿Qué ocurre?

—¿Ese tipo es de total confianza?

—A ver, si te refieres a su profesionalidad, sí. Ya te he dicho que contactamos con él cuando se embargan obras de arte.

—Ya sabes a lo que me refiero...

—Ah, bueno. Respecto al origen de los cuadros, he preferido no mencionarle nada. Pero es muy reservado, no le interesa hablar, podría perder credibilidad. La discreción es fundamental en este negocio.

—No sé, no sé...

—Papá, por favor.

No muy convencido, Leopoldo accedió a que el tasador viera los cuadros.

Para asombro de Gilda, a la que le costaba disimular su alegría, Bastien se mantuvo indiferente al comunicarle la noticia.

Los cuadros estaban en una sala acondicionada para su buena conservación, en la parte trasera de la casa. Se trataba de una estancia que se usaba poco, una sala de recibo, como decía siempre la abuela de Gilda, aunque hacía tiempo que las visitas no accedían a ella. Leopoldo se había vuelto muy desconfiado y puede que también los rumores sobre la mala situación económica de la familia hubiesen mermado las amistades.

A Gilda le costaba permanecer impasible, pero al rubiales no. Se quedó delante de los cuadros y hasta los miró con cierto desdén. Preguntó en tono educado y profesional si podía hacer fotografías y Leopoldo accedió a regañadientes.

«Pierre» sacó de su maletín una espectacular cámara fotográfica y empezó a tomar imágenes. Solicitó que descolgaran los cuadros y también los fotografió por la parte trasera. Allí vieron un sello, algo descolorido, en el que se distinguía una esvástica.

Ni siquiera en ese instante Bastien perdió la concentración.

—¿Tiene documentos que acrediten su autenticidad? —preguntó, y Gilda respondió:

—Sí, por supuesto. Si es tan amable de acompañarme...

Ella contaba con que su padre los acompañaría, en cambio, los dejó a solas en el despacho, con los documentos.

—Me quito el sombrero —murmuró Gilda, nada más cerrar la puerta.

—Gracias. Pero no tenemos tiempo para cumplidos. ¿Qué has conseguido?

Ella le mostró todas las fotografías que había hecho con su móvil, no eran pruebas definitivas, pero podrían servir.

Estuvieron un buen rato a solas, comprobando de nuevo los archivos, por si a Gilda se le había escapado algo, porque no tendrían más oportunidades de acceder a ellos.

—Un momento —siseó él y se acercó a la puerta.

—¿Qué pasa?

—¿Has pasado las fotos a una memoria USB?

Ella negó con la cabeza un tanto extrañada de que Bastien manejara tan bien las nuevas tecnologías.

—No, ¿por qué?

—Envíalas a mi correo electrónico. ¡Ya!

Gilda no comprendía aquellas prisas, sin embargo, empezó a enviar todas las fotografías, un tanto nerviosa ante el tono preocupado de Bastien.

Éste permanecía junto a la puerta y la entornó para que pudieran oír una conversación.

—Eso es imposible, Aurora, por Dios —decía Leopoldo, tenso.

—Que sí, señor, que conozco a ese hombre. Ya ha estado aquí —dijo la voz de la mujer.

—Joder —farfulló Gilda.

—Mierda...

—Yo era una niña, pero estoy segura. Y si no es él, seguro que es un descendiente. Aún no chocheo, señor.

—¿Te ha reconocido? —preguntó Gilda en voz baja.

—No puede ser... —dijo Bastien preocupado—. ¿Has terminado de enviar los correos?

—Casi...

—Pues termina, que esto se está poniendo feo. Y borra todas las pruebas —añadió, cambiando la tarjeta de memoria de la cámara por si acaso.

—Estoy en ello —dijo ella, apurada.

—Bien, hay que actuar con normalidad.

Entonces oyeron la voz estridente de Lourdes, que acababa de llegar y que no dudó en aprovechar la oportunidad de meter cizaña.

—Te lo advertí, Leopoldo, Hermenegilda no es de fiar.

—Aurora está mayor. No dice más que incoherencias —dijo su padre, desechando la extravagante información de Aurora.

—Pues yo la veo muy cuerda. Aquí hay algo sospechoso. ¿No te parece extraño que se niegue a colaborar y que de repente aparezca dispuesta a salvarte? —preguntó Lourdes.

—Joder, qué cariño te tiene —comentó Bastien sin apartarse de la puerta entreabierta—. ¿Te falta mucho?

—Ya casi acabo —contestó tensa.

Oyó cómo su padre le explicaba a Lourdes que su hija había llamado a un tasador y que estaban comprobando los documentos para redactar un informe. La madrastra, aparte de hacer comentarios despectivos sobre Gilda, mostró su disconformidad y, siendo como era una experta en sembrar la discordia, al final logró su objetivo y el padre de Gilda abandonó su actitud conciliadora.

—Vienen hacia aquí —la avisó Bastien—. Aguanta. Yo te cubro hasta el final.

Y, adoptando de nuevo el papel de experto en arte, frío y sin emociones, cogió un papel al azar. Cuando Leopoldo y su mujer entraron, ni siquiera los miró.

—Estamos a punto de acabar —dijo Gilda como si todo fuera normal, sentada tras el escritorio, aparentando una tranquilidad que no sentía ni de lejos.

—¿Nos tomas por idiotas, Hermenegilda? —atacó su madrastra, como siempre exagerando cuando se trataba de herirla.

—Lourdes, por favor —intervino su marido, en un intento de calmar los ánimos para no dar la nota delante de un extraño.

—Ya empezamos —murmuró Gilda, resoplando—. Papá, ¿le has explicado que intentamos solucionar ciertos problemas y que no es de mucha ayuda que ahora monte un pollo?

—Este hombre no es Pierre Lamb —atacó de nuevo Lourdes, señalando a Bastien.

—¿Disculpe? —replicó él ofendido.

—Mi ama de llaves le conoce. Usted no es quien dice ser.

—Aclaremos esto de una vez —terció Leopoldo, frotándose las sienes.

—Señorita Alcázar de Virrey, me temo que no puedo permitir que se me insulte de esta manera, así que, lamentándolo mucho, no acepto el trabajo —aseveró Bastien con una convicción que dejó a Gilda patidifusa. Y, para dar más veracidad a sus palabras, sacó la tarjeta de memoria de la cámara y la tiró a la papelera.

La tarjeta no contenía nada, por supuesto, pero era una estupenda maniobra de distracción.

Dicho eso, «Pierre» cogió su maletín y salió del despacho.

—Estarás contenta —le espetó Gilda a su madrastra.



—No, no lo estaré hasta que admitas que tramas algo —respondió Lourdes rabiosa—. Tú no haces nada de forma altruista. Seguro que intentas engañar a tu padre.

Gilda dio un respingo y miró a su progenitor a la espera de que éste hiciera o dijera algo en su defensa, pero una vez más, permaneció callado ante los ataques de Lourdes.

—¿Engañarle? ¿Cómo? —preguntó furiosa, a ver si la tonta de los cojones desbarataba su plan.

—¿Te crees que no sé lo que pretendes?

—Papá, ¿de verdad tengo que aguantar esto?

—No te hagas la víctima, Hermenegilda —se adelantó su madrastra, antes de que Leopoldo tuviera oportunidad de intervenir—. Todo este numerito del tasador es sólo una argucia para quedarte con parte del dinero.

Gilda estuvo a punto de sonreír aliviada, porque la avariciosa de Lourdes pensaba que quería estafarlos.

—¿Es eso cierto, hija? —preguntó su padre con un tono de voz que la crispó, ya que indicaba que daba crédito a las acusaciones de Lourdes.

—De verdad, papá, ¿siempre tienes que creerla a ella en vez de a mí? ¿Cuántas veces vas a seguirle el juego?

—Contesta —la apremió su madrastra, satisfecha de ponerla en un aprieto.

La cuestión era que la muy bruja sólo pretendía tocarle la moral, buscarle problemas, hasta ahí nada nuevo, sin embargo, Gilda quería largarse antes de que se complicaran más las cosas.

—¿Y cómo se supone que voy a engañar a mi padre? —preguntó, remarcando la palabra «padre».

—Mira esto, Leopoldo —le pidió Lourdes, mostrándole la pantalla de su móvil—. Éste es el verdadero Pierre Lamb y no es ese tipo que ha traído ella.

—¿Cómo explicas esto? —preguntó su padre, mirándola enfadado.

«Mierda», pensó Gilda.

—Yo sólo contacté con su oficina —improvisó— y éste fue el tipo que apareció.

—¿Y no lo conocías en persona? —indagó Lourdes, satisfecha de verla en un aprieto.

—Pues no. Yo trabajo de cara al público, no me ocupo de embargos de obras de arte ni de nada similar. No es mi departamento. Yo sólo le pregunté a un compañero y me dio el número de teléfono.

—No te creo —se burló Lourdes—. Llevas mucho tiempo queriendo meter mano en la fortuna de nuestra familia.

—¿Qué fortuna? —se guaseó ella—. Tengo entendido que en esta casa escasea el dinero. Y seguramente tú sí has metido mano muchas veces en el dinero de los Alcázar de Virrey.

—¡Leopoldo! —exclamo ofendida—. ¿Cómo le consientes que me hable así?

—Y respecto a la familia, ojito, que tú y yo no somos nada, por mucho que te empeñes en meter las narices donde no te llaman —remató, harta de Lourdes.

—Hermenegilda, no le hables así —la reprendió su padre, y la otra, como una zorra, sonrió.

—Siempre igual. Ella inventando pestes sobre mí y tú defendiéndola, en vez de molestarte en preguntarme primero, papá —se quejó Gilda, que, a pesar de haber cerrado esa herida hacía tiempo, de vez en cuando aún le escocía, pero en la actual situación le convenía que tanto su padre como Lourdes recayeran en el viejo vicio de atacarla y así poder desviar la atención de su verdadero propósito.

—Dejemos el pasado atrás de una maldita vez, os lo pido a las dos.

—Pues que no siga vertiendo falsas acusaciones —contestó Gilda.

—Enséñanos tu teléfono —exigió Lourdes muy ufana.

Leopoldo frunció el cejo.

—¿Por qué? —preguntó Gilda haciéndose la tonta.

—Si tu padre te preocupa tanto como dices, en este rato habrás estado trabajando y redactando un informe.

—Es lo que he hecho —dijo y le mostró las notas que había ido tomando, no sólo para disimular por si su padre aparecía, sino para ella misma y para facilitarles a LM y Bastien su misión.

Su padre leyó por encima lo que había escrito y miró de reojo a Gilda. Estaba tan cansado de los continuos enfrentamientos... Entendía a su hija mayor, el rencor acumulado durante tantos años en los que él había mirado hacia otro lado, porque le resultaba más sencillo creer a su mujer y así evitar disputas con ella.

—Déjanos solos, por favor —dijo, dirigiéndose a Lourdes—. Quiero hablar con mi hija.

—Tu hija se larga de aquí —replicó Gilda—. Había venido dispuesta a echar un cable y me encuentro de nuevo con esta tiparraca, que lo único que hace es gastar tu dinero y humillarme. Pues bien, dentro de poco no va a poder hacer lo primero y, respecto a lo segundo, que te den por el culo, Lourdes.

—¡Hermenegilda! —la llamó su padre a gritos, sin embargo, ella continuó hasta la salida y no se detuvo hasta abandonar la propiedad.

Caminaba deprisa, su intención era llegar hasta la salida de la urbanización y poner tierra de por medio.

Nada más pasar la garita del guardia, se permitió un segundo para respirar y entonces se dio cuenta de que un Lexus se detenía a su lado.

—Sube —dijo Bastien.

Gilda lo hizo y, al intentar abrocharse el cinturón, se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Joder, porque sé que no es posible, pero me he sentido igual que si me hubiera dado un ataque al corazón —dijo él mirándola.

—Tú no puedes palmarla —farfulló ella, intentando calmarse—. Imagínate yo.

Bastien estiró el brazo y le cogió la mano, dándole un apretón.

—Eres la mejor —la halagó.

—Y tú la rehostia, nazi. Casi me caigo de culo al verte.

—Gracias. Pero no me dediques más cumplidos. Volvamos a casa. Allí seguro que hay alguien a punto de hacerse el harakiri.

## Capítulo 24

—¡Por fin! —exclamó LM al verlos entrar y abrazó a Gilda—. ¿Cómo ha ido?

Bastien la miró a ella, que permanecía junto a LM, callada y seguramente nerviosa, antes de decir:

—Primero dime que no te has hecho un lío con el correo electrónico y que lo tienes todo.

—Sí, joder, no soy tan tonto, y hasta he impreso los documentos, por si acaso. —Señaló los papeles que había sobre la encimera de la cocina—. Sigo sin fiarme de esos cachivaches.

—Menos mal —dijo el austriaco—. Ahora prepárale un baño relajante a Gilda, que se lo ha ganado. Es... ¿cómo me has dicho antes a mí?

—La rehostia —susurró ella.

—Eso, la rehostia. Esta mujer es increíble, tenías que haberla visto...

Entonces, LM, para evitar que Bastien se deshiciera en elogios hacia Hermenegilda, pues no sabía cómo gestionar aquello, le preguntó a ella en voz baja:

—¿De verdad quieres darte un baño?

—Coño, pues claro —se adelantó Bastien—. Prepáraselo en el cuarto de baño principal y pasa por mi dormitorio, el otro día compré unas bombas efervescentes estupendas.

—Sé cómo cuidar de ella, gracias —le espetó LM.

¿Bombas efervescentes? ¿Qué tontería habría comprado ese hombre?

—¿Seguro? —se burló el rubio.

—Chicos, chicos, no estoy de humor para vuestras peleas. Ha sido un día memorable. Y, tranquilos, ya me preparo yo el baño. ¿Dónde dices que tienes esas bombas?

\* \* \*

—¿Que la has dejado tirada? —preguntó LM al escuchar el relato de los hechos.

Gilda estaba tomando ese baño que tanto necesitaba y Bastien lo estaba poniendo al corriente de los hechos, al tiempo que revisaba los documentos en el portátil y los enviaba a los abogados de los Wagensberg.

—Ha sido la mejor alternativa. Me ha descubierto, ¿sabes?

—¿Cómo?

—El ama de llaves, joder, me ha reconocido.

—¡Lo sabía! —estalló LM—. ¡Sabía que esto podía suceder!

—Gilda ha sabido manejar muy bien la situación, además, es una señora mayor, todo el mundo creerá que son desvaríos.

Bastien había reflexionado sobre el hecho de que la mujer lo hubiese reconocido y llegó a la conclusión de que debía de ser una niña cuando él hizo tratos con Longinos Alcázar de Virrey. Y así se lo expuso a su compañero, que no dejaba de maldecir.

—No hables en latín, que no te entiendo.

—*Pedicabo ego vos*<sup>1</sup> —siguió LM.

—Relájate, ¿quieres? Todo ha salido bien —intentó tranquilizarlo, aunque quedaba un asunto pendiente—. Lo único...

—¿Qué?

—Convéncela para que se vaya fuera del país una temporada. Su familia..., no te imaginas cómo son.

—Tuve el dudoso placer de acompañarla y conocerlos.

—Es un milagro que Gilda haya salido normal, criándose con esa panda de hienas.

—Sí, es un milagro —convino LM.

—Oye, te mueres de ganas por ir con ella —dijo el austriaco—. Sube pues. Ya me ocupo yo del papeleo.

—Gracias —murmuró él.

—¿He oído un «gracias»?

LM gruñó y lo dejó en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

\* \* \*

Cuando abrió la puerta del baño, la encontró con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en una toalla doblada y una expresión de absoluta relajación. Sonaba una música que no conocía y cantaba una voz femenina. Olía a algo agradable, aunque LM no era capaz de identificarlo, seguramente una de esas «bombas», como las había llamado su compañero.

—¿Todo bien?

—Hummm... sí.

—¿Necesitas algo?

—Un masaje estaría bien.

LM se remangó la camisa y se sentó en el borde de la bañera, dispuesto a satisfacerla, pese a que no sabía cómo, porque la postura de ella no facilitaba el asunto.

Gilda alzó una pierna y la colocó sobre su regazo, mojándole el pantalón, algo que a él lo traía sin cuidado. Comenzó a acariciarle el empeine y ella gimió bajito de gusto, al tiempo que jugaba con la espuma del baño, que poco a poco se iba deshaciendo, de modo que su cuerpo desnudo quedaba a la vista. Algo que a LM no le pasó desapercibido, aunque optaba por no fijarse demasiado.

—¿Qué música estás escuchando? —preguntó para controlar las ganas de sacarla de la bañera y recorrer su piel húmeda con las manos y con la lengua.

—*Anche un uomo* —murmuró sin abrir los ojos—. Es de las pocas cosas que mi madrastra me permitió quedarme, los discos de mi madre. Al principio escuchaba las canciones de Mina sin apreciarlas demasiado, pero al final les he cogido gusto.

—No está mal —comentó él y continuó masajéandole el pie.

Gilda abrió los ojos y sonrió.

—¿No está mal? —repitió—. ¿Y qué música escuchas tú? Exceptuando el canto gregoriano, claro. Ah, y la ópera italiana.

—Creo recordar que el gregoriano también te gustaba a ti —comentó él y desvió la mirada, lo que hizo que a ella le entrara aún más curiosidad.

—Venga, confiesa, ¿te gusta el reguetón? —preguntó con guasa.

—Si por mí fuera, iban directos a la hoguera. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Vaya... qué vehemencia —musitó Gilda y apartó la espuma para que pudiera observar mejor su desnudez—. Pero no me has respondido.

LM sonrió de medio lado.

—Está bien, confesaré. Me encantan las rancheras. —Gilda arqueó una ceja—. Mejor dicho, me apasionan. ¿Contenta?

Ella no era especialmente seguidora de esa música.

—¿Algún secreto inconfesable más? —lo provocó.

—Incontables —admitió—. Y gustosamente te los diría, aunque me temo que te ibas a aburrir.

—Rancheras...

—Dame el otro pie —le pidió, y ella negó con la cabeza.

—Preferiría que te desnudases y compartieras el baño conmigo. Me podrías dar un masaje mucho más... efectivo.

—¿Está segura?

—Compláceme —ronroneó.

Él no podía negarle nada, así que, mientras Mina cantaba *Oggi sono io*, se quitó la ropa y ella se puso de rodillas dentro de la bañera, observando cada movimiento y canturreando la canción.

—Excelente pronunciación —la alabó, antes de meterse en el agua.

Gilda se recostó y le pidió que él lo hiciera sobre su pecho. No muy conforme, obedeció y ella lo rodeó con piernas y brazos y continuó cantando *Oggi sono io* en su oído.

—Se supone que debía darte un masaje —dijo LM.

—Disfruta del momento. *Carpe diem* —musitó.

Se quedaron un buen rato más así, escuchando a Mina y acariciándose de manera suave, susurrando alguna que otra nadería. En definitiva, pasando tiempo juntos, como si no fueran a separarse en breve.

—El agua se está enfriando —observó él, sin importarle lo más mínimo, sólo por comentarlo,

ya que se quedaría así, en aquella postura, indefinidamente.

—Yo estoy caliente —replicó ella con voz ronca y la mano que tenía sobre su pecho se deslizó hacia abajo, hasta su polla—. Muy caliente.

—Hermenegilda... —siseó LM cuando le agarró el pene con la mano y apretó.

—¿Hummm?

Gilda no se conformó con eso y empezó a subir y bajar la mano por su verga, haciendo que se empalmara y, por supuesto, jadeara.

—Se supone que era yo quien te iba a dar un masaje —dijo él tensándose de arriba abajo ante la habilidad de aquella mano.

—Ya me lo darás luego —respondió en tono sugerente y continuó masturbándolo, mientras aprovechaba para susurrarle obscenidades al oído.

LM quería aguantar un poco más, no quedar en evidencia, no obstante, la pericia de Gilda se lo estaba poniendo muy difícil. Con una mano le apretaba la base del pene y los testículos, al tiempo que le musitaba palabras subidas de tono. Y por si eso no fuera ya lo bastante excitante, le acercó los dedos de la otra mano a la boca para que se los chupara.

—Quiero ver cómo te corres en mi mano —dijo en tono exigente—. Te la voy a sacudir hasta dejarte...

—¿Sin aliento?

—Y sin palabras —añadió ella, que le mordió en el lóbulo de la oreja y aceleró el ritmo.

Decir que aquello le encantaba era quedarse muy corto. Sin embargo, no era capaz de encontrar las palabras exactas que expresaran todo cuanto sentía. Y no sólo desde el punto de vista sexual. Desde hacía mucho, LM sabía que encontrar una mujer hábil en la cama no era difícil, ahora bien, encontrar a una que, además de buen sexo, le ofreciera otras sensaciones, ya era otro cantar.

—Córrete —ordenó Gilda—. Vamos, estás a punto, lo noto.

LM gruñó, se agarró a los bordes de la bañera y cerró los ojos al sentir la tensión que recorría su cuerpo hasta concentrarse en un punto.

Ella repitió la orden, cerró con más fuerza el puño y oyó satisfecha:

—¡Hermenegilda! —exclamó LM con la respiración entrecortada.

—Me encanta cómo jadeas mi nombre al correrte.

Se quedó con los ojos cerrados, recostado contra ella, que continuó acariciándole la polla, ahora con más ternura, hasta que poco a poco él normalizó su respiración.

—Tienes razón, el agua está fría —comentó Gilda con guasa.

LM, pese a estar en la gloria, se incorporó y salió de la bañera, ocupándose de buscar una toalla y, como un buen servidor, esperar con ella abierta a que Hermenegilda se cubriera.

Ella se peinó con los dedos y él se situó a su espalda para abrazarla desde atrás.

—¿Qué ocurre? —inquirió Gilda, al cruzarse sus miradas en el espejo—. Has puesto una cara muy rara.

«Si tú supieras», pensó LM y forzó una media sonrisa para tranquilizarla, no quería estropear

aquella noche, porque podía ser la última.

Envueltos en las toallas, se dirigieron al dormitorio y, nada más cerrar la puerta, él ordenó:

—Tumbate, ahora es mi turno.

—Repítelo —lo provocó ella, pues hasta la fecha no le había oído esa voz tan autoritaria.

—Obedece —dijo, y ella tembló—. O atente a las consecuencias.

—No te haces una idea de lo cachonda que me pone tu actitud. ¿Me vas a dar tormento?

LM, que permanecía de pie junto a la puerta, se sujetó bien la toalla, que amenazaba con caerse.

—Te voy a dar mucho más —respondió sin variar el tono autoritario.

—No puedo esperar... —jadeó Gilda—. ¿Cómo quieres que me acueste?

Se quitó la toalla y quedó desnuda bajo su atenta mirada, a la espera de instrucciones, que acataría... o no.

—Boca abajo —masculló sin estar convencido, pues a la hora de elegir una panorámica del cuerpo de Hermenegilda no tenía preferencias.

—¿A cuatro patas, por ejemplo? —sugirió ella, adoptando la postura.

Mientras caminaba despacio hasta la cama, LM tragó saliva. Mantuvo la toalla alrededor de su cintura y se quedó de pie, observando aquel tentador culo, ese que había tenido el privilegio no sólo de acariciar, sino de mucho más. Algo por lo que le estaría eternamente agradecido.

—¿Sólo vas a mirar? —lo provocó.

—Estoy pensando —murmuró él y estiró el brazo para tocar una de aquellas sensuales nalgas que ella le ofrecía.

—Me tienes a tu entera disposición —le recordó Gilda.

—Lo sé —dijo LM en voz baja y mandó a paseo su toalla.

Se arrodilló tras ella y comenzó a recorrer la columna vertebral con un mano, hasta llegar a la separación de sus nalgas, donde se detuvo un instante, aunque sin profundizar. La oyó resoplar, algo que lo hacía sonreír.

—Te noto ansiosa —comentó, repitiendo la caricia con parsimonia.

—Tócame.

—Lo estoy haciendo —respondió.

—Entre las piernas —precisó ella.

—Hummmm... —murmuró con aire evasivo, y Gilda resopló.

—Eres malo... —En respuesta, recibió un azote—. Más, por favor.

—No estás en disposición de exigir —replicó, disfrutando mientras ella se desesperaba.

—Esto es por lo de antes, ¿verdad?

No quiso responder. La verdad era que LM quería alargar lo máximo posible aquella noche y jugar con ella era una buena forma de lograrlo.

—Has sido mala, acepta las consecuencias —dijo finalmente y se inclinó para recorrer con los labios lo que antes había acariciado con las manos.



Gilda no se contuvo y gimió con cada roce, refunfuñando un poco al ver que sólo la tocaba de manera superficial, cuando le había dejado muy claro que estaba a su entera disposición.

—¿Las consecuencias son tenerme desesperada?

—Sí —admitió y le mordió una nalga.

—Tócame... —insistió ella.

—Si me lo pides así... —se guaseó LM.

Gilda inspiró profundamente al sentir una mano internarse entre sus muslos y más aún cuando unos dedos comenzaron a buscar y encontraron cada terminación nerviosa.

—Tan suave... —murmuró él, mientras recorría con la yema de los dedos sus pliegues, evitando deliberadamente su clítoris.

—Y tan mojada —farfulló ella—. Por Dios, Lesmes, que me tienes aquí, dispuesta a todo, y tú perdiendo el tiempo.

Movió el trasero, incitándolo, y él, disimulando su regocijo apartó un instante la mano que mantenía en su sexo para volver a posarla, pero de manera muy diferente, pues golpeó con la palma, acertando justo en su clítoris.

—¿Así mejor? —preguntó, antes de repetir el golpe.

—Sí —logró decir Gilda de forma entrecortada—. Mucho mejor.

—Date la vuelta. Quiero ver cómo llegas al clímax.

Ella obedeció.

—Como torturador no tienes rival —comentó con voz ronca, y él hizo una mueca—. Más, quiero más.

LM adelantó las caderas, encajando mejor entre sus muslos, y metió las manos por debajo de su culo para alzarla, de rodillas ante ella y listo para penetrarla.

Observó su sexo y se agarró la polla para metérsela de un solo empujón. Gilda gritó y abrió los brazos, agarrándose a las sábanas y retorciéndolas en sus puños.

LM sabía que debía moverse, no obstante, se quedó unos segundos inmóvil, sujetándola del culo y pensando en todo a lo que iba a renunciar. El dolor amenazaba con estropear aquella noche, así que lo relegó a lo más profundo y se concentró en ofrecerle un momento inolvidable.

Marcó un ritmo lento, retirándose con cuidado para volver a arremeter con algo más de fuerza, consciente en todo momento de las reacciones de ella.

Podía decirle que era preciosa, sensual, adictiva..., decenas de adjetivos y no terminaría de describirla, porque Hermenegilda era todo a la vez y ésa era la razón por la que se le partía el alma al pensar que no era para él.

—Tócame —rogó ella, retorciéndose de placer—. Tócame...

Sin dejar de penetrarla con ahínco, movió una mano hasta colocarla sobre su sexo y le frotó el clítoris de tal forma que los gemidos de Gilda subieron de volumen, tanto que seguramente se oían por toda la casa.

—Después te la voy a chupar —susurró, y él percibió la tensión del cuerpo femenino.

—¿Estás a punto?

—Sí... sí... —respondió entre jadeos.

LM se retiró de repente, dejándola a medias.

—No vas a correrte todavía —dijo y vio su cara de estupefacción.

Con rapidez, se arrodilló y metió la cabeza entre sus piernas, para así saborearla.

—No sé si me gusta más tu polla o tu boca —comentó Gilda y enredó las manos en su pelo para tirar de él mientras jadeaba con cada pasada de su lengua.

LM no le dio tregua, combinando boca y dedos la llevó al orgasmo y no se detuvo hasta que ella pidió exhausta:

—No puedo más... ¡Tiempo muerto!

Por supuesto, LM obvió su súplica, gateó por su cuerpo y la besó, al mismo tiempo que la penetraba.

—¿Decías?

—Bueno, sí, aguantaré un poco más —susurró divertida y se rio, haciéndole perder momentáneamente la concentración.

## Capítulo 25

Al abrir los ojos, Gilda miró al techo y sonrió.

A través de las cortinas no entraba mucha luz, pero no importaba que fuera uno de esos días nublados, se sentía feliz.

Estaba sola en la cama, ya estaba acostumbrada a los madrugones de LM.

—Maitines —susurró con una sonrisa.

Remoloneó un rato más, recreándose en la noche pasada, en cada intenso minuto. Además de la sobredosis de sexo, si eso era posible, hubo también tiempo para los abrazos y las confidencias.

Para contarle, por ejemplo, cómo se las apañó con dieciocho recién cumplidos para salir adelante. También le habló de su primer amor, un chico de la universidad con el que estuvo dos años y con el que no cuajó la relación, pero del que guardaba un buen recuerdo. Le mencionó la larga lista de inútiles con los que había tenido la desgracia de tropezar, Benigno incluido.

Él la escuchó atento, abrazándola y contándole alguna que otra anécdota para lograr que sonriera. Y Gilda acabó reconociendo también que se moría de envidia como entusiasta de la Historia, pues él había tenido la gran suerte de presenciar hechos relevantes.

No se atrevió a confesarle que le echaría de menos, mucho, y que, con toda probabilidad, cuando conociera a otro lo compararía con él, lo que le estropearía cualquier oportunidad de tener una relación.

Aunque lo que más le dolía era que LM tuviese que seguir solo. Ella, al fin y al cabo, podría buscarse a alguien y simular una relación, o refugiarse en sus amigos, pero él sólo podía obtener algo efímero.

No tenía ni idea de cuánto tiempo les quedaba para estar juntos y, desde luego, lloriqueando no era la mejor forma de pasarlo, así que hizo un esfuerzo y sonrió, se levantó de la cama y buscó algo que ponerse para bajar a desayunar.

Hubiera preferido pasearse desnuda por la casa, sin embargo, sabía que no era posible, un nazi andaba suelto.

Y, hablando del nazi, quería preguntarle si todo lo que obtuvieron de casa de su familia era suficiente para que los Wagensberg pudieran recuperar parte de su patrimonio.

Ése era un buen motivo para sonreír.

Encontró su ropa doblada en una silla y, aunque hubiera preferido ponerse la camisa de LM y nada más, se vistió y bajó a la cocina.

La encontró vacía y recogida, así que supuso que LM estaría en el desván, y el rubio... bueno, a

lo mejor éste había tenido el detalle de dejarlos solos. Se preparó un café antes de subir al desván.

LM tampoco estaba allí.

—Qué raro... —murmuró, observando aquel lugar tan espartano.

Todo estaba recogido, incluido el montoncito de mantas. Sólo vio una bolsa de terciopelo negro en un rincón y se acercó para ver qué contenía.

Sacó las disciplinas e inspiró hondo, aquélla era muy mala señal. Presentimiento que se intensificó cuando vio la nota.

—*Non sum qualis eram...*<sup>1</sup> —Hizo una pausa cuando las lágrimas le nublaron los ojos—. Te amo *ab imo pectore*.<sup>2</sup>

La rabia hizo su aparición, porque aquello era una despedida. Una maldita despedida.

Se quedó sentada, con la bolsa de terciopelo en las manos y llorando. Arrugó el papel entre las manos y a punto estuvo de romperlo, furiosa, en cambio lo estiró y lo volvió a leer entre lágrimas.

Se fijó entonces en la última línea:

—*Fac en quid aliud cures...*<sup>3</sup> Oh, joder, Lesmes...

Se quedó allí como una tonta, derramando lágrimas por un hombre al que no vería nunca más.

Cuando empezó a dolerle el culo de estar sentada en el suelo, se levantó y recorrió la casa. Se asomó a las habitaciones, todas estaban recogidas, como si allí no hubiera vivido nadie. Sólo en el dormitorio donde había pasado la última noche con LM se veían rastros de actividad.

Gilda deshizo la cama y guardó las sábanas en una bolsa para llevárselas. Un robo de lo más cutre, aunque dudaba que alguien las echara en falta. Con la bolsa de terciopelo, las sábanas y los ojos enrojecidos salió de la casa.

Y sí, había amanecido nublado.

Miró en el bolso y no encontró unas gafas de sol. «Genial —pensó—, ahora voy a tener que ir en un taxi con los ojos enrojecidos.»

Cogió su móvil para pedir un taxi y entonces un impresionante Mercedes deportivo se detuvo delante de ella.

«Genial —pensó otra vez—, ahora vienen los dueños de la casa y me pillan con las manos en la masa.»

Sin embargo, quien se apeó del vehículo fue una mujer de color, con un cuestionable chándal de imitación, con «MIKE» escrito en una pierna.

—Buenos días, Hermenegilda.

—Hola —le respondió por educación a Astarté. Justo la persona a la que no deseaba ver.

—He venido para agradecerte en persona lo que has hecho.

—De nada. ¿Puedo irme? —replicó con sequedad, pues quería lamerse las heridas a solas.

Pero la mujer, lejos de permitirselo, le sugirió que entraran en la casa y se tomaran un café juntas, porque tenía que hablar con ella.

—Por favor —añadió Astarté, y no le quedó más remedio que aceptar.

Una vez dentro, Gilda se sentó con desgana en uno de los taburetes de la cocina y esperó a que Astarté le sirviera el café. Era todo un contrasentido que una divinidad se encargara de una tarea tan mundana.

—No es sencillo lidiar con los sentimientos encontrados —dijo Astarté luego, sentándose frente a ella.

—Lo superaré.

—No, no lo harás. Has traicionado a tu familia y, aunque en el fondo sabes que has hecho lo correcto, te sentirás culpable.

—Vaya, gracias.

—No he venido a contarte mentiras, sólo a decirte que tu gesto tiene recompensa. No todo el mundo es capaz de poner por delante la justicia. Cuando se trata de la familia, somos capaces de mentir, robar e incluso matar.

—¿Me vas a dar una medalla? —preguntó con sarcasmo.

—No, sin embargo, quiero que elijas un destino, que te tomes una excedencia en tu trabajo y que te vayas de viaje. Con todos los gastos pagados. Será mejor que estés fuera del país un tiempo.

—Prefiero quedarme —contestó Gilda—. No soy de las que se esconden.

—Piénsalo, ¿de acuerdo?

—Vale —dijo, sólo para que no le diera más la matraca con el asunto.

—Te llevaré a casa —dijo Astarté, pero Gilda negó con la cabeza.

Tenía muchas cuestiones que aclarar con ella e intuía que no volverían a verse.

—¿Cómo haces para reclutar gente? ¿Te llega un mensaje al móvil diciendo «hijo de puta a punto de palmarla» y tú acudes rauda para evaluar al candidato?

Astarté sonrió ante la ironía.

—No. Es más sencillo que todo eso.

—Explícamelo.

—Prepara más café —pidió, y Gilda obedeció—. A lo largo de la historia han ocurrido multitud de sucesos lamentables. Eres historiadora, dime un siglo en el que no se hayan cometido atrocidades.

—No hay ninguno.

—Exacto. Así que, valiéndome de la crueldad humana que se ha manifestado y se manifestará en múltiples ocasiones, sólo he de acercarme al conflicto en cuestión. Hijos de puta, como tú has dicho, los hay a montones.

—¿Y cómo seleccionas a uno? —indagó Gilda, muy interesada en la cuestión.

—Supongo que el instinto, las necesidades del momento...

—¿Y todos aceptan el acuerdo que les propones?

—No, claro que no. Y antes de que lo preguntes, no, no me ofende el rechazo —aclaró Astarté.

—O sea, que los dejas agonizantes y te quedas tan pancha.

—Recuerda que no son angelitos. La muerte es más un premio que un castigo. Y sí, en ocasiones he alargado su sufrimiento.

—Eres un pelín vengativa —afirmó y vio que Astarté no se molestaba.

—¿No se lo merecen?

—Es que me da que tienes un concepto de la justicia un poco desfasado. El ojo por ojo no se estila tanto ahora —apuntó Gilda con sarcasmo.

—Me da igual.

—¿Hay mujeres entre tus filas?

—Sí, por supuesto. Y, por si me vas a plantear otro concepto del siglo veintiuno, te adelanto que no hay paridad. Son minoría, pero por una cuestión lógica. Ellas cometen muchas menos atrocidades.

—Tiene sentido —murmuró Gilda, que todavía quería formular más preguntas—. ¿Y gais? ¿Hay miembros gais en tu club?

—Unos cuantos. ¿Por qué? —respondió la diosa con normalidad.

—Bueno, inmortal y gay es bastante inusual.

—No lo había pensado nunca, pero tan inusual como heterosexual e inmortal —dijo Astarté con una sonrisa.

—¿Y los inmortales pueden tener relaciones entre ellos?

—Sí, claro que pueden, pero no son estables. Las necesidades de cada momento lo hacen imposible.

Gilda se imaginó a LM con una compañera también inmortal, al menos tendría a alguien en quien apoyarse, aunque las palabras de Astarté desbarataban su teoría.

—Y, ya que te muestras tan abierta, ¿existe una posibilidad de liberarlos?

—No —respondió tajante.

—¿Y la letra pequeña? En todos los contratos siempre hay letra pequeña, una cláusula, una vía de escape.

—En este caso te garantizo que no.

—¿Por qué? —preguntó Gilda frunciendo el cejo.

—Es a perpetuidad. Cuando aceptan se les dice bien claro. No existe un final.

—¿Y si alguno realiza alguna proeza?

—Es su trabajo —respondió con sencillez—. Además, piensa que ninguno de esos hombres y mujeres han sido unos angelitos. Cada uno lleva a costas cientos de crímenes y si bien algunos, después de servirme durante siglos, podrían haber saldado su deuda en términos jurídicos, no me da la gana liberarlos, porque con haber cometido una sola atrocidad contra otro ser humano, ya serían culpables de por vida.

—Puedo entenderlo, aunque no estoy de acuerdo —comentó Gilda, tras analizar el razonamiento.

—No tienes por qué estarlo, es algo que sólo me compete a mí. En fin, si ya he satisfecho tu

curiosidad...

—Aún me queda una cuestión.

—La respuesta es no.

—¡Si no te he hecho la pregunta!

—Sigue siendo no —se reafirmó Astarté.

—No te comprendo... —murmuró Gilda y se frotó las sienes—. Es un buen hombre y sí, quizá yo lo juzgo con la visión del siglo veintiuno y no con la dureza de otras épocas, pero...

—Tu opinión no es objetiva, querida Hermenegilda. No es cuestión de siglos, sino de sentimientos. Has establecido con Lesmes unos lazos emocionales que te empujan a ayudarlo. Comprensible, sin duda.

—Algo tiene que haber —dijo ella en tono suplicante.

—Acéptalo, no —se obstinó Astarté, queriendo dar por zanjada la conversación.

Sin embargo, Gilda no iba a rendirse con facilidad.

—¿Ha habido alguna excepción? Porque en tantos años, digo yo que puede haber ocurrido.

—Ni la ha habido ni la habrá —aseveró la divinidad.

—No me cuadran las cosas —reflexionó ella, inasequible al desaliento—. Si periódicamente reclutas a gente, no se muere ninguno y no liberas a nadie, ¿nunca haces un ERE?

Astarté se echó a reír ante la comparativa.

—No, no hay recortes de personal. Es más sencillo, a muchos de ellos se les da más tiempo libre, permanecen retirados, inactivos, hasta que vuelven a ser necesarios o se ocupan de instruir a los nuevos —explicó con paciencia.

—Algo tiene que haber... —dijo Gilda convencida—. Una posibilidad, una, la que sea, joder.

—La esperanza es un sentimiento humano —replicó la otra, en vez de darle una respuesta.

—No te vayas por la tangente con filosofía barata, Artarté. Estoy dispuesta a todo.

—Harías cualquier cosa por él —dijo, y no era una pregunta.

—Sí —afirmó Gilda con vehemencia y repitió—: Lo que sea.

—¿Estás segura?

—Que sí, maldita sea.

Astarté arqueó una ceja ante semejante pasión.

—Si quieres mi más sincera opinión, Hermenegilda, él no se merece un sacrificio de tu parte.

—Dime de una maldita vez qué puedo hacer para obtener su libertad —la interrumpió ella, porque lo que menos quería era marear la perdiz. Si había una vía de escape, estaba dispuesta a conocerla.

—De acuerdo —accedió Astarté—. Éste es el trato...

A Gilda se le aceleró la respiración. Disimuló su alegría, existía una forma y, si bien estaba convencida de que sería complicado, le daba igual.

—Te escucho.

—Lesmes será libre, un hombre de cuarenta y dos años, mortal, llevará una vida normal y, a

cambio, tú ocuparás su lugar.

—Un intercambio... —susurró ella con la voz quebrada.

Se sintió igual que Neo, en Matrix, cuando le ofrecen la píldora roja y la azul. Jodida en estéreo.

Si aceptaba, él sería libre, pero ella no, tendría que someterse a los dictados de Astarté y uno de ellos, tal como le explicó LM, era la renuncia a establecer cualquier lazo emocional. Conclusión, no podrían estar juntos.

Aunque, por otro lado, su sacrificio lo liberaría, después de tantos años sometido a los deseos de una divinidad..

—¿Cuál es tu decisión, Hermenegilda?



## Biografía



Nací en Burgos, lugar donde resido. Soy lectora empedernida y escritora en constante proceso creativo. He publicado más de veinte novelas de diferentes estilos y no tengo intención de parar.

Comencé en el mundo de la escritura con mucha timidez y desde la primera novela, que vio la luz en 2011, hasta hoy he recorrido un largo camino.

Si quieres saber más sobre mi obra, lo tienes muy fácil. Puedes visitar mi blog, <http://noe-casado.blogspot.com/>, donde encontrarás toda la información de los títulos que componen cada serie y también algún que otro avance sobre mis próximos proyectos.

Facebook: <https://www.facebook.com/noe.casado.9>

Instagram: [@noe\\_casado\\_escritora](#)

## Referencias a las canciones

*Colgando en tus manos*, © © 2008 Warner Music Spain, S.A., interpretada por Carlos Baute y Marta Sánchez.

*You're Beautiful*, © © 2005 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States, interpretada por James Blunt.

*Solamente tú*, © © 2012 Warner Music Spain, S.L., interpretada por Pablo Alborán.

*Anche un uomo*, © 2011 The copyright in this compilation is owned by EMI Music Italy s.r.l. © 2011 EMI Music Italy s.r.l. This Labelcopy information is the subject of Copyright Protection. All rights reserved. 2011 EMI Music Italy s.r.l., interpretada por Mina.

*Oggi sono io*, © © 2015 Warner Music Italia Srl - Warner Music Group Company, interpretada por Mina.

## Notas

1. Guerra relámpago.

1. Que me muera, Príapo, si no me da vergüenza usar palabras obscenas, pero cuando Tú, un dios, dejando de lado el pudor, muestres tus bolas, mi coño deberá llamar a la polla.

2. Me gusta el sexo oral.

3. Haz arder mi corazón.

4. Tus labios destilan leche y miel bajo tu lengua.



5. No se puede vivir sin amor.

1. Álzate, oh Dios, a defender tu causa.

1. Azótame.

2. Aquí y ahora.

1. Voy a romperte el culo.

1. No soy el que era antes.

2. Te quiero con todo mi corazón.

3. No te preocupes por nada más.



*Nada es para siempre*  
Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23548-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**

